

Antología Esencial

Antología Esencial

1992 — 2024

Roberto Pérez-Franco

Zirio

Esta obra...

Esta *Antología Esencial* fue preparada por Roberto Pérez-Franco como una recopilación de lo mejor de su obra escrita. Fue publicada en agosto de 2024 bajo su sello editorial **Zirie**. El autor agradece a sus lectores el enviar cualquier comentario (especialmente reportes sobre errores) a su dirección de correo electrónico: CORREO@ROBERTO.AU

...está gratis en línea...

Desde la publicación de su primer libro de cuento en 1993, diversas obras del autor sirven de lectura suplementaria en escuelas secundarias y universidades de Panamá. Sus textos se encuentran en línea de forma gratuita desde 1997. Todos sus libros se pueden descargar gratis en su página web WWW.ROBERTO.AU y su archivo ROBERTO.PEREZ-FRANCO.COM

...y es de libre uso.

Desde 2010, la obra completa del autor (incluyendo todos sus libros) se ofrece bajo la licencia Creative Commons (CC) BY-ND. Esto significa que se pueden usar, reproducir y compartir libremente, sin costo alguno. El autor invita a los profesores y estudiantes de español y literatura a aprovechar esta licencia libre, y a hacer uso del material en sus clases.

para Eddie

Contenido

Sobre el autor	IX
Bibliografía literaria	X
Crítica recibida	XI
Agradecimientos	XIV
Introducción	XV
Prólogo	XVII
Advertencia	XX
Nota sobre léxico	XXI
La noche	1
El buen profeta	2
Epifanía	3
El regalito	4
Escribe libremente...	5
Versos en métrica japonesa	6
Soneto del hombre casado	9
Aforismos	10

El sueño	12
Más bella aún	13
Perdido	14
Incendio en el pabellón de menores	15
La flor de la adelfa	17
La máscara de diablico	19
Padre, el mejor amigo	20
La profecía	23
Vestigio	25
Valhalla	27
Excusas	29
Versos a la muerte de mi padre	31
Amigos	34
Res una sumus	36
Ensayo y error	38
De cómo el capítulo XVII no fue el último	40
El tradebario	42
Réquiem por mis cutarras	44
De 'El amor revelado'	46
La muerte del tamborero	55
Hacia el jardín	57
El hallazgo	60

Tú	63
Destino	76
Coronación	79
La procesión del silencio	83
Notas sobre el paraíso	86
En la corriente	90
El Circo	94
De 'Ofrenda lírica'	98
Es mi vida	110
La intrusa	114
Cierra tus ojos	118
Semana Santa en La Villa	122
Breve discurso sobre el Omega	140
El día de las moscas	147
Vida	154
El traductor alemán	163
El peón	172
El amor del último retoño	192

Sobre el autor

ROBERTO JOAQUÍN PÉREZ-FRANCO NACE el 26 de abril de 1976 en Chitré, Panamá. Crece en la aldea Heroica Villa de Los Santos, la cual lo designa *Hijo Meritorio* en 1999. Su principal contribución artística se da en la literatura, especialmente en el cuento.

Escritor desde la adolescencia, publica cinco colecciones de cuento entre 1993 y 2008, que han merecido diversos reconocimientos, incluyendo el Premio Nacional de Cuento *José María Sánchez* en 2005. Aparece en múltiples antologías y revistas literarias, nacionales e internacionales. Además del cuento, cultiva el verso y el ensayo corto.

Estudia en el Colegio José Daniel Crespo, el cual luego crea un Círculo de Lectores en su nombre. Culmina en 2001 la Licenciatura en Ingeniería Electromecánica en la Universidad Tecnológica de Panamá, con el índice más alto de su clase. Con una beca Fulbright, completa en 2004 una Maestría en el prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), donde luego recibe un Doctorado en 2010, y donde labora como investigador y docente hasta 2017.

Polifacético e inquieto, ha presentado ideas y trabajos en áreas tan diversas como la simulación simbólica de circuitos, calendarios lunares precolombinos, y las danzas folclóricas del Corpus Christi. Sus pasiones incluyen la literatura, la pintura, la música, el ajedrez, el kayak y el esperanto. Tras doce años en Boston, se traslada a Melbourne, Australia en 2017, donde vive con su esposa Monica y su hijo Eddie.

Bibliografía literaria

Colecciones de cuento

Cuando florece el macano. Chitré: Crisol, 1993.

Confesiones en el cautiverio. Panamá: INAC, 1996.

Cierra tus ojos. Panamá: UTP, 2000.

Cenizas de ángel. Panamá: UTP, 2006.

Catarsis. Boston: Vinye, 2008.

Recopilaciones

Cuentos selectos: 1993-2008. Boston: Vinye, 2008.

Textos escogidos: 1993-2008. Boston: Vinye, 2008.

Textos selectos sobre la Heroica Villa de Los Santos: 1993-2008.

Boston: Vinye, 2008.

Tinta seca: Obra completa 1992-2012. Boston: Zirie, 2012.

Antología esencial: 1992-2024. Melbourne: Zirie, 2024.

Cuentos ilustrados

Vida (arte de Margarita Cubino). Panamá: Perezoso Editores, 2022.

Crítica recibida

Según Eduardo Ritter Aislán, «Roberto Joaquín Pérez-Franco es un escritor culto» y «uno de los escritores más depurados» de Panamá, quien «maneja todos los resortes del idioma español con fiabilidad...; no emplea vocablos fútiles... y procura eludir el rebuscamiento... Como su vocabulario es rico..., puede individualizar sus personajes y trazarlos con caracteres inconfundibles». Enrique Jaramillo Levi lo considera «uno de los más talentosos autores de las recientes generaciones». Melquíades Villarreal Castillo lo considera «un escritor maduro, conocedor de su oficio, el cual practica con la paciencia y el arte de un orfebre», «sin duda, uno de los mejores cuentistas que tiene Panamá». Pedro Crenes Castro lo describe como «de una prosa culta y muy reflexiva». Rodolfo de Gracia Reynaldo lo califica un «maestro del minicuento».

Su texto más destacado, el cuento *Vida*, fue calificado por el Jurado del Premio Nacional de Cuento *José María Sánchez* 1999 como «una joya literaria digna de la más exigente antología, por su calor humano, limpidez y excelencia formal». Melquíades Villarreal Castillo ha dicho que es «uno de los mejores cuentos que se ha escrito en Panamá», añadiendo que «esboza, de una manera sencilla, la esencia de la existencia humana». Enrique Jaramillo Levi lo describe como «una especie de “clásico” de las nuevas generaciones debido a su intensa vivencia humana, narrada dentro de una estructura

tradicional impecable y mediante el uso de un lenguaje sencillo y de gran precisión... lectura obligada para todo el que quiera saber cómo se cuenta hermosamente un cuento». La editora Mónica Mora —quien publica **Vida** (2022) como un libro, ilustrado por Margarita Cubino, bajo el sello de Perezoso Editores— confiesa que, tras leerlo por primera vez, pensó que era «lo más hermoso que había leído en mi vida».

Enrique Jaramillo Levi describe el cuento *La intrusa* como «una pequeña obra maestra de la imaginación», cuya «precisión semántica, estructura exacta y desenlace sorprendente e impecable, le permiten al autor manejar con verosimilitud las entretelas de un mundo onírico que se torna fulminantemente real». Describe también a *Hacia el jardín* como «otro cuento de antología», y sentencia sobre ambos: «La contundencia de los finales de estos dos textos magistrales de Pérez-Franco los colocan, me parece —y no soy dado a exagerar en mis juicios literarios—, entre los mejores cuentos escritos en Panamá».

Según el Jurado del Premio Sánchez 2005, la colección **Cenizas de ángel** (2005) «demuestra dominio de la narración, la descripción, el diálogo y una cultura literaria bien cimentada, además de utilizar distintas técnicas narrativas propias de la literatura contemporánea, que sensibilizan y hacen partícipe al lector». Sus cuentos, dice el Jurado, «atrapan el interés del lector por su variedad temática, sus recursos expresivos, el uso de registros fantásticos, realistas e incluso regionalistas». Melquíades Villarreal Castillo dice que esa colección «nada tiene que pedir en cuanto a cuidados formales y al tratamiento temático, sellando definitivamente la calidad del autor como uno de los mejores cuentistas panameños de nuestro tiempo». José Luis Rodríguez Pittí lo describe como «un ejercicio de cómo escribir bien un cuento», y señala: «Cada uno de los cuentos está escrito con precisión. Muy acabados. Con la perfección que solo da el pulir con

calma, refinar, perfeccionar por suficiente tiempo, como debe hacerse con toda obra de arte. Con ellos Roberto demuestra el dominio del oficio de cuentista y, sobre todo, de artista de las letras».

Federico Hernández Aguilar destaca al minicuento *El Sueño* como «un cuento muy notable», que revisita un tema clásico «con incuestionable éxito», el cual «demuestra que incluso las temáticas mayormente abordadas por escritores de todas las épocas, con su consiguiente variedad de estilos y facturas, pueden revisitarse en nuestros días con incuestionable éxito, siempre y cuando exista el suficiente talento, la necesaria inspiración y... la capacidad de asombro ante el misterio».

Para Rodolfo de Gracia Reynaldo, *La profecía* «logra la sublimidad narrativa a través de la perspicacia, la ironía, la necesidad de la inferencia, la obligatoriedad del intertexto y del conocimiento de la historia, la omnisciencia del narrador que no sin cierta burla nos cuenta la historia, así como una epifanía narrativa que nos mueve a la risa y a la reflexión al mismo tiempo». Del minicuento *La máscara de diablico* dijo Pedro Crenes Castro: «¡Maravilla! Qué ritmo, qué grandes imágenes, y la atmósfera y escenario. Excelente».

Sobre **Textos escogidos** (2008), dice Villarreal Castillo que el autor, «en esta antología, ha hecho una excelente recopilación de su producción literaria, generando una obra de profunda madurez, capaz de complacer a los más severos lectores. La obra, en todas sus secciones, esboza un testimonio de madurez y exigencia literaria, lo cual la convierte en una interesante pieza que, por sus propios méritos, recomienda su lectura».

Agradecimientos

AGRADEZCO A MI AMIGO, el profesor Rodolfo de Gracia Reynaldo —escritor, crítico literario, académico de la lengua— su atenta revisión de esta obra.

Estoy en deuda con mi amigo, el escritor, crítico y traductor Edilberto González Trejos, por el prólogo que adorna este libro.

A mi amigo, el profesor Rafael Candanedo —lingüista, periodista, académico de la lengua— le agradezco la inclusión de mis cuentos en el I Congreso Nacional de Lectores, que se realizará en Chitré entre el 26 y el 28 de septiembre de 2024.

Finalmente, a mi viejo amigo, el profesor Melquíades Villarreal Castillo —escritor, crítico literario, académico de la lengua—, quien sugirió en primera instancia la creación de una versión en español de esta *Antología Esencial*, le agradezco el presentarla formalmente en ese Congreso.

Introducción

ESTA ANTOLOGÍA RECOGE AQUELLOS textos, más de setenta en prosa y verso, que considero esenciales en mi obra. La idea que resultó en este libro surgió accidentalmente. Mi intención inicial era preparar una pequeña compilación de mis mejores cuentos, traducidos al idioma esperanto, para compartir con amigos esperantistas. Trabajando en esas traducciones, decidí preparar también una versión en inglés, para compartirla con amigos angloparlantes.

Mi amigo y colaborador en el proyecto, el escritor y esperantista puertorriqueño Jorge Rafael Nogueras, sugirió que sería valioso producir una versión con los tres idiomas —esperanto, inglés y español— lado a lado en la página. Luego decidí incluir no solo cuentos, sino textos de cualquier género. Al conocer de la futura versión trilingüe, el profesor Melquíades Villarreal Castillo —escritor, crítico literario, académico de la lengua, y amigo— me invitó a producir una versión puramente en español.

Me pareció buena idea, por varias razones: primero, porque la presente *Antología Esencial* es más selectiva que mi anterior compilación, *Textos Escogidos* (2008); y segundo, porque incluye escritos de los últimos 16 años, y textos traducidos del inglés, que publico por primera vez.

El lector notará que los escritos se presentan en orden de longitud creciente, y que aquellos que pertenecen a colecciones temáticas —los

aforismos y gran parte de los poemas— aparecen bajo el título de estas. El propósito del ordenamiento por tamaño es permitir al lector escoger un texto tan largo como le apetezca leer en el momento, sin la presión de seguir un orden cronológico o de restringirse a un género literario.

A propósito de géneros: el lector encontrará bajo cada título, en paréntesis, el género al que, a mi modo de ver, pertenece el texto que le sigue. Quienes conozcan mi obra tal vez notarán que varios textos inicialmente publicados en colecciones de cuento aparecen aquí bajo otras denominaciones. Esto responde a una reevaluación de la forma en la cual estos textos son percibidos: si bien yo escribí, por ejemplo, el *Breve Discurso sobre el Omega* como un cuento —del corte, aunque no del calibre, de *La secta del Fénix* de Borges—, he descubierto que muchos lectores lo interpretan más bien como un ensayo sobre un tema ficticio. Espero que mi categorización revisada, necesariamente subjetiva, pero al menos bien informada, sea útil al lector.

Me alegra que la versión en español de esta *Antología Esencial* sea la primogénita: sus hermanas en esperanto, en inglés y en la versión trilingüe, al requerir traducciones, todavía estarán más tiempo en el horno. Mientras prosigo ese trabajo, el cual empezó hace un año y podría extenderse hasta el próximo, dejo esta versión en mi lengua materna en manos del lector, con la sincera esperanza de que sea de su agrado.

R. P.-F.

Prólogo

SE PODRÍA DECIR QUE conocí a Roberto Pérez-Franco en el amanecer del siglo XXI, cuando este aún tenía la sonrisa de un recién nacido. No obstante, él es una de estas personas a las que te encuentras cada 15, cada 51 o cada 551 años y sabes que hace mucho que no la ves, pero te queda claro que la conoces. Que la has conocido.

Así, el autor panameño nacido en la Villa de Los Santos ha traído a mi atención su antología personal, políglota, universal, humanista, y en ese humanismo, hondamente tribal y raigal. De las alas y las raíces.

En los textos que componen su antología se distingue un linaje, una línea ancestral que lo coloca bebiendo de la fuente de precursores istmeños como Rogelio Sinán, Tobías Díaz Blaitry o José Guillermo Ros-Zanet.

Y en esa línea, uno se asoma y puede ver paralelismos con sus contemporáneos en el Istmo. La cercanía generacional quizás no deje claro quién bebió de quién, o si se han conocido, pero alguien que los ha leído a todos puede notar que en la obra de Pérez-Franco hay ADN que comparten autores como Cheri Lewis, Arturo Wong Sagel o David Ng, por ejemplo. Cantarle al bebé engendrado, denunciar el crimen de los adolescentes quemados en el Centro de Cumplimiento de Tocumen, «abrir las manos» en un lenguaje lúdico a veces, que desnuda las oscuridades de la naturaleza humana, son parte de ese ADN.

El *ethos* de Pérez-Franco es profundamente diverso y universal: a veces te lleva al Oriente o al Occidente, te lleva del Japón a su pueblo natal, La Villa de Los Santos; viaja en el tiempo y en el espacio; se mueve entre la vigilia y el sueño. En ello me recuerda algo que el cineasta Federico Fellini dijo sobre Borges, y que se puede aplicar a Roberto Pérez-Franco, y es que al leerlo no puedo evitar pensar en un flujo onírico discontinuo, en el que la heterogeneidad de su producción —relatos, ensayos, poesías— constituye un signo sin descifrar de su metamorfosis infatigable, el reflejo de su alma inquieta.

Ese *ethos*, viniendo de un científico, nos lleva poco a poco a una especie de misticismo, como por ejemplo cuando en el texto *Res una sumus* nos revela que «Dios contra Dios es siempre tablas». Esto me lleva a la meditación que sobre el particular hace el autor argentino Rafael Luis Oteriño, cuando dice que «en el ajedrez siempre me ha seducido ese modo pacífico de concluir la partida que es "hacer tablas". Lo tomo como una invitación a reiniciar la partida. Traslado esa figura a la vida. Hacer tablas (para) empezar de nuevo».

Dios pelea consigo mismo, destruye un mundo para que renazca otro: eso es hacer tablas. El ser humano, hecho a su imagen y semejanza, otro tanto.

En el *ethos* viene el misticismo, y de este, el *pathos* de la obra de Roberto Pérez-Franco. El autor defiende la pasión; en la obra se halla sensualidad, deseo, sexo y vida. Pero igualmente hallamos el miedo, la oscuridad, en la raíz más honda del autor; allí, Eros y Tánatos no están bajo la lupa del científico, sino que se transmutan por medio de los vehículos y símbolos que ejerce y usa Roberto Pérez-Franco, desde Corpus Christi hasta Semana Santa, ángeles y demonios, la danza de la luz y la oscuridad.

Los invito a leer esta obra que quizás no les dé las respuestas, pero los llenará de bellezas, de preguntas bellamente formuladas y un *savoir faire* sin ostentaciones que los llevará de la mano a conocer mundos reales, ideales, soñados y vividos.

Edilberto González Trejos
Panamá, 24 de agosto de 2024

Advertencia

sobre lenguaje explícito

LA PRESENTE OBRA RECOGE textos literarios que buscan expresar —de forma auténtica y directa— una diversidad de experiencias. Persiguiendo estos objetivos de expresión, los textos hacen uso del registro completo del idioma, incluyendo términos y frases que —por su erotismo, crudeza o vulgaridad— podrían ser inapropiados para lectores jóvenes. Estimo que no debe haber en estas páginas nada que pueda escandalizar a un lector de quince o más años; pero considero que los siguientes textos no son apropiados para lectores muy jóvenes:

- Nota sobre léxico
- Incendio en el pabellón de menores
- Versos a la muerte de mi padre
- El amor revelado
- El hallazgo
- Tú
- Notas sobre el paraíso
- El Circo
- Ofrenda lírica
- Es mi vida
- La intrusa

En todo caso, invito a padres y maestros a considerar cuáles de estos textos son apropiados para sus jóvenes lectores.

Nota sobre léxico

RELEYENDO MIS TEXTOS EN el proceso de elaborar esta antología, he comprendido que hay términos que podrían crear confusión, por no encontrarse en el *Diccionario de la lengua española* (DLE) o por aparecer con un significado diferente al que les doy en mis textos.

En un caso particular, la culpa es mía: la palabra **citro** es inventada. La razón de que los famosos *citros* del Sahara (mencionados en *Res una sumus*) no aparezcan en ningún diccionario o enciclopedia es que ese supuesto pueblo nómada del desierto no existe fuera del pequeño universo de ese cuento. (Por otro lado, el pueblo indígena **cueva**, mencionado en *La profecía*, y la civilización **minoica**, mencionada en *El traductor alemán*, son reales y aparecen en obras de referencia).

En otros casos, los términos que podrían crear confusión son distorsiones: **ajendré** en vez de *ajedrez*, **maque** en vez de *mate*, **Pablov** en vez de *Pablo*, **tradebario** en vez de *Stradivarius*, etc. Mi esperanza era que esas instancias sean lo suficientemente obvias para no requerir aclaraciones, pero para curarme en salud, las he nombrado aquí.

En la mayoría de los casos, sin embargo, los términos que podrían crear confusión se tratan de regionalismos. Unos cuantos de estos —*guarapo*, *guaro*, *quincha*, *salomar*, *totuma*— aparecen en el DLE definidos en la forma que los uso, y no requieren más aclaración. La

gran mayoría, sin embargo, son demasiado específicos para una obra general como el DLE.

Entre ellos, algunos —*bimbín, bombita, cutarra, diablico, garabato, guial, harino, mierdero, pechiamarillo, pindín, zambito*— aparecen en el *Diccionario de americanismos* (DA) con el mismo significado que les doy en mis textos. Pero otros —*birriar, guaricha, limpia, pelao, soplar*— aparecen mejor definidos en el *Diccionario del español en Panamá* (DEPA), de Margarita Vásquez Quirós.

Algunos son términos folklóricos, como *corrido, norte, punto y tuna*. Otros, curiosamente, son tan específicos a mi región y época que no aparecen en ninguna de estas obras de referencia (el caso de *tusito*) o aparecen definidos un sentido distinto al que uso en mi texto (el caso de *birria*).

En todos estos casos, para beneficio de lectores que no conozcan la forma de hablar del **azuereño** (persona de la región de Azuero) de mi generación, he preparado un breve glosario y una lista de frases hechas, con definiciones que reflejan el significado exacto de estos regionalismos en el contexto de mis escritos. En cada caso, doy mi propia definición y mis comentarios sobre las que dan el DA y DEPA.

Glosario

bimbín. m. Ave canora silvestre del género *Euphonia*. El término es usado en la frase «*escucho un bimbín cantando*» en el poema *Domingo de Ramos*, parte de la colección *Semana Santa en La Villa*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

birria. f. Sesión de juego informal, típicamente entre amigos, de carácter no competitivo, y generalmente prolongada e intensa. El

término es usado en la frase «si quieres venir a la *birria*» en el cuento *El peón*. Su uso, en el sentido de una *sesión* de juego, difiere de la definición dada en el DA y el DEPA, que la presentan como una *afición* excesiva a un juego.

birriar. tr. Practicar un juego en exceso, mediante birrias (ver arriba).

El término es usado en la frase «Habíamos birriado esta línea» en el cuento *El peón*. Su uso coincide con la definición que da el DEPA. En ese sentido, la definición que da el DA es incompleta, pues omite la referencia al carácter excesivo de la práctica.

boliqueso. m. Golosina barata, salada y poco saludable, con la forma de bolitas amarillas crujientes, hechas de harina de maíz, con sabor a queso. El término es usado en el cuento *El peón*. Su uso coincide con la definición que da el DA.

bombita. f. Fuego artificial pequeño y barato, de forma cilíndrica, hecho de papel enrollado alrededor de una porción de pólvora. Su mecha corta lo hace explotar tras un par de segundos. El término es usado en la frase «a tres por cinco son las bombitas» en el poema *El regalito*. Su uso coincide con la definición que da el DA, pero el DEPA le da un sentido distinto.

caracucha. f. Flor de cinco pétalos que crece en racimos (también llamados *gajos*), en árboles del género *Plumeria*. Conocida también como frangipani. Aunque existen en amarillo y rosa, su color más común es el blanco con centro amarillo. El término es usado en los poemas de la colección *Semana Santa en La Villa*.

colin. m. Machete. El término es usado en la frase «feroces con el garabato y el colin» en el cuento *El peón*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

corrido. m. (tambor ~) En la frase «nortes y corridos» en la elegía *La muerte del tamborero*, el término se refiere a un ritmo del

tambor panameño, generalmente rápido, con un compás de 4/4. No aparece en el DA ni en el DEPA.

crespón. m. (papel ~) Papel delgado y rugoso, teñido de colores, que se usa en manualidades. La frase «la flor de crespón» en el poema *Viernes Santo* de la colección *Semana Santa en La Villa*, hace referencia a un artefacto con forma de flor, forrado en papel de tal tipo, que encierra flores y palomas.

cutarra. f. El término, usado en el artículo *Réquiem por mis cutarras*, se refiere a un calzado rústico del campesino, una sandalia de cuero —generalmente duro— que se hace a la medida, y que se teje directamente sobre el pie. Su uso coincide con las definiciones en el DA y el DEPA, pero no con la del DLE.

diablico. m. Persona disfrazada de diablo en una festividad. El término es usado en dos formas equivalentes: «diablico» en el cuento *La máscara de diablico*, y «diablico sucio» en el cuento *La muerte del tamborero*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

diablo fuerte. m. Tela muy fuerte, de algodón, usada en la confección de pantalones de trabajo. El término es usado en el cuento *El peón*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DEPA y el DA, aunque en este último aparece como una sola palabra.

extraordinaria. f. (lotería ~) Sorteo extraordinario de la Lotería Nacional de Beneficencia, cuyos tres premios son mayores que aquellos de los sorteos ordinarios. El término es usado en la frase «ganarse los tres premios de la extraordinaria» en el cuento *El peón*.

garabato. m. Vara de madera, con una curva en su término, usada como contraparte del machete durante el corte de malezas. El término es usado en la frase «feroces con el garabato y el colin» en

el cuento *El peón*. Su uso coincide con la definición que da el DA. Curiosamente, no aparece en el DEPA.

guaricha. f. Lámpara pequeña de kerosín. El término es usado en los cuentos *La máscara de diablico* y *En la corriente*. Su uso coincide con la definición que da el DEPA. El DA, incorrectamente, sugiere un significado alterno (el de prostituta) como vigente en Panamá, y restringe innecesariamente la geografía del significado actual.

guial. f. Muchacha, mujer joven. El término es usado en la frase «pindín con las guiales» en el cuento *El ballazgo*. Su uso coincide con la definición que da el DA. No aparece en el DEPA.

harino. m. Árbol de la especie *Andira inermis*. El término es usado en la frase «entre las ramas de un harino» en el cuento *Vida*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

jorón. m. En el contexto de la frase «en el jorón comienzan los festejos», en el poema *Sábado de Gloria* de la colección *Semana Santa en La Villa*, el término hace referencia a un local amplio, techado, pero de lados abiertos, donde se realiza un baile de música típica para el público. Este tipo de local es generalmente conocido como *jorón* o *jardín*.

limpia. f. El DA y el DEPA definen «limpia» como cuera o rejera, es decir, como un castigo físico o zurra. Ese significado es correcto. Sin embargo, en la frase «vieron la limpia» en el cuento *El peón*, la expresión se refiere a una derrota contundente.

manta sucia. f. Tela fuerte, de algodón, usada en la confección de camisas de trabajo y otras prendas de vestir. El término es usado en el cuento *El peón*. Su uso coincide con la definición que da el DEPA. El DA lo lista pero no lo define.

mierdero. m. El término, usado en el segundo de los *Versos a la muerte de mi padre*, es mi traducción de la palabra en inglés «shithole», en

el sentido de *a wretched place*, un lugar miserable. El DA ofrece una definición parecida.

monogordo. m. Criminal o persona corrupta de alto rango. El término es usado en el cuento *El ballazgo*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

norte. m. (tambor ~) En la frase «nortes y corridos» en la elegía *La muerte del tamborero*, el término se refiere a un ritmo del tambor panameño, generalmente lento, con un compás de 3/4. Aparece en el DA y el DEPA bajo los términos equivalentes *norteadado* o *norteadado*.

palmar. m. Sitio donde hay muchas palmeras. Úsase también en plural, como en la frase «improvisan un fogón en los palmares» en el cuento *En la corriente*. No aparece en el DA ni en el DEPA.

pasiero. m. Amigo muy cercano y de confianza. El término es usado en la frase «invitar a sus pasieros» en el cuento *El ballazgo*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

pechiamarillo. adj. De pecho amarillo. Dícese de varias especies de pájaros silvestres. El término es usado en la frase «Un pájaro pechiamarillo brinca» en el cuento *Vida*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA, aunque este último menciona una especie en particular.

pelao. m. El término es usado en la frase «guaro con los pelaos» en el cuento *El ballazgo*. En ese uso, su significado coincide con la definición que da el DA: amigo de mucha confianza. El término es usado también, con un significado algo distinto, en la frase «los pelaos y yo vamos a estar entrenando» en el cuento *El peón*. En ese uso, su significado coincide con la definición que da el DEPA: muchacho.

pindín. m. Baile con música típica panameña. El término es usado en la frase «pindín con las guiales» en el cuento *El ballazgo*. Las

definiciones que dan el DA («Reunión popular en la que se escucha y baila música típica panameña») y el DEPA («Baile con música típica de acordeón»), aunque algo diferentes entre sí, coinciden ambas con este uso.

pintado. adj. (sombbrero ~) Sombrero de ala ancha, hecho de paja seca fina, típico de Panamá. El término es usado en la frase «bajo la sombra de su sombrero pintado» en el poema *Domingo de Ramos*, parte de la colección *Semana Santa en La Villa*. Se usa también como *pinta*.

puje. m. Golpe del tambor folklórico panameño, de sonido hondo. El término es usado en la frase «en el puje y repique» en la elegía *La muerte del tamborero*.

punto. m. Género musical y elegante danza folklórica panameña para una pareja de danzantes, en la cual el tambor indica las transiciones en una compleja serie de movimientos. El término es usado en la frase «el símbolo de un Punto eternizado» en la elegía *La muerte del tamborero*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

repique. m. Golpe del tambor folklórico panameño, de sonido agudo. El término es usado en la frase «en el puje y repique» en la elegía *La muerte del tamborero*.

santeño. adj. Gentilicio de la provincia panameña de Los Santos. El término es usado en la frase «el gesto del campesino santeño» en la elegía *La muerte del tamborero*.

seco. m. Licor panameño, transparente y fuerte, hecho a base de caña de azúcar. El término es usado en la frase «junto a una botella de seco» en la elegía *La muerte del tamborero*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

soplar. tr. En el cuento *El peón*, el término aparece en la oración «será que este sinvergüenza ... le estaba soplando las movidas». En ese contexto, *soplar* significa hacer trampa en el juego mediante la comunicación a un tercero de información sobre cómo ganar: equivalente a «será que este sinvergüenza le estaba diciendo en secreto cuáles movidas debía hacer para ganar» En ese uso, su significado coincide con la definición que da el DEPA, aunque este usa el contexto de un examen escolar.

tambucho. m. Recipiente usado para guardar y lavar cosas. El término es usado en la frase «Mojadas en agua fresca, el tambucho van llenando jazmines y veraneras» en el poema *Domingo de Ramos*, parte de la colección *Semana Santa en La Villa*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

tuna. f. Desfile festivo acompañado de música, generalmente en la calle, típico del carnaval. El término es usado en la frase «a la cabeza de una tuna» en la elegía *La muerte del tamborero*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

tusito. m. Muñón. Parte de un miembro amputado que permanece como parte del cuerpo. El término es usado en la frase «deja un tusito» en el poema *El regalito*: equivalente a «deja un muñón». El término no aparece en el DA ni en el DEPA.

zambito, ta. m. y f. Niño, niña. En mi experiencia, generalmente uno pobre o travieso. El término es usado en la frase «esta zambita no es manca» en el cuento *El peón*. Su uso coincide con las definiciones que dan el DA y el DEPA.

Frases hechas

a tres por cinco. Forma de expresar un precio: dicese cuando tres unidades de un producto se venden por cinco unidades monetarias (centavos, dólares). La frase «a tres por cinco (centavos) son las bombitas» aparece en el poema *El regalito*.

buscar tentación. Actuar de manera temeraria, arriesgada. La frase «No busque tentación» en el cuento *En la corriente* es equivalente a «No se arriesgue innecesariamente».

dormir la goma. Esta frase, que aparece en el cuento *El peón*, se dice de quien duerme mientras se recupera de la resaca (o *goma*), es decir, del malestar que se siente tras el consumo excesivo de alcohol.

ir a cambiarle el agua al canario. Esta frase, que aparece en el cuento *El peón*, es un eufemismo para «ir a orinar».

ir retando. Ser quien jugará en el próximo partido, contra el vencedor del partido en curso y tomando el puesto del vencido. Esta expresión aparece en el cuento *El peón* en dos formas: «¡Voy retando!», y «El que pierde se para, y el que va retando se sienta».

meter una limpia. Derrotar de manera abrumadora. La frase «vieron la limpia que me acaban de meter» en el cuento *El peón* es equivalente a «vieron la derrota tan bochornosa que sufrí».

no ser manco. Saber defenderse. La frase «esta zambita no es manca» en el cuento *El peón* es equivalente a «esta niña sabe defenderse».

no tener ni puta idea. No tener la menor idea. La frase «no tienes ni puta idea de lo que hicimos» en el cuento *El ballazgo* es equivalente a «no tienes la menor idea de lo que hicimos».

pasarla del carajo. Divertirse mucho. En el cuento *El ballazgo*, a la pregunta «¿La pasaste bien anoche?», la respuesta «¡Del

carajo!» es equivalente a decir «La pasé muy bien» o «Me divertí muchísimo».

ponerle fuga a alguien, Cuando un maestro anota en su registro que un estudiante, estando en el colegio, no se presenta a clases o se va de ella antes que de que llegue el docente. En el cuento *Vida*, se usa en el siguiente pasaje: «La maestra te anda buscando. Te puso *Fuga*, y dice que va a llamar a tu mamá.»

puta madre, En el cuento *El ballazgo*, la frase se usa como una exclamación de asombro.

qué chucha te pasa, En esta frase, la palabra *chucha* (un vulgarismo para *vulva*) sirve para dar énfasis a la pregunta «qué te pasa». Aparece en el cuento *El ballazgo*.

salirse del book, En los círculos ajedrecísticos panameños, esta frase significa desviarse de las líneas teóricas o principales descritas en los libros especializados sobre una apertura. Hacer una movida poco usual o inesperada en la apertura. Aparece en el cuento *El peón*.

Antología Esencial

La noche

(nanopoema)

*Obscena y lujuriosa está la noche
con su gajo de estrellas derramadas*

1999

El buen profeta

(nanocuento)

a Spinoza

Dios me habló y dijo:

Cuídate de aquellos que dicen:

Dios me habló y dijo...

2008

Epifanía

(nanocuento)

a Augusto Monterroso

Le asaltó la sensación —o quizás el recuerdo— de un abrazo y una voz lejana, en el silencio. Parpadeó asustado, ignorando que seguía muerto.

2006

El regalito

(micropoema)

*A tres por cinco
son las bombitas,
a tres por cinco*

*La prende el niño
con sus manitas,
la prende el niño*

*En un instante
la bomba explota,
deja un tusito*

*La madre llora,
loca, la mano...
¡A tres por cinco!*

2008

Escribe libremente...

(poema en prosa)

E SCRIBE LIBREMENTE, COMO SI fueras la voz del viento, sin ver, sin oír más que el canto de tu propia alma, sin saber hacia dónde vas o de dónde vienes. Escribe y olvida las reglas, los matices, las circunstancias, que tus palabras serán grabadas en oro y tu voz tallada en la historia de los hombres, de cualquier forma.

1994

Versos en métrica japonesa

(poemas)

a Mónica

Haikú

*En tu cabello
mi mano está cautiva.
No la dejes ir.*



*Salté al vacío
con los ojos cerrados
para besarte.*



*Son más lejanas
las lejanas estrellas,
lejos de ti.*



*Avergonzada
de su propia belleza
está la noche.*



*Sufro la herida
de mi amor que no calla
con tu silencio.*



*Corazón mío,
la llama está encendida:
eres incienso.*

Katauta

*Mi rosa blanca
ha abierto sus pétalos
para que se los bese.*



*Todavía siento
la caricia tímida
de tu mano en mi piel.*



*Quién lo diría...
¡dibujaste gladiolas
con tu mano de lirio!*

2000

(Selección de una colección más amplia)

Soneto del hombre casado

(poema)

*Si a mi lado, bella, tú no estuvieses
tendría esa libertad de mi pasado
de amar a otras mujeres (cuantas veces
amanecer con ellas a mi lado).*

*Mas esa libertad es un exilio,
y es falsa su premisa libertaria.
Amar así no es tal, es espejismo:
me trueca gozo a cambio de mi alma.*

*Contigo a mí me basta, bella mía,
pues no quiero otro cuerpo ni otros besos,
y me sobra placer entre tus labios.*

*¡Y no me importa más, por propia hombría!
Que como quieran vivan los solteros,
pues los hombres casados son más sabios.*

2004

Aforismos

(prosa de opinión)

Nada muere sino el yo.



Amar es fluir hacia Dios.



Mi corazón es una veleta.



Arte es belleza creada por el hombre.



La pasión y el miedo florecen mejor de noche.



No soy ni Dios ni roca: soy un punto intermedio.



La pasión enriquece el alma; el vicio, la empobrece.



La naturaleza podrá tener mente, pero no tiene corazón.



Belleza es el reflejo de la perfección en la percepción.



La eternidad no es el tiempo sin fin, sino la ausencia del tiempo.



Recordando, diríamos que el tiempo vuela; esperando, pareciese moverse apenas.



La física es una poesía matemática inspirada en el universo, y los físicos son sus poetas.

(Selección de una colección más amplia)

El sueño

(microcuento)

a José Luis Rodríguez Pittí

«Quiero soñar conmigo mismo
viéndome dormir»

MITCH HEDBERG

UN HOMBRE SE ACOSTÓ en su cama y se durmió. Mientras dormía, soñó que estaba en su cama durmiendo y soñando que sus sueños eran tan reales como su vigilia. Soñó que en sus sueños él veía tantos colores, oía tantos sonidos, hablaba con tanta fluidez, y amaba con tanta intensidad como en su vigilia. Soñó que él era incapaz de distinguir entre su sueño y su vigilia, hasta el punto de no saber cuándo estaba dormido soñando y cuándo despierto viviendo la realidad. Y la palabra *realidad* perdió su significado. Entonces soñó que despertó de su sueño, y que decidió nunca más volver a dormir para evitar soñar. Y siguió despierto para siempre, en su sueño.

1998

Más bella aún

(anécdota)

a Edilberto González Trejos

LA VIO PASAR. ¡QUÉ hermosa era! De facciones finas y mirada de almendras, piel de leche y cabello largo hasta los hombros. «Es más bella que un ángel», pensó, y cerró los ojos, deslumbrado por su propia descripción, imaginando cuán bello había de ser un ángel, y más aún, una mujer más bella que un ángel. Entonces se enamoró de lo que concibió su imaginación. Cuando abrió los ojos y vio nuevamente a aquella mujer, le pareció de una belleza parca, casi mustia, comparada con la creación de su mente. Así que replegó al instante su halago, temiendo se marchitase en su vuelo sin hallar tierra fértil para florecer, y se alejó, despreciando en su corazón a esa que intentó con su belleza vana desplazar a su hermosa mujer ideal de su trono de perfección.

1994

Perdido

(microcuento)

a Andrea Louise Thomas

EL SOLDADO SE DESPERTÓ en una choza, adolorido pero descansado, sobre un montón de paja cubierta con los pedazos de su paracaídas. La vieja que le había dado comida y había vendado sus heridas, estaba sentada en el piso de tierra, ofreciéndole agua. Mientras él dormía, al parecer, ella le quitó el lodo y le cambió el uniforme por ropa limpia, probablemente dejada por alguno de los hombres que lo sacaron anoche del fango. Si no hubieran llegado a él antes que la marea, se habría ahogado en la oscuridad, entre los manglares. Así que, tras horas de silencio, se atrevió por fin a hablar.

—Lamento haber matado a su hijo —dijo.

No entendieron sus palabras. Pero no hacía falta: entenderían perfectamente, esa noche, el exquisito lenguaje de sus gritos.

2024

(Traducido del original en inglés por el autor)

Incendio en el pabellón de menores

(poema)

a Melquíades Villarreal Castillo

*Ven y mírame a la cara
y dime
que no te duele
aunque sea un grano
el alma
al oír los gritos sin rostro
y saber la carne
mordida viva en cenizas
por el fuego*

*Ven y dime que esta patria
tuya, mía, no le falló
a estos sus hijos rotos,
que no hay pecado
en que ahora sea sorda
a los llantos del desamparado,
en que le diga a la madre
que el hijo merecía
morir quemado*

*Ven y dímelo con esa boca
que implorará luego ayuda
al cielo, con esos labios
que besan a tus hijos
y les hablan de moral y bien,
y luego díselo
al que aún no ha muerto,
que aún siente el ardor
de la llama rasgándole la vida,
al que respiró fuego, y pidió
ayuda a oídos sordos*

*Y luego dime que eres
panameño...
¿qué eres?
si no te quema el alma
el dolor de un menor ardiendo
en esta hoguera de desidia
y podredumbre inhumana*

*(Yo te diré que no hay nadie
en esta tierra nuestra
que merezca este castigo)*

2011

(Cinco jóvenes murieron a causa del incendio del 9 de enero de 2011 en el pabellón de menores del Centro de Cumplimiento de Tocumen)

La flor de la adelfa

(microcuento)

«caer como pétalos de una flor,
ese era nuestro destino»

SUNAO Tsuboi

DESPERTÓ Y SUPO QUE estaba sonriendo. Tendido sobre la hierba, abrió los ojos: la adelfa sobre su cabeza dejaba ver trozos de cielo entre los gajos de flores. Miró a su lado y ahí estaba ella, acurrucada sobre el pasto, como si durmiese, pero con los ojos sobre él. También sonreía, y en sus labios aún enrojecidos había una expresión de amor e incertidumbre.

—¿Me quieres? —preguntó él, sabiendo la respuesta.

El kimono entreabierto dejaba ver nuevamente sus hombros de porcelana. En el cabello suelto habían quedado atrapadas unas flores sueltas. El suelo estaba cubierto de ellas. Él le acarició la frente y tomó una florecilla rosa.

—¿Sabes qué me gusta de esta flor?

Pero ella callaba.

—Que me recuerda a ti.

Ella sonrió y bajó la mirada. Akihiro oyó entonces un leve zumbido —¿acaso una abeja en la copa florida?— y luego un silbido agudo. Miró

hacia el pueblo cercano, Hiroshima, y un resplandor súbito lo inundó todo.

No escuchó nada. No sintió nada. Las cenizas cubrieron las llanuras quemadas.

2006

La máscara de diablico

(microcuento)

a Miguel Leguízamo

PERO NINGUNA COMO LA que hizo Julito. Pregúnteles a los viejos. La madrugada del Viernes Santo salió con la fresca a buscar la tierra. En un hormiguero la encontró suave y húmeda. Amasó la arcilla todo el día. De noche, con una guaricha, le dio forma ahí en el monte. Le hizo hocico, ojos, orejas, cachos. La dejó secando al sol hasta el día de la Encarnación. Dicen que el día de la Cruz —a escondidas— la forró en papel mojado en agua bendita, y la pintó exquisita con el color de la sangre. En Corpus Christi, la máscara de este diablico esparció el pánico. Viejas cayeron al suelo. Niños huyeron llorando hacia los potreros. Hombres mirando desde las puertas de las cantinas orinaron sus pantalones. El Padre Conde le echó agua bendita. Juran las beatas que hirvió al contacto: «Esta es la cara de *Bel Cebú*». Todavía hablan de esa máscara en La Villa. Dicen que el Diablo mismo la moldeó a su imagen aquella noche en el monte, guiando las manos de Julito, cuando se apagó la luz de la guaricha.

2007

Padre, el mejor amigo

(décima)

a mi padre

*Padre es el mejor amigo,
siempre que he necesitado.
Cuando no estés a mi lado,
seguirás aquí conmigo.*

I

*Madre es el más grande amor
que un hijo tiene en la vida;
por eso, es reconocida
por su dulzura y calor.
Mas a mi padre el honor
hoy rendirle yo persigo.
Por propia experiencia digo:
muchos hablan de amistad,
pero, ante la adversidad,
padre es el mejor amigo.*

II

*Heredé tu inteligencia
desde la cuna natal.
Me enseñaste la moral,
el trabajo y la decencia.
Me impartiste tu experiencia,
construyendo así un legado.
Te mantuviste a mi lado
en salud y enfermedad,
siendo un hermano, en verdad,
siempre que he necesitado.*

III

*Como el abuelo, despacio,
decía en una ocasión:
yo soy tu prolongación
en el tiempo y el espacio.
Ningún apellido rancio
tanta honra me habría dado
como el ejemplo brindado
y el prestigio de tu nombre.
Seguiré siendo un buen hombre
cuando no estés a mi lado.*

IV

*Doy gracias que, en la vejez,
ha querido Dios que obtengas
la cosecha de tus siembras
para que feliz estés.*

*Ahora que en mi madurez
múltiples metas persigo,
si algún éxito consigo,
a ti lo dedicaré.*

*Mientras que yo vivo esté,
seguirás aquí conmigo.*

2006

La profecía

(microcuento)

a Pedro Rivera

QUICHIREYA, EL MÁS VENERABLE de los brujos cueva, a quien la leyenda presume inmortal, inhala el humo de la hierba. El ojo de su mente se abre y ve la danza del dios.

Todo lo que fue, es y será, aparece ante este ojo. El cacique pregunta lo que concierne a su gobierno. Cuando termina, el oráculo queda al servicio de su mujer.

—¿Qué forma tiene el mundo? —inquire ella.

La verdad le es mostrada:

—El mundo es un mar infinito —responde Quichireya— y, en medio de este, hay una porción de tierra emergida, con la forma de un jaguar color jade.

El pecho de la reina cueva se agita.

—¿Cuántos soles perdurará nuestro dominio?

El brujo, en éxtasis, sentencia:

—Se secará el mar infinito antes de que se extinga la nobleza de tu estirpe.

La reina vuelve a sonreír. Se yergue y camina hacia el gran rancho, dejando tras de sí el rumor de los caracoles que cuelgan de su tobillo.

El brujo la sigue con la mirada.

En el horizonte de azur, que ningún ojo otea, las carabelas de
Bastidas aparecen sobre las olas, entre la bruma, con la cruz y la espada.

Viene a secar el mar...

2006

Vestigio

(poema)

«como los ostiones, me siento
siempre ligeramente inmortal»

RICHARD HOWARD

*En la espléndida roca, donde olas
desparraman el blanco de su espuma,
con cutarra tenaz y firme coa,
abundancia de ostiones que maduran
campesinos cosechan. Cuando brota
de su cofre de nácar, con ternura,
el molusco, la mano va y lo arroja,
vulnerable y desnudo, en la totuma.*

*Pues se siente mortal y deprimido,
un ostión su destino vaticina:
en cebiche vulgar, o tal vez frito
en ardiente sartén, hasta la tripa
ir mascado a parar, ser digerido,
y después, de clavado en la letrina.
«¡Ay, qué efímero soy!», se dice el bicho,
macerado en el mar de su desdicha.*

*Otro ostión a su lado, que le entiende,
piensa muy diferente. También sufre,
pero el mismo dolor que su alma siente
va envolviéndolo en nácar, y lo pule
hasta que —miniatura— al mundo encierre
en esférica perla, porque intuye
que es eterna la lágrima que vierte,
un legado que el tiempo no destruye.*

*De la coa implacable bajo el filo,
los moluscos son presa. Juntos viajan
de la humilde totuma, hasta un fino
restaurante: sus carnes pronto apanan.
De esos dos, solo de uno el fiel vestigio
de su breve existencia aún nos habla:
esa perla que ahora es dije rico
del collar que polleras engalana.*

2024

Valhalla

(poema)

a Mam

*En una tarde de tormenta,
contó mi abuela a mis oídos asustados
que el trueno inmenso que rodaba,
rasgando el velo de tul gris algononado
en que la niebla envuelve al cielo,
desde occidente hasta el oriente trepidando,
era estampida de las almas
de los corceles que en batallas del pasado
han muerto heroicos, avanzando,
y en el Valhalla —libres— han resucitado.*

*Mi pensamiento, desde entonces,
el retumbar de aquel rebaño va auscultando
y se me expande el corazón
siempre que en nubes de tormenta escucho hollando
el repicar de sus galopes,
fuertes y briosos, adornados por los rayos.
Potros de sol, sobre las aguas
crean un infierno de rugidos encontrados.*

*Van por su reino, estremeciendo
el universo con la ira de sus cascos.*

*Esto aprendí ayer de la ciencia:
que de electrones es descarga virulenta
la sierpe blanca, y son voltaicos
los potenciales que conectan cielo y tierra.*

*Por muy exacta explicación
que del misterio de la ciencia aquella sea,
solo me dice cómo y qué:
el sentimiento no lo explica ni lo expresa.*

*Confieso hoy que el corazón
aún es de niño y cada trueno le recuerda
aquella historia que contó
la boca santa de esa dama que ya es muerta.*

*Sonríó febril, emocionado:
con dicha alzo al firmamento mi cabeza
cuando un destello lo desgarró,
porque esas llamas entre lluvia me recuerdan
que en las sabanas del Valhalla
un gran tropel de mil caballos corre y vuela:
cascos de luz, almas de fuego,
eternos símbolos de coraje y de fuerza.*

2005

Excusas

(anécdota)

a Mónica

CUANDO VI LA LUZ amarilla, bajé la velocidad. En la roja, detuve el auto. Beneficiándome de la pausa, la miré, y tras acariciar su cuello unos segundos, la besé. No me saciaron los mil besos que le di en la azotea, ni los dos mil en la escalera, ni los tres mil dentro del auto antes de arrancar la máquina. Creo que sus labios producen dependencia: cuando la hube besado, quise seguir haciéndolo por siempre.

Aun así, ella se sorprendió de aquel gesto en plena vía. Yo sonreí:

—El semáforo está en rojo —alegué, alzando los hombros.

Ella también sonrió, y yo seguí conduciendo. Dos cuadras después, otro farol carmesí me hizo la merced: la besé intensamente, acariciando sus cabellos. Ella me examinó de modo inquisidor, parpadeando con un rápido aleteo de mariposa.

—El semáforo está en rojo —argüí, simplón.

Bajando los ojos, ella rio abiertamente. Yo seguí conduciendo, ebrio de tanta pasión, bendiciendo en silencio al portentoso cerebro que ideó las luces de tráfico.

Al llegar a su apartamento, detuve el motor. Ella clavó la mirada en mi despiste, con una sonrisa tenue en los labios arrebolados.

Ritualmente, ella habría bajado del auto en este punto, pero por alguna razón permanecía ahora inmóvil en el asiento.

—¿Qué pasa? —inquirí, algo perplejo.

Ella no respondió. Iba a decir yo algo más, cuando distinguí en sus pupilas la aparición de un destello rubí. Entonces ella estampó un último beso largo en mis labios sorprendidos. Luego me miró y susurró:

—¿Ves esa esquina? El semáforo está en rojo.

2000

Versos a la muerte de mi padre

(poemas)

«No hay olvido —más que en la muerte»

CHARLOTTE SMITH

*Entonces así es como sucede, ¿o no?
El reloj sigue su marcha, mientras él
se transforma gradualmente en un recuerdo,
la idea súbita —traída fácilmente
a la mente por mil pequeñas cosas—
de alguien a quien conocí,
seguido de un breve estremecimiento
y un largo dejo de soledad*

*Se ha convertido ahora en la resignación
de un amor abierto que ya
no tiene consecuencias,
un rostro que sonríe desde las soleadas
imágenes de días más felices*

*No me rindo ante su muerte,
solo dejo de rechazarla,
y de luchar contra la idea*

*de que se ha ido, y su cadáver
se pudre ahora en una caja
en un hueco a dos mil millas de aquí,
mientras yo aún siento su abrazo
y oigo su voz dentro de mí*

Marzo 2013



*Vive a través de mí
¿Qué me importa? Yo soy
lo que soy de cualquier forma, lo que quiero
y nada de lo que hagas
puede cambiar eso, ni siquiera morir.*

*Vive en mí. ¡Prevalece! Subsiste
como una herida, un recuerdo
medio olvidado, el trago amargo
de tu muerte, endulzado
gracias a tantos años
de amor inexpresado.*

*Permanece en mí, padre.
A quién le importa
qué nostalgia plaga
mis noches de insomnio, extrañándote,
sin querer dejar ir tu voz
por miedo a que vuelvas
a morir si lo hago, ¿lo ves?*

*Porque puede que yo sea
todo lo que queda de ti
en este perenne mierdero,
y yo soy yo mismo
aun si tú eres en mí,
y soy un ser independiente,
aunque quisiste pensar que era tuyo.*

*Vive a través de mí, padre,
ya no eres nada
más que mi corazón doliente
y mi mente rota y en llamas.*

Marzo 2014



*Yo también moriré, padre, como tú.
No estaremos juntos.
No lo estaremos.
Pero estuvimos juntos,
y yo soy.*

Hablo a la nada.

Marzo 2015

(Traducidos del original en inglés por el autor)

Amigos

(minicuento)

a Jack London

YA ME HABÍA RESIGNADO a la proximidad de mi muerte, cuando distinguí la figura enorme de Peluche tras la blanca confusión de la borrasca. Caminé hacia él. Noté que había perdido mucho peso, pero aún lucía impresionante. Su salvaje belleza me infundió remordimiento, y me sentí culpable. Acaricié su hocico; él olfateó mi rostro. Al rato nos echamos juntos sobre la nieve, exhaustos. Un promontorio cercano nos protegía del azote brutal de la ventisca. El sol aparecía poco y breve, tras las heladas ráfagas de niebla. Pensé que solo el prodigioso olfato del oso explicaba nuestro encuentro en la desolación polar. Peluche conocía mi olor desde cachorro.

Ignoro si su instinto habrá resentido la ausencia de individuos de su especie, ya extinta. De los doce embriones que preparamos en el Instituto, solo él sobrevivió. Creció majestuoso, pero condenado a la soledad. El cautiverio se convirtió en su tormento. Aunque ahora me arrepiento, creí procurar su bien cuando pedí al director liberarlo en el Ártico, donde sus antepasados alguna vez reinaron. Tenían razón quienes argumentaron que el cambio climático había destruido el ecosistema y que él no encontraría presas. Supongo que accedieron a mi petición solo porque el proyecto de traer la especie de vuelta ya era

un fracaso, y sospechaban que Peluche deseaba la libertad más que la vida. Vagando consumió sus reservas de grasa. Yo agoté mis raciones de alimento, siguiéndolo desde lejos, impotente ante la tragedia. Al morir la batería del radio, perdí la última esperanza de un rescate.

Desamparados, pero juntos, esperamos sobre el hielo a la muerte, que vendría pronto con el hambre y el frío.

—Este no era el final que deseaba para ti, amigo —le dije, acariciando su gran cabeza blanca—, y ahora tendré que verte morir a mi lado.

Sus negros ojos, entreabiertos y salpicados de nieve, me miraron. Moviéndome muy cauto, y sin dejar de acariciarlo, saqué el puñal de la mochila. Mi corazón suplicó: «Perdóname». Pero la disculpa era innecesaria; él me entendía perfectamente. Lo supe cuando sentí crujir mi cuello; cuando sus colmillos, lentamente, se hundieron en mi carne. No sentí dolor, solo la tibieza de la sangre y su aliento sobre mi rostro.

2006

Res una sumus

(ensayo ficticio breve)

«la vida es una especie de ajedrez»

BENJAMÍN FRANKLIN

QUE RESULTÓ TRAS SIGLOS de un juego de ejércitos opuestos, perfeccionado por hombres de diversos pueblos y tiempos. Que el sabio Sisa lo creó para demostrar a un rey persa su dependencia en los súbditos. Que Hermes lo concibió —obra cumbre del hombre cumbre— como regalo a sus descendientes. Que Adán lo ideó durante su ocio en el paraíso. Son teorías falsas.

La humanidad ha conocido el ajedrez por dieciséis siglos, cinco en su forma actual. Pero no es su hechura: el ajedrez fue descubierto, no creado. Estaba ahí desde el primer instante en que algo existe. Dos dimensiones bastan: sobre el plano segmentado, ausencia y presencia de luz, se batan los bandos. Sus movimientos se derivan de teoremas básicos, euclidianos en su simplicidad: el rey, razón de ser, mueve un espacio en cada eje o en ambos. La reina prolonga al límite el movimiento de aquel. La torre es negación de los movimientos oblicuos de esta. El alfil, lo inverso. El caballo hibrida a ambos, limitado. El peón emula solo a uno, minimizado, hacia el contrario.

Fuera del tiempo y el espacio, imaginando el universo antes de crearlo, Dios verificó que en la contemplación de un mundo

bidimensional ya está implícito el ajedrez, inevitable consecuencia del plano y la polaridad. Dicen los citros que Alá creó a Satán para tener a quién vencer en el tablero. No podía derrotarse a sí mismo jugando perfectamente un juego perfecto: Dios contra Dios es siempre tablas.

Enuncian que existen infinitas variaciones del ajedrez, y que la conocida por el hombre es solo la más simple, la única que nos resulta comprensible. Aseveran que nuestro universo, el cual excede nuestro entendimiento, es la variante más compleja del ajedrez aún asequible a la percepción humana. También en esta el Diabolo es el único oponente capaz de aliviar a Dios la carga de la soledad. Las leyes inmutables de la física, que apenas comienza a descubrir nuestra ciencia, son las reglas básicas en esta versión del juego. En ellas están predeterminados el hombre y las estrellas, como el gambito de dama lo está en la vertiente que practicamos. Insisten los citros del Sahara en que hay especies del ajedrez aún más complejas que el universo visible, y que Dios sigue encontrándolas y agotándolas sin fin.

2006

Ensayo y error

(minicuento)

a Tristán Solarte

ADÁN MORDIÓ LA MANZANA. El sabor y fragancia eran idénticos a los de la fruta común. Dios, que durante siglos había esperado el mordisco, escondido detrás de una parra, saltó y dijo:

—¡Ajá! Así te quería agarrar, malagradecido. Mira todo lo que he hecho por ti. Te di un paraíso para vivir eternamente y una mujer para acompañarte. A cambio solo pedí que no comieras de este árbol.

Algo iba a decir Adán, pero Dios se adelantó:

—No culpes a Eva: es una excusa tan obvia.

A su vez, Eva quiso intervenir, pero Dios le cortó el paso:

—No me vengas con el cuento viejo de la serpiente.

El animal, que andaba todavía por ahí, se subió al árbol y siguió escuchando, con la resignación del actor que hace mutis en una escena repetida mil veces.

—Ahora —prosiguió Dios— dictaré sentencia. Los dos serán expulsados. Tú, Adán, trabajarás para ganarte el pan. Se acabaron los días felices de abundancia. Ahora tendrás que regar la tierra árida con tu sudor para arrancarle frutos escasos. Tú, Eva, por largo tiempo has disfrutado del sexo sin preocupaciones. Ahora sangrarás seis días cada mes, y te embarazarás fácilmente. Al término, parirás con dolor

un bebé cuya cabeza será muy grande para tu vagina. Te quedarás en casa a cambiar pañales, limpiar pisos y fregar platos. Y tú, serpiente, te arrastrarás por el suelo...

—Espera un momento —interrumpió Adán.

Todavía no acostumbrado a tan bruscos cortes a su inspiración, Dios puso la cara de enfado que Miguel Ángel le diese en un fresco. Pero Adán no lo estaba mirando: con ojos fijos en la fruta mordida, movía un bulto en su cachete. Tras unos segundos de meditación, dijo:

—¿Sabes qué, Dios? No vale la pena... Te devuelvo tu manzana.

Escupió la masa, que no había tragado aún, y la pegó con saliva, lo mejor que pudo, al resto de la fruta, colocándola luego sobre una rama del árbol prohibido. La serpiente miró de soslayo a los presentes y se arrastró en silencio hasta otra rama. Dios, desilusionado porque el desenlace —preparado tan minuciosamente desde la creación de este universo— había fallado una vez más, abandonó el Jardín y se fue a crear otros mundos, con nuevas variaciones. Adán y Eva siguieron viviendo en el Paraíso, sin trabajar ni parir. Murieron, siglos después, a causa del aburrimiento.

2006

De cómo el capítulo XVII no fue el último

(minicuento)

a Enrique Jaramillo Levi

ABATIDO SOBRE EL SUELO, en el umbral de la muerte, el caballero dejó caer la cabeza hacia el costado. Logró ver a su viejo caballo intentando huir de la bestia, con lastimoso galope, sin mayor suerte. Más allá, sobre una colina que perfilaba su curvatura en el cielo de la tarde, creyó ver las siluetas borrosas de dos jinetes que también trataban de evadirla. Se palpó el rostro y la barba. Vio que su mano se cubrió de sangre. Quiso alzarse, o al menos girarse de costado, pero no pudo. Sintió una liviandad en la cabeza, como cuando acomete el sueño, y supo que la vida se le apagaba.

—Ved en cuán amarga cuita me sale al paso el fin —suspiró débil, entre labios—. Socorredme en esta hora triste, señora mía.

Una brisa fuerte, del poniente, estremeció las banderas reales y las ramas de un encino.



La pluma se detuvo de súbito. Recostándose sobre el escritorio, el hombre cerró los ojos y con el índice masajéó los párpados cansados.

Una sensación extraña, como de tristeza o melancolía, le revoloteó en el pecho. Miró por la ventana abierta. Unos niños sucios jugaban con espadas de palo en el callejón. Caía la tarde. La voz del pregonero, algo lejana, le distrajo un momento. Se puso de pie. Miró el bulto de papeles sobre la mesa. Volvió a sentarse. Algo hacía falta aún, presintió; algo no estaba en su sitio. Tomó la última hoja del grupo y la rompió. Luego reinsertó en otro lugar de la pila de papel las cuatro hojas anteriores. Mojó la pluma nuevamente.



El caballero abrió los ojos. Sobre la colina aparecieron las siluetas de los dos jinetes. Alzó la vista y vio al león saltar sobre él y reparar las heridas de su cuerpo con las garras, y luego correr de espaldas hasta la jaula, donde se echó tranquilo. Sintió que su cuerpo era arrojado hacia arriba, en el aire, y el dolor desapareció. El viejo caballo regresó al galope, también de espaldas, y en una cabriola se colocó bajo su cuerpo. La armadura no hizo ruido al desplomarse sobre la silla. Bestia y jinete quedaron quietos frente al carro de los leones. El recuerdo del feroz ataque desapareció de la memoria. Alzándose la rota visera, don Quijote miró al leonero, que esperaba su respuesta. Una brisa del poniente hizo volar las banderas.

2006

El tradebario

(minicuento)

a Milcíades Pinzón Rodríguez

TRAS UNOS COMPASES ENMOHECIDOS de algún Capricho de Paganini, el profesor baja el violín y le da un segundo vistazo, con cierto desdén.

—Es una copia —sentencia— de cierto valor, pero copia al fin. Le doy quinientos pesos, porque hoy ando de buen humor, pero no más. Honestamente, no creo que valga tanto, pero usted es un buen hombre y ha venido de tan lejos...

El campesino, incrédulo al principio, triste luego, no responde. Le hace falta el dinero, pero la oferta es nada comparada con lo que esperaba obtener. Viajó un día entero a caballo desde su rancho en El Bijao hasta el puerto de Mensabé, y luego tres más en barco hasta la capital, gastando buena parte de sus ahorros, con la ilusión de hacer fortuna vendiendo el instrumento.

Un médico amigo suyo, educado en Europa, lo había oído en una fiesta del pueblo. Intrigado por la pureza del sonido, inspeccionó el violín. Supo que era herencia del abuelo, un viejo rubio a quien llamaban Beto Fonjárez, pero que firmaba Herbert von Hausen. «Este violín parece ser un Stradivarius —había dicho el doctor—; y si lo es, vale más que todas estas tierras con sus dueños».

El campesino reflexiona ante el fallo del profesor y pregunta malicioso:

—¿Cómo sabe usted que no es un tradebario?

Algo reticente, le responde:

—El ojo experto ve mil pequeños detalles: el tono del barniz, el tallado de la voluta, la forma de los huecos, la resonancia de la caja, hasta la densidad de la madera. ¡Hombre, si no me cree, vaya a que otro experto lo avalúe y ya está!

Sin rumbo, el campesino vaga toda la tarde por las calles de San Felipe. Se echa en una esquina y toca alguna cumbia nostálgica. No falta quien le tire un cuartillo, creyéndolo mendigo. Al amanecer, desilusionado y hambriento, regresa. El profesor estaría de mal humor, pues solo le da trescientos pesos y un sermón.

—Le estoy haciendo un favor. ¡No se los gaste en aguardiente!

Esa tarde se cruzan en el muelle. El campesino, borracho ya, no lo ve siquiera cuando sube al barco de regreso a su pueblo. El profesor, que pretende no reconocerlo, baja del carruaje con un baúl y un maletín, y aborda un vapor de cierto lujo, para realizar una diligencia de impromptu. Tres semanas de viaje y trasbordos lo llevarán a Nueva York. A tiempo —si Dios quiere— para la subasta de Stradivari en Sotheby's.

2006

Réquiem por mis cutarras

(artículo)

AYER PERDÍ MIS CUTARRAS en la playa de Guararé. Estrictamente hablando, no las perdí, pues recuerdo perfectamente dónde las dejé. No suelo recordar dónde dejo las cosas. De hecho, tengo la extraordinaria facultad de hacer desaparecer mi cartera cada vez que la saco de mi bolsillo, don que me hace desperdiciar diariamente un cuarto de hora tratando de localizarla en mi casa desordenada. El caso de las cutarras es diferente, pues recuerdo nítidamente el lugar en donde las dejé reposando para irme a jugar fútbol con mis amigos.

Puesto que no las perdí, debería decir que ayer alguien tomó mis cutarras prestadas, sin mi permiso y sin fecha de devolución. No lo catalogo como robo. No puedo ni quiero hacerlo. *Robo* es una palabra fuerte, fea: es un pecado capital. Mis cutarras, siendo tan inocentes y cándidas, no pueden estar involucradas, siquiera como víctimas, en un acto así de vil. De hecho, no considero que haya sido un robo, y por lo tanto no guardo rencor alguno a quien las tomó.

¡Incluso, lo comprendo! No puedo culpar a un pobre cristiano por haber sucumbido a la abrumadora tentación de tomar en sus manos mis lindas cutarras, de acariciar entre sus dedos esas tiras suaves de noble cuero, de probárselas en sus pies, y de irse luego caminando por la playa calzado con ellas, complacido, llevándose de paso, la

franela blanca que yacía sobre las cutarras, protegiendo del sol su suela resquebrajada y sus correas aterciopeladas.

Esas cutarras tienen su historia. Fueron hechas con exquisito cuidado por las manos laboriosas de Yeyo, el mejor zapatero que ha tenido La Heroica Villa. Fue un gran amigo de mi padre, desde la infancia, y poseía un carisma especial, pues era muy jovial, práctico e ingenioso. Accedió a hacerme un par de cutarras bajo expresa solicitud mía. Nunca había hecho cutarras. Su especialidad eran los zapatos. El primer par de cutarras que me confeccionó fue demasiado pequeño para mi talla, por lo que mi hermana Eka las recibió en herencia. El segundo par me sentó a la perfección.

Eso fue hace mucho, al menos seis años. Algunos años después de haberlas hecho, el buen Yeyo murió. Pero sus cutarras siguieron vistiendo mis pies, y abrigando el orgullo que mi corazón siente por esta tierra. Soportaron junto a mí lluvias, lodos, arenas y asfaltos, cubriendo mis plantas, altaneras en su belleza simple, natural. Hoy han desaparecido. Mis pies están de luto, añorando su suavidad, su entalle perfecto.

Mi callado anhelo es que ese alguien que las haya tomado en la playa sepa valorar en su justo precio esas pequeñas joyas de cuero. Puede que fabrique pronto un nuevo par con mis propias manos: quiero tener cutarras que ponerme cuando se me inflama el sentimiento de patria. Pero estas nuevas cutarras tendrán su propia historia. Y nunca reemplazarán a las mejores cutarras que he tenido: esas que Yeyo tejió con paciencia, como legado último para mi corazón de niño.

1998

De 'El amor revelado'

(poemas de amor)

el amor revelado

*tú,
sonrisa en mis labios
fuego en mi cuerpo
abismo y vértigo*

*tú,
beso de Dios
brote de juventud
caricia nueva*

*tú,
serenidad en mis ojos
luz y paz en mi alma
el amor revelado
la respuesta a mi vida*

*tú,
el más bello recuerdo
presente glorioso
profecía de amor*

*tú,
mía,
única,
eterna*

2002

eres tú

*Entre todas las mujeres de la tierra
yo te escogí,
porque tú eres ella:
la bella que esperaba
y amé desde siempre*

*Y así —sin fin—
porque eres mía,
volvería un millón de veces
a escogerte,
en un millón de vidas*

2002

falta algo

*Sobre mi cabeza están las estrellas,
temblando de frío entre nubes tenues
Bajo mis pies está el pasto verde,
salpicado en rocío generoso*

*Están el piano y el silencio
Están la paz y el deseo
Está tu recuerdo en mi mente,
fragante como una rosa blanca,
remolino de nácar*

Pero siento que falta algo en mi pecho...

¿tienes tú mi corazón?

1999

el águila

*Contemplo desde lo alto
la silueta de tu pecho desnudo,
y pareces un lago que resplandece bajo la luna*

*Como un águila nocturna te sobrevuelo
y en picada llego a ti:
capturo con mis garras los dos salmones rosa
que nadan agitados en tus senos
y los devoro mil veces
en un beso*

2000

prueba de amor

*Sé muy bien,
bella mía,
cuánto me amas,
pues tu amor me ha tocado*

*Tu amor ha llegado a mis oídos
fuerte y claro,
envuelto en tus palabras,
como llegan a una nave que naufraga
las luces cercanas de la costa
y de la esperanza*

*Tu amor ha llegado a mis manos
tibio y tierno
en tus caricias,
como llegan a un lirio adormecido
la ternura de la brisa
y la tibieza del sol*

*Me has dado tu amor
en tu risa dulce,
en tus lágrimas amargas,
en tu silencio...*

*Sé muy bien,
amor mío,
cuánto me amas
y sé muy bien
cuánto te amo yo*

*Hoy mi corazón se desborda,
como una copa de oro
llena de tu vino exquisito*

*No necesito prueba alguna
de tu amor,
ni la pido de ti,
ni tú puedes darla*

*¿Cómo podríamos poner el amor a prueba,
si en verdad es el amor quien nos prueba
con su fuego y su verdad?*

*El amor es,
en sí mismo,
nuestra mejor prueba*

2000

fuego

*Hay fuego en mis manos
Siento cómo quema mi carne,
fluye por mis venas,
llega a mi corazón,
y como un árbol de luz
se irradia a todo mi cuerpo
incendiándolo*

*Con fuego
mis ojos te buscan en la oscuridad
y te encuentran
desnuda,
incauta,
cercana*

Voy a ti

*El fuego de mi boca pasa a la tuya
En un abrazo te sujeto
y ardes conmigo
junto a mí
en ti
como una gran lengua de fuego al viento*

mi presa

*Eres cautiva
entre mis garras y mi cuerpo
Mi presa, mi prisionera, mi alimento*

*Lamo la piel tibia de tu cuello desnudo
y siento el palpitar de tu pecho asustado,
trémolo tras la cacería*

Eres mía

2000

(Selección de una colección más amplia)

La muerte del tamborero

(elegía)

MURIÓ MECHO. HACE DOS noches se nos fue el viejo. Lo mató la vida: el sol, el aire, el mar, el amor. Algo hay en la muerte (tal vez la sensación contundente de un hito alcanzado) que nos mueve a reflexionar sobre los que se van. ¡Qué muerte dulce, esa suya! Morir tras haber vivido intensamente. En una casa sencilla, vivía sencillamente. Tenía algún trabajo en alguna parte, pero su vocación era vivir. Preparaba vejigas de puerco para los diablicos sucios del Corpus Christi en La Villa, entrenaba gallos de pelea, y confeccionaba tambores.

Sus manos, curtidas, curtían la piel del venado, dejándola secar al sol, afeitándole el pelambre reacio. Cavaban con el machete el tronco teso, hasta encontrar en el alma del árbol el cuerpo cilíndrico del tambor. Entonces, con sogas y cuñas, templaba la membrana sobre la boca hueca hasta el punto exacto de afinación. Barnizada la madera, hirsuto el cinto, parecía el tambor terminado un cañón de paz, el símbolo de un Punto eternizado en la semilla, el gesto del campesino santeño, presto para el trabajo y para la fiesta. Cada uno de sus tambores era una cifra de su autor, era Mecho hecho de palo y cuero.

Se le llama tamborero al que toca, al que alegra al gentío con sus nortes y corridos, a la cabeza de una tuna, en la madrugada de Carnaval. Pero también es tamborero el que fabrica el instrumento años antes, el

que concibe, diseña, produce y pone a prueba a cada tambor como a un hijo. El artesano es el primer artista. A Mecho le gustaba la música al punto de decir que quien no gusta de ella está muerto. Ahora que él lo está, seguirá viviendo en el retumbar del tímpano, en el puje y repique, en la febril vibración del venado sobre el tronco.

Tres artes, viejas como el hombre mismo, nos resultan todavía mágicas: curar, enseñar y hacer música. El tambor es posiblemente el instrumento musical más antiguo. Dícese que todas las grandes obras de la música contienen un ritmo que emula el latido del corazón humano, y que por ello apelan a nuestro instinto y nos hacen sentir vivos. El tambor es el vehículo más sencillo del ritmo. Basta uno, junto a una botella de seco, para formar una fiesta bajo la luna estival. ¿En qué cultura, en qué civilización, no ha existido algún tambor característico de dicho pueblo? Detrás de cada uno está el tamborero que lo creó. Sus manos, como las del curandero y las del maestro, encierran un misterio primitivo, una magia primordial, y nos llaman a despertar, a ver el mundo, a vivir.

Mecho, viejo amigo, te has muerto, y no me lo creo. Te velaron con hierba de limón, pan y queso. Te lloraron, te enterraron. Ahora, mientras tu cuerpo se pudre, rezan a Dios el rosario interminable para que perdone tus pecados. ¿Qué pecados, compadre, si tú eras santo? Te santificaron tus manos, por cada tambor que construiste para hacerte eterno. Fuiste todos los hombres, y a la vez fuiste único. Ahora que no estás, ¿quién te reemplazará?

2006

Hacia el jardín

(cuento corto)

a Rogelio Sinán

—Anoche soñé con ella.

—Otra vez —gimió la madre, bajando la cabeza y persignándose.

El padre, en silencio, miró a su hijo, que estaba sentado frente a un plato intacto de cereal. Tras una larga pausa, le preguntó:

—¿Qué te dijo esta vez?

—Que no se preocupen por ella. Dice que mamá no debe llorar más, pues ella está bien.

El padre miró a la madre, que alzó las cejas como disculpándose. Impaciente, se levantó de la mesa, besó el aire sobre la cabeza de su esposa, y puso su mano sobre la del hijo. Se puso el saco, tomó un maletín y salió de la casa.

—A tu papá no le gusta que hables de esas cosas.

—¿Qué significa *ateo*? —preguntó el niño.

La madre guardó silencio. Luego dijo:

—Debes irte a la escuela. No quiero que llegues tarde.

A la mañana siguiente, los padres desayunaban en silencio, mirando al hijo de soslayo cada cierto tiempo.

—Anoche soñé con ella.

—¿Ya ves? —dijo el padre—. Debes llevarlo hoy. Un psicólogo podrá ayudarlo. No podemos quedarnos de brazos cruzados y dejarlo crecer de esta manera.

La madre, callando, asintió con un gesto triste. Quiso preguntar algo al hijo, pero no lo hizo.

—Le conté que ustedes no me creen. Me dijo que le dijera esto a mamá: el día que ella murió, pasó algo bonito, que solo ellas vieron.

—Tú no estabas ahí —interrumpió la madre, enrojecida de súbito.

—Yo estaba en la escuela. Papá no había llegado del trabajo. Pero ella sí estaba. Ese día, ustedes dos estaban solas en la casa. Me dijo que tenía mucho dolor, y ese día entendió por qué. Me explicó que la vida es como una escuela: uno viene, aprende y se va. Ella supo que ya había aprendido su lección y era hora de irse.

El padre, iracundo, se puso de pie, viró la mesa y se arrancó la correa.

—¡Basta! —gritó—. A este carajo lo arreglo yo ahora mismo.

Tomó al niño del brazo y comenzó a azotarlo.

—¡Había una mariposa! —lloró el niño.

La madre detuvo el brazo del padre, y de rodillas frente al niño le preguntó:

—¿Qué más te dijo ella?

—Que esa mañana la mariposa entró al cuarto por la ventana abierta y voló hasta su pecho. Ella la vio, mamá, aunque sus ojos estaban cerrados. Dice que tú la viste también, que dejaste de llorar y te quedaste mirando a la mariposa mover sus alas suavemente hasta quedarse dormida. Dice que la respuesta a tu pregunta es: «Sí». En ese mismo momento ella también se durmió.

—La mariposa murió —gimió la madre.

—Ella me dijo que tú pusiste esa mariposa en su ataúd, entre sus manos.

—Tú no estabas ahí —repitió la madre, llorando.

—Ella lo vio todo —insistió el niño—. La mariposa está allá, junto a ella. Anoche me la mostró. Me dijo que ustedes no me creerían. Me pidió que la trajera para que crean.

El niño sacó de su bolsillo una cajita de madera; y de ella, una mariposa inmóvil. La madre palideció al verla.

—Está muerta, ¿no lo ves? —espetó el padre.

—Dijo que la tomes en tus manos, como ese día.

La madre tocó la mariposa, que al instante movió sus alas. Resplandeciendo bajo el sol de la mañana, como un pequeño ángel que sale de un abismo, voló por la ventana abierta hacia el jardín.

2005

El hallazgo

(cuento corto)

a Ariel Barría Alvarado

CUANDO ABRIMOS LA PUERTA trasera de la camioneta, ahí estaban: paquetes encima de paquetes, envueltos en plástico y cinta adhesiva. El conductor saltó de la camioneta y trató de escapar, pero los compañeros del otro patrulla lo persiguieron y le dispararon cuando rehusó detenerse. Mientras los transeúntes observaban boquiabiertos al tipo muriéndose en el asfalto, yo estaba paralizado por la enorme cantidad de droga que había frente a mí en el vagón.

—Dios mío.

Estimé al ojo como tonelada y media de la buena. Luego el director de la Policía anunció el peso oficial: 1615 kilos de cocaína pura. Nos felicitaron en el cuartel, y nos tomaron una foto dándole la mano al director, con el estandarte del Departamento en el fondo.

—Oficiales ejemplares —dijo alguien.

Yo no estaba siquiera pensando claramente, poseído por la magnitud del hallazgo.

Esa noche, en cama con mi esposa, todavía tenía las malditas bolsas en la cabeza.

—Estás temblando —me dijo mi esposa—. ¿Qué te pasa?

No pude decirle. No dormí ni un minuto, los ojos abiertos toda la noche, mirando a mi esposa, a la bebé durmiendo en la cuna, al crucifijo colgando en las miserables paredes de la miserable casa en la que vivíamos, y que todavía no había terminado de pagar, poniendo mi vida en peligro cada día.

—Tremendo golpe de suerte ayer, ¿ah? —me dijo Paco cuando entré en el patrulla el día siguiente.

Lo miré a la cara y vi que hablaba en serio. Paco tenía los ojos rojos, y el aliento hediondo a licor barato. Seguro había estado toda la noche despierto, bebiéndose los cien dólares que el Departamento nos había dado como recompensa por la gran cantidad de droga confiscada. Se veía honestamente feliz con todo el asunto. Me pareció que Paco lo veía como una gran cosa, beneficiosa para su carrera y una buena oportunidad para invitar a sus pasieros a tomarse unos tragos gratis.

—¿La pasaste bien anoche? —le pregunté, sarcástico.

—¡Del carajo! —me respondió.

—¿Guaro con los pelaos y pindín con las guiales?

Sorprendido por mi tono, me espetó:

—¿Y ahora qué chucha te pasa, *brother*?

—Paco... —le dije, sacudiendo la cabeza—. No tienes ni puta idea de lo que hicimos ayer.

—¡Nuestro trabajo! —respondió, con sorpresa.

—Eso es demasiada coca, Paco. Demasiada. No se supone que seamos tan buenos. A algún monogordo le está faltando tonelada y media de cocaína, y te aseguro que ese cabrón no está feliz con nosotros.

Paco se había puesto sobrio de pronto, y ya no sonreía.

—¿No viste ayer por casualidad un carro pasar despacito frente a tu casa, más de una vez?

Me miró, como tratando de recordar. De pronto, abrió grande los ojos.

—Putra madre. Me cago... me cago en la...

Bajó la cabeza, apretando los dedos sobre la cara, como arañándose los ojos.

—¿Crees que saben dónde vivo?

No pude responderle. Pero sentí que no hacía falta.

—Estamos muertos, compañero, estamos listos —gimió Paco, descontrolado.

—Cálmate. Solo tenemos que ser más cuidadosos de ahora en adelante. Mantén los ojos bien abiertos y no confíes en nadie. ¿Estamos claro? En nadie. Todo va a estar bien.

—¿Estás seguro? —me preguntó, con lágrimas en las mejillas.

Miré por la ventana. En un patrulla que pasó de largo, un policía con lentes oscuros bajó el vidrio, y levantó la mano, como saludándonos. Solté el broche del revólver, y revisé el barril: seis balas color bronce dormían en el carrusel frío. Sonó el breve chasquido de un martillo.

—¿Estás seguro? —volvió a preguntar Paco, más tranquilo.

Pero ya no pude mentirle más.

2008

Tú

(diario en poemas)

(SEDUCCIÓN)

*Eres tan hermosa
que sería indecente no mirar,
sería hipócrita*

*Apartar mis ojos
de tu cuerpo
sería una blasfemia
un pecado de arrogancia*

*¿Quién soy yo para declinar
la gloria de Dios
y rechazar su hechura?*

*Soy solo un hombre
decente, piadoso.
Ven a mí...*

Junio 2007

(SEXO PARA CONCEBIR)

*Mira cuánto te amo:
mi arado hiere la tierra
con una semilla*

*Invitamos a Dios a venir aquí
una vez más
a jugar a la vida con nosotros*

*Esta noche
amor mío,
te desposo otra vez*

Junio 2007

(PRIMAVERA)

Pensamos que ya es hora.

Ya es hora

Hemos probado la unión

y somos uno

Ya puedes venir

Julio 2007

(CONCEPCIÓN)

*La llama en mi pecho
se ha reavivado*

*Mi vida, mi alegría,
ya te siento*

*Por primera vez
pienso en ti
como tangible*

*Este mundo nuestro
ahora será tuyo*

*La llama está aquí
respirando
mi aire más profundo*

Octubre 2007

(LA NOTICIA)

*Hoy muero
y nazco
de nuevo*

*Hoy no soy un hombre
sino mil,
toda una tribu de hombres
y sus anhelos*

*El recuerdo de los caídos,
las ardientes esperanzas de los vivos,
oscuridad y la luz*

*Vida
es lo que soy de nuevo,
por primera vez*

Octubre 2007

(SONOGRAMA)

Un corazón...
Un corazón latiendo...
Un corazón latiendo en tu pecho

Tu pecho
del tamaño de una lenteja
Tu corazón
del tamaño de un grano

Tu alma
permeando mi conciencia
Estoy consciente de ti ahora,
querido mío,
estoy consciente...

Octubre 2007

(TACTO)

*Me pregunto si me sientes
cuando toco el vientre de tu madre*

*Me pregunto si me sientes
cuando te siento...*

*Me pregunto si estás durmiendo,
y si mientras duermes, sueñas*

*que estamos juntos,
que estás con nosotros,
aquí y ahora,
soñando...*

Diciembre 2007

(CANCIÓN DE CUNA)

*Fuiste un huevito,
fuiste un espermio,
fuiste una solita célula*

*que se hizo dos,
y después cuatro,
pero donde no la viera.*

*Un punto al fin
de una oración,
cual un granito de arena,*

*un porotín,
luego un limón
(¿o es lima?)... y una ciruela.*

*Leía hoy
que tú ya estás
del tamaño de una pera,*

*pero creo yo
que es mucho más
(¡pues mi alma llenas entera!)*

Diciembre 2007

(EPIFANÍA)

*Una patadita
a través del vientre
de tu madre me trae
una revelación*

*Sabios han sentenciado
que solo puede amarse
lo que se conoce*

*Pero de seguro
que se equivocan*

*Pues aún no te conozco,
querido mío,
y ya te quiero*

Febrero 2008

(EQUINOCCIO)

*Tras mi ventana veo
la sombra de esta torre
proyectada en el verde campo abajo.*

*Apunta hacia el Domo,
templo de mi dios del conocimiento,
señalando que el equinoccio está aquí:
el sol corta el día en dos mitades.*

*Cuando se haya arrastrado
hasta el extremo norte,
el momento del día más largo
habrá llegado.*

*Y con el solsticio,
junto con el verano,
tú nacerás.*

MIT, Marzo 2008

(PROFECÍA)

*Un día, mi amor,
si Dios te bendice con vida
suficiente para despertar
a esta realidad nuestra,
empezarás a considerar
una pregunta que crecerá
dentro de ti: ¿quién soy?
¿por qué estoy aquí?
¿de dónde vengo?*

*Yo, que he sentido tu cuerpo
antes de que hayas visto el mundo,
también pienso en esto,
no mañana, sino hoy,
mientras tu madre camina por la casa
con esa enorme barriga
que, según Simón el Mago,
se parece al cielo y a la tierra.*

*Pienso en esto, mientras tú
—dormido en ese dulce misterio
que es la vida en el vientre—
pateas y te mueves bajo su piel.
Siento tus piecitos
empujando furiosamente
para hacerle más espacio a tu voluntad
o para alcanzarnos y susurrar*

*que estás ya casi listo,
para hacernos saber que tu cálido nido
se le ha quedado chico a tu nuevo cuerpo
y que tu alma está lista
para ser expulsada del Paraíso,
para respirar y pensar,
alegrarse y sufrir,
amar y temer,
y buscar la verdad,
la respuesta a preguntas
triviales y eternas.*

*Un día pensarás
sobre tiempo y espacio,
realidad e ilusión;
pero no recordarás
lo que yo he presenciado hoy:
tu profundo y dulce sueño en el Edén,
y los primeros signos de tu despertar,
el principio de todas las cosas.*

Mayo 2008

(LLAMA)

*Ya hace mucho que trato de expresar
la esencia del fuego que me consume
ahora que has venido...*

este dolor, esta alegría, y esta esperanza

Me rindo, pues me supera

*Al menos esto diré:
Ojalá un día sepas
cuánto te quiero
Ojalá un día ames
a alguien así*

Noviembre 2008

(Traducidos del original en inglés por el autor)

Destino

(cuento corto)

a Julio Cortázar

«Una vida más tarde comprenderemos
que la vida perdimos solo por miedo»

JUAN PABLO SILVESTRE

L UISA JAMÁS COMPRENDIÓ POR qué murió. Mientras la piedra enorme del molino, ciega sobre su eje eterno, continuaba el peregrinaje circular hacia ninguna parte, sus ojos perdieron el brillo contemplando el brazo con fijación desamparada. La tarde anterior, el sol, como una luciérnaga breve en un pozo muy hondo, había brillado en esos mismos ojos. Sentadas en la terraza de su casa, Luisa y su amiga Lucía charlaban. Hablaron del amor, del sexo, de la vida futura. Y reían, ¡por Dios, cómo reían!

—¿Sabes? —dijo Lucía—. Decidí que iré esta noche a que la vieja me lea la mano.

El gesto de sorpresa en la cara de Luisa no fue tal para Lucía.

—Esa vieja loca no hará que él se fije en ti.

—Pero puede decirme si algún día él lo hará. ¿Por qué no vienes conmigo?

Una mueca de incredulidad se dibujó rápidamente en su rostro: «Yo no creo en esas cosas».

— Claro que no... —concedió Lucía—. Pero ¿no sientes curiosidad? Dicen que, desde antes de tu nacimiento, tu vida está escrita ahí, en las líneas de tu mano.

Callaron. Al caer la noche también, una junto a la otra, callaban mientras la vieja sobaba la mano izquierda de Lucía. La contempló profundamente y cerró los ojos: habló largo rato, sobre la vida, el amor, la salud, el dinero. Luisa se estremecía con cada verdad que la vieja decía sobre su amiga. Cosas íntimas, secretos entre ellas: todo lo veía. Cuando la vieja terminó con Lucía, Luisa tuvo el presagio de que su vida cambiaría. La gitana le tomó la mano izquierda, cerró sus labios con fuerza y permaneció en silencio largo rato. Luego la miró a los ojos, con lástima.

—Pero tú no crees en esto, mi niña...

—¿Qué es lo que vio, señora? —reclamó Luisa, con voz quebrada.

La angustia magnificó una pausa breve hasta hacerla parecer infinita.

—Es mejor que te vayas y te olvides de todo —dijo la anciana, sabiendo que no lo haría.

—Dígamelo de una vez, por Dios —suplicó.

La vieja cerró los ojos tristes, agitada. La palma de su mano, seca como la cáscara fina de una cebolla, apenas rozaba la mano sudorosa de Luisa.

—Sucederá muy pronto, mi niña. Está escrito aquí, desde el primer día.

Silencio. Una lágrima cayó sobre la mano desnuda y palpitante, abierta hacia el cielo.

—Dígame cuándo —insistió Luisa, y otra lágrima cayó sobre su mano cuando escuchó la respuesta—. ¿Qué puedo hacer para evitarlo, vieja?

—Destrózala si quieres vivir. Mientras la mano exista, tu suerte está echada.

La piedra giraba, lenta como el mundo, frente a sus ojos marchitos y sus labios pálidos. Esa mañana el sol había calentado esos labios, camino a la iglesia. El andar le dio tiempo para pensar en su marido, en su hija pequeña, en los otros hijos que quería traer al mundo, en los nietos que deseaba ver jugando a su alrededor.

Sintió que la vida se le iba del pecho. No llegó a la iglesia. El molino que encontró en el camino, aleteando frente a ella, era igual a la imagen de su sueño: las aspas, blancas; la puerta, abierta; la rueda, inmensa, girando perezosa sobre los granos; el interior, vacío; el sol, derramándose entre las rajaduras del techo.

Contempló el inmutable girar de la piedra durante una hora. Nadie oyó su grito cuando introdujo la mano. El miembro desapareció al instante en una fina pasta roja untada contra la laja. Paralizada por el dolor, Luisa cayó de espaldas, con el muñón hacia el cielo como una rama muerta. Con los ojos fijos en el remo amputado, se desangró hasta morir sin comprender lo que pasaba. Ciega ante la agonía, la piedra del molino siguió girando toda la tarde, emulando la persistencia del viento de verano. El crepúsculo se consumió impávido, ajeno al espectáculo triste del cuerpo tieso con la mano izquierda intacta y el brazo derecho truncado y enhiesto.

2005

Coronación

(cuento corto)

a Vielka Librada Urriola

«El palacio está de luto»

JOSÉ MARTÍ

VESTIDO EN BROCAO DE oro y seda roja, el joven heredero espera. Tras las paredes talladas en madera de rosa, oye la voz de su Maestro. La investidura requirió dos horas, incluyendo una entera para entretener sus largas trenzas con el dragón de la corona. La puerta se abre y el Maestro le saluda con una leve reverencia.

—Por doce años has sido preparado, Chao-Ping, para este día. Dominas ya las ciencias y las artes del gobierno, la diplomacia y la política. Pero antes de que puedas acceder al trono de tu padre, deberás aprender cinco lecciones vitales, que te servirán bien durante tu reinado.

La ancha cortina de seda virgen cae, y por un momento el joven heredero contempla frente a sí el espejo ilusorio de una imagen, que al moverse delata que no es suya. Otro, de la misma edad, figura y rostro, igualmente ataviado con el manto y joyas del Imperio, le contempla de frente, asombrado.

—¿Quién eres? —preguntan ambos, casi de una voz.

El Maestro sentencia, con brazos abiertos hacia los dos:

—Lección primera: el Emperador sabe que hay respuestas que solo llegan con el tiempo.

Con su bastón de cerezo seco, el Maestro golpea la puerta: dos eunucos traen una pequeña mesa, con un tablero listo para el juego. Un suave gesto les basta y ambos jóvenes se sientan, frente a frente, en silencio. Por una hora solo se escucha el suave golpetear de las piezas sobre la madera. Calladas preguntas se cruzan sobre las cuentas de pizarra y nácar. El otro, ansioso, al saber la derrota inminente, concede con una sutil venia. Ambos se levantan.

—Hermosa y reñida batalla —elogia el Maestro—. Lección segunda: el Emperador pondera con calma su estrategia.

Otro golpe del bastón hace volver a los eunucos, con dos sables. El vencido es el primero en desenvainar, y Chao-Ping se defiende. El llanto de los filos llena la recámara. Tras duro combate, el otro cae: el sable de Chao-Ping se planta, amenazante, sobre una palpitante vena del cuello.

—¡Noble y feroz combate! Lección tercera: el Emperador sabe liberar y moderar su fuerza.

—¿Quién es él, Maestro? —vuelve a preguntar Chao-Ping.

El Maestro calla, así que el otro responde:

—Soy Chao-Kiang, hijo único del difunto Emperador Ying-Chao, y heredero al trono.

Una trenza, deshecha, se empapa en sus lágrimas.

—Imposible —musita Chao-Ping—. No tengo hermanos. Crecí solo en el lado norte del palacio, sabiéndome heredero desde siempre.

Ambos miran, agitados, al Maestro, que anuncia:

—Lección cuarta: Hay verdades tan profundas que aun el Emperador desconoce.

En el gran salón, tras el portón de la recámara, se escuchan los llamados de los Mil Ministros para que el nuevo Emperador aparezca y sea coronado.

—Has demostrado, Chao-Ping, con tu sabiduría y fuerza, que eres digno heredero de tu padre. Es hora de hacer lo que debe ser hecho —indica el Maestro.

Pero Chao-Ping no se mueve. Con el sable aún puyando la carne del otro, le pregunta:

—Si eres mi hermano, quiero saberlo. Si eres mi hermano, quiero que vengas conmigo y seas mi consejero. Si eres mi hermano...

El otro, deshecho en llanto, reclama al Maestro:

—El trono es mío... siempre lo ha sido. Me has traicionado. ¿Cómo podría aceptar ser un simple consejero de este impostor?

—Lección quinta: el Emperador escoge con cuidado a sus consejeros —dicta el Maestro.

Tras el eco del bastón en la puerta, dos guardias entran, con un manto negro, y sacan al vencido envuelto y a rastras hacia el extremo sur del Palacio.

—Si eres mi hermano, perdóname la vida —grita mientras se aleja.

Cuando la voz se pierde tras las columnas rosa, el gran portón se abre y los Mil Ministros se levantan. Chao-Ping, pálido y sudoroso, ve por primera vez el trono en el gran salón, iluminado con lámparas rojas.

—Por doce años he aprendido a tus pies, Maestro, preparándome para este día. Nunca he dudado de ti, o de tu lealtad al Imperio. Dime solo una cosa, Maestro... dime si ese era mi hermano o un impostor, otra más de tus lecciones.

El Maestro hace una suave reverencia y le invita a avanzar.

—Ya no hay más lecciones, Su Divina Gracia. Chao-Ping, es el nuevo Emperador.

2011

La procesión del silencio

(artículo)

a mi padre

AYER ERA UN NIÑO y caminaba de la mano de mi padre, junto a mi abuelo y una multitud de otros hombres, la «procesión del silencio», la «procesión de los hombres». El rumor de nuestros pasos sobre el asfalto y el repicar esporádico del tambor romano eran los únicos sonidos en la noche. Callábamos y marchábamos. Frente a nosotros, con los ojos vendados, las manos atadas y la frente sangrante, iba la imagen de Jesús, el Cristo. Tieso, vestido de púrpura y dorado, rodeado de flores, con el gesto eterno de agonía petrificado en su estoico rostro de yeso, también él callaba. Yo no entendía entonces el porqué de ese silencio. Solo seguía marchando.

Hace dos milenios nos escogiste entre todos los hombres. Nos enseñaste en el monte que tu camino es la verdad de la vida. Estaba muerto y me resucitaste. Estaba enfermo y me curaste. Estaba ciego y abriste mis ojos. Viniste hasta mí caminando sobre el mar de mis lágrimas, calmaste la tormenta de mi espíritu, y con tu voz sacaste a mi corazón de su tumba. Durante tres años caminamos tras de ti, aunque tal vez no contigo, hasta que llegó aquella noche en que nos pediste que veláramos, Señor, una hora solamente. Pero nos hallaste dormidos. «El espíritu está presto —nos dijiste—, pero la carne es

débil». Nosotros callamos, porque sabíamos, en la íntima vergüenza de nuestro pecho, que nuestro espíritu no estaba aún presto para enfrentar como hombres esta hora amarga. Por miedo te traicionamos, Señor, aunque juramos defenderte; por miedo te negamos tres veces antes del canto del gallo. Y preferimos salvar a Barrabás antes que a ti, te acusamos falsamente y te crucificamos entre ladrones.

HOY SOY UN HOMBRE y camino esta noche, Jueves Santo, bajo las estrellas y la luna llena que nos miran, desde el infinito enlutado, en silencio. Camino al lado de mi padre; ya mi abuelo partió hacia tu gloria. La angostura de las calles de la Heroica Villa, las tejas enmohecidas, los labios sellados y los ojos piadosos de las mujeres son los únicos testigos de nuestra marcha penosa. Delante de nosotros va en silencio, bamboleándose sobre el anda de madera, la imagen del Cristo. Marchamos tras de ti esta noche, veinte siglos después de nuestra traición. Una era ha pasado, Señor, y aún marchamos, para expiar el pecado de nuestra cobardía de aquella noche, el pecado original de los hombres.

Perdónanos, Señor, pues aún hoy pecamos contra ti. Porque sobre esta piedra levantamos tu iglesia, pero manchada de sangre, con tronco hueco y mil ramas torcidas. Porque aún dormimos mientras tú velas y ruegas por nosotros. Porque no entendimos tu mensaje santo, ni llevamos a la acción la letra. Porque por treinta monedas te vendemos cada día. Porque nuestra carne sigue siendo débil, y nuestro espíritu aún no está presto. Porque seguimos sacando nuestra espada y cortando la oreja del inocente, sin poner la otra mejilla, sin amarlo como a nosotros mismos. Porque esta misma madrugada te negamos mil veces antes del canto del primer gallo. Porque esta misma tarde te crucificamos otra vez entre ladrones. Porque tu voz sigue siendo

semilla que cae sobre la piedra de nuestros corazones, entre las espigas de nuestro egoísmo, y se ahoga sin dar frutos.

Perdónanos, Señor, pues aún hoy te traicionamos. Porque hoy te vemos hambriento en cada semáforo, al otro lado de la ventana, con tu mano abierta extendida hacia nosotros, rogando por comida, y te ignoramos. Porque hoy te encontramos enfermo, echado en la puerta del templo, vestido como mendigo, y no nos mueve tu dolor. Porque infinitas veces has vuelto, como lo prometiste, en la forma de un niño o una niña, pero te dejamos morir de hambre, de frío, de enfermedades curables, bajo las estúpidas bombas inteligentes, sin agua, sin padre, sin escuela, sin derechos. No te reconocemos...

MAÑANA SERÉ UN ANCIANO y caminaré nuevamente en silencio. Tal vez mi padre ya no estará conmigo, y andaré con paso vacilante aferrado a la mano firme de mi hijo. O tal vez seré yo quien no esté más en este mundo. De cualquier forma, en cuerpo o en espíritu, todos caminaremos juntos. Y nuestra madre, esposa y hermana nos mirarán callando desde la acera, con ojos piadosos, sabiendo que caminamos por la expiación de nuestro pecado infinito, que empezó hace dos mil años, que no ha terminado aún y que no podremos purgar aunque caminemos contigo este vía crucis, como hombres y en silencio, hasta el límite de la tierra, hasta el final del tiempo.

2001 (2006)

Notas sobre el paraíso

(entradas de diario)

a Stendhal

3 de octubre de 2004:

La inusual belleza de *In Paradisum* de Fauré me ha hecho esperar con felicidad la muerte, para disfrutar de gloria tan sublime. «Oh, que muera yo mil veces si eso es verdad», he dicho como Sócrates. Su perfección me lleva a sospechar que el compositor, buscando una joya para coronar su *Réquiem*, plagió de Dios el fondo musical del reino, en un espasmo de arrogancia. Si es así, la divina balanza deberá perdonar su herejía por el contrapeso de las almas redimidas: al pintar tan hermoso el premio, sus compases mueven al bien por sí solos, trivializando la amenaza del infierno.

En tardes tranquilas, escuchando esta pieza hasta saciarme, probé imaginar cómo sería el paraíso anunciado. Ensayé un lugar común: un vórtice de luz rodeado por infinitos querubines. Como la música lo excedía, probé redefinirlo, pero quedé inmerso cada vez en un insípido limbo blanco.

Aunque todavía sospecho que definir el paraíso es un ejercicio subjetivo (para Borges —aun ciego— era una biblioteca; para Sócrates, el encuentro con los sabios del pasado), ya no tengo que imaginarlo: estuve en él hace poco. A las cinco y media de la tarde del domingo

26 de septiembre del año 2004, el universo se plegó, y la Tierra se traslapó con el Cielo, regalándome el fenómeno efímero e irrepetible de experimentar mi paraíso en vida.

El escenario lo brindó la aparición de un arco iris. La palabra es poca cosa: el cliché *arco iris* no describe el prodigio de luz que extendió sus alas ante nosotros. El fulgor rabioso de ese semicírculo rajó el cielo como una sandía. Sus tonos eran tan nítidos y su curvatura tan amplia, que apenas dejaron espacio en nuestros ojos para el abismo azul que los enmarcaba.

Mi esposa y yo habíamos llegado una hora antes a visitar a mis padres. Los cuatro contemplábamos el tranquilo espectáculo, y disimulábamos la emoción del momento perfecto, conversando sobre la diferencia tonal entre el arco principal y el arqueo tributario que se insinuaba sobre él. Frente a los círculos gemelos, tres golondrinas jugaban a dibujar arabescos; a nuestros pies, los ojos húmedos de nuestros perros nos agradecían haber vuelto a casa. Todo era perfecto: teníamos salud y estábamos juntos. Mi esposa me amaba. Mis padres se sabían felices, satisfechos con la cosecha de la larga siembra de sus vidas.

Un beso me indujo el súbito presentimiento de que mi eternidad podría ser la repetición sin término de este momento de dicha inmaculada. Cerré mis ojos y rogué, como un Fausto dispuesto a vender el alma a Dios:

—Si soy digno, permite que este sea mi paraíso.

El vuelo juguetero de las golondrinas me insinuó que, tras el telón del cielo, Él sonreía.

A través de un personaje de *Opiniones de un payaso*, Heinrich Böll dice que le parece imposible que la felicidad dure más de un minuto, dos a lo sumo. Se equivoca: diez minutos duró aquel Edén. Lo hubiese

querido infinito, pero la vida sigue. Pronto el cielo quedó desnudo, con grises sugerencias de anochecer. Ignoro cuándo volveré a sentir que estoy en la gloria. Solo sé que todavía siento los arpegios de Fauré y el brillo de aquel arco coexistiendo en mi interior.



1 de enero de 2005:

Descubrí que el fenómeno, aunque efímero, no es irrepitible: hoy, en el primer amanecer del año nuevo, durante el desayuno en familia, volví a aquel *nirvana*, al contemplar cómo el gozo inocente de mi sobrina recién nacida se reflejaba, sol en oro bruñido, sobre el rostro de mis padres.



24 de enero de 2005:

A este punto ya he comprendido que la experiencia, lejos de ser única, es —gracias a Dios— casi cotidiana. Borges lo advirtió: no pasa un día en que no estemos un instante en el paraíso. Como una tela de hilo deja ver a través de diminutos agujeros, así la vida nos permite contemplar destellos del paraíso en fragmentos de dicha óptima que se traslucen cada cierto tiempo. Basta con tener los ojos del alma abiertos para percibirlo.

Aunque era consciente de mi alegría, no fue sino hasta aquel día cuando comprendí que esta podía ser perfecta aun en vida. Ahora el hecho se me revela cuando menos lo espero. La epifanía llega en el jugo de una fresa en los labios de mi esposa, en el revoloteo de un pajarillo, en la brisa de la tarde, en la calma tras el orgasmo. Creo que Dios

escuchó mi plegaria, pero decidió entregarme, en vez de un paraíso cíclico de dicha repetida, una sucesión de pequeños paraísos diferentes, renovados cada día.

2005

En la corriente

(cuento corto)

a Ñato
y lo que en él había de ángel

LA CORRIENTE CORRE LENTA. Arrastra tallos de plátanos, cocos y pencas secas que —flotando— describen círculos perezosos en las sucias aguas del río.

En ambas riberas, una gran cantidad de personas reunidas ven el agua pasar. Ansiosos y confundidos, murmuran en voz baja lo sucedido: Ñato, el hijo de la Melli, se ahogó esa mañana. Todos vinieron apenas se enteraron de lo que pasó.

Eran como las once —cuando el sol azota y la brisa calla, cuando el río, fresco y sabroso, es el mejor refugio contra el calor— en un remanso, al pie de inmensas palmeras. El chico y otros muchachos de su calle se bañaban a escondidas.

Más de una vez los labios resecos de su padre, curtidos por el mar y por el monte, pronunciaron la sabia advertencia.

—En invierno el río es traicionero, mijo. Espérese a que sea de verano. No busque tentación...

Pero ese día el calor y el cansancio fueron más fuertes. Las aguas turbias y profundas del río crecido eran el escenario de sus juegos, nadando y salpicando, de aquí para allá y de allá para acá. Sus risas

vibraban entre las cañazas y los maizales. Y en un instante, tras un súbito ajetreo de brazos y espuma, el muchacho se pierde bajo el agua sucia del río invernal, para no salir con vida nunca más.

Inmediatamente, la noticia corrió por el pueblo, de modo que, al cabo de unas horas, las huertas y los sembrados se vieron repletos de gente. Parientes, amigos, mirones y voluntarios para la búsqueda del cuerpo, se dieron cita en el lugar.



Hace calor. Las mujeres se abanicán para refrescarse; unas, bajo frondosos mangos, consolando a la madre temblorosa, enrojecida y ronca de tanto llorar; otras, paseándose entre la maleza de los barrancos, mirando, inquisidoras, las márgenes del río.

Sus ojos angustiados se pierden bajo las aguas, sus miradas se enredan en los pajonales, en las sombras y los claros, hasta esfumarse tras las curvas del río.

Hombres jóvenes, valientes, se sumergen por instantes en las turbias profundidades del remanso con unas cuantas bocanadas de aire en sus pulmones. Bucean ágilmente, palpando sobre el lodo y entre las peñas, en una búsqueda desesperada e inútil. Otros han recorrido el río de arriba a abajo, hasta mucho más allá del puente. Han revisado entre los troncos y los herbazales, pero no han visto nada.

La tarde pasa lenta. Los ánimos declinan. Una a una, las personas abandonan el lugar. Tan solo unos pocos siguen escrutando, con ojos cansados, la corriente adormecida. Al caer la noche, un nuevo grupo de personas, con focos y guarichas, llegan al sitio. Improvisan un fogón en los palmares y preparan café. Saben que la noche será larga.



Nada. A pesar de los grandes esfuerzos, no hay ni una señal del cadáver.

Toda la noche, hombres y mujeres se turnaron con focos, para ver si el cuerpo salía. Se buscó con ganchos y con palos, y no faltó uno que otro aventurero que se arriesgara a bucear en la oscuridad, en busca del muchacho. Pero no se halló nada.

Ni aun la milagrosa vela de la Candelaria, flotando sobre una batea corriente abajo, pudo dar con el punto donde el cuerpo había quedado.

Con las primeras luces del alba, un gran número de personas relevaron a los desvelados. Colocaron varios trasmallos, por si la corriente arrastraba el cuerpo. Recorrieron todo el río en bote, aun más allá de la represa, hasta los tupidos manglares. Muchos más hombres buscaron en el fondo del remanso, con necia perseverancia. Mas todo fue en vano. El río se lo tragó y ahora, temeroso, esconde su cuerpo muerto.

—Tenei que llamalo, Melli. Si lo llamai, él sale diuna ve.

Una angustiada sensación de impotencia se hace sentir. La fuerza los abandona. Sus esperanzas se extinguen. La posibilidad de encontrar el cuerpo parece cada vez más lejana.

—Llamalo, Melli. Si la mama lo llama, él solito sale.

La mujer es llanto. Su corazón ha sufrido demasiado, pero debe intentarlo por todos los medios. Su voz estremece a los presentes.

—¡Ñato, papa mío! Salí, que tu mama te quiere ver. Así como Dios te tenga, asina te quiero. Ven, Ñato, dejá que tu mama te vea. Lindo mío, no me dejéi esperando.

Silencio. La ansiedad recorre los barrancos. Una esperanza chiquita palpita con los corazones.

Pasa un rato. Hay dudas, desconcierto, rumores crecientes.

De pronto, el silencio se rasga.

—¡Miren allá!

Cerca de la orilla, un bulto redondo, negro y pequeño sobresale sobre el agua. La madre reconoce los cabellos despeinados: un dolor inmenso, punzante, se le incrusta en el alma. La mujer se desgaja en llanto.

Minutos después, tras grandes esfuerzos, lograron entre varios sacar del agua el cuerpo, desnudo e hinchado, sangrante por nariz y boca. Con paso lento, el padre regresa a casa con el hijo muerto en brazos, seguido de la madre y la multitud, por el largo camino de tierra.

Atrás, más allá de los palmares, queda el río solitario, invariable, impasible.

La muerte crece en sus entrañas.

1993

El Circo

(cuento corto)

a Shirley Jackson

DE LA MANO DE mi abuelo, entré en la gran carpa. La fila, que había avanzado lenta, se hacía fluida al cruzar el umbral del Circo. Caminando hacia nuestros puestos, a la izquierda, me llamaron la atención el techo inmenso, iluminado y cruzado de cables, y un vago olor, desagradable pero familiar.

Grandes reflectores paseaban sus columnas de luz en la atmósfera polvorienta. Algunos malabaristas, arrojando antorchas y cuchillos, entretenían al público que tomaba asiento.

Las luces se enfocaron en el centro de la pista principal. Un hombre vestido de negro, con un bastón plateado y un micrófono, nos dio la bienvenida a la presentación anual del Circo. La intensidad de los aplausos me hizo sentir por primera vez la certeza de que miles de personas estaban ahí, físicamente, en torno a aquel punto.

—Pronto disfrutaremos de la alegría y la novedad del espectáculo que hemos preparado para este año —dijo el presentador—; pero primero, como es tradición, debemos comenzar con el evento más importante: la jaula.

Sentí que mi abuelo apretó mi mano y luego la soltó para aplaudir igual que todos. Las luces se enfocaron en una segunda pista, donde

—en una esfera, de unos diez metros de diámetro, hecha de malla metálica— un motociclista daba vueltas ferozmente.

—Ese es tu hermano —susurró mi abuelo en mi oído.

La moto giraba en la jaula, en torno a su ecuador, y luego surcando los meridianos, como si no existiese la gravedad. El público aplaudía. Yo me sentí emocionado. No recordaba bien a mi hermano. Hace mucho tiempo que no vivía con nosotros. Que estaba en el Circo, es lo que me habían dicho. Y ahora lo veía, efectivamente, con su casco dorado, desafiando la física en esa bola de hierro.

En un punto, la motocicleta se detuvo y el público guardó silencio. El hombre del bastón plateado dijo:

—¿Dónde está el joven?

Las columnas de luz giraron. Quedé ciego por el resplandor. Me tomó un instante entender que las lámparas estaban sobre mí. Sentí la mano de mi abuelo posarse sobre mi espalda y empujarme suavemente para que diese un paso adelante.

Una mujer, con un traje diminuto de lentejuelas y una estrella en la frente, vino a tomarme de la mano y me llevó, en medio de aplausos, hasta la segunda pista. Abrió una puerta y me introdujo en la jaula. Vi el rostro de mi hermano, pálido y sudoroso, tras la visera del casco. La mujer abrió un cofre y sacó un sable. Me lo pasó, a través de un hueco en la jaula, y me indicó con un gesto suave que se lo entregase a mi hermano. Cuando él lo tomó, noté que su mano derecha estaba encadenada al timón mediante una especie de esposa de oro.

La motocicleta arrancó y comenzó a correr por las paredes de la jaula. Las columnas de luz oscilaban en torno a nosotros. Promoviendo el aplauso de la audiencia, la mujer de las lentejuelas caminaba sobre el borde de la pista con los brazos en el aire. El presentador seguía

hablando en el micrófono. Traté de ubicar a mi abuelo entre el público, pero las luces no me dejaban ver más allá de la vaga nube de polvo.

De pie en el nadir de la esfera, sentí que había algo familiar en esta escena. Ya había visto antes la estela de chispas brotando del sable al chocar con la malla metálica. Ya había escuchado el clamor del público, ahogando el rugido del motor. La motocicleta giraba a mi alrededor, y el sable extendido hacia el centro varias veces pasó cerca de mi cuello. Pero no sentí miedo.

El aplauso se fue apagando, y un creciente abucheo lo reemplazó. La motocicleta se detuvo y mi hermano arrojó el casco. El hombre del micrófono tosió, como para aclarar la garganta, y dijo:

—Que así sea.

La chica de las lentejuelas entró en la jaula, giró sobre sus tacones altos, tomó el sable de la mano pálida de mi hermano, y lo decapitó. El público volvió a aplaudir cuando ella alzó la cabeza. Tres enanos sacaron de la jaula la motocicleta y el cuerpo de mi hermano.

—Mi nombre es Estela —me dijo la mujer, con una hermosa sonrisa, mientras limpiaba con su mano tibia algunas gotas de sangre que habían caído sobre mi rostro.

Tomó mi brazo y colocó con cuidado una pequeña esposa de oro en mi muñeca. Tenía el logotipo del Circo grabado en el costado.

Cuando las luces migraron hacia la pista principal, el hombre del bastón anunció grandilocuente el inicio del espectáculo de este año. Una fila de elefantes, montados por mujeres con penachos azules, y seguidos de una caterva de payasos, inundó la pista. En la tercera fila, al lado de una pareja joven con varios niños que aplaudían alborozados, distinguí a mi abuelo. Reía, tal vez demasiado fuerte, de las payasadas. No sé si era sudor, pero me pareció ver una gota en su mejilla. Recordé

el olor familiar que había sentido al entrar a la carpa. Era de sangre.

2006

De 'Ofrenda lírica'

(poemas de amor)

tus senos

*Tus senos, bella,
son como montes gemelos
que se alzan junto a la planicie
de tu vientre,*

*Tus senos, bella,
son como panes tibios y fértiles
amasados por mis manos
de poeta*

*Son tus senos, mi bella,
frescas fuentes de agua pura
dispuestas a calmar mi sed,
dulces panales de abeja
desbordantes de miel para mi boca,
inmensas cumbres de fuego
donde mis ansias florecen*

*Dos capullos de rosa
que han brotado sobre nieve,
son tus senos*

*Y son —al mismo tiempo—
maná inagotable y perdices asustadas
en el desierto de mi soledad,
y las uvas jugosas
de la tierra prometida*

1997

edén

Juntos, amor, juntos tú y yo.

Eres mi gloria, mi paraíso.

*Eres el cielo que me espera
como recompensa.*

*Eres los ángeles, y las arpas,
y los coros celestiales.*

Y eres también el fruto prohibido.

1995

celos

*Hay una bestia dormida
dentro de mí*

*Bajo mi piel vive la bestia,
respirando mi aire,
y vigilándote con mis ojos
en silencio...*

*¡Pobre de aquel
que se acerque a ti!*

*Pues la bestia se despierta,
se agita, se enfurece,
y se apodera de mí,
deseosa de destrozarte
con sus garras al osado...*

*Una bestia duerme
en la tibieza de mi pecho*

*Esa bestia tiene mi corazón,
esa bestia tiene mi sangre,
esa bestia mataría por ti*

Y tú, mi bella,

*amazona incandescente,
tientas a la bestia,
midiendo su agudeza,
y agitando su furia,
cual juguete de tus caprichos*

*No desafíes a la bestia,
dulce amada mía,
no provoques su ira
ni despiertes su instinto...*

*¡nos puede matar a los dos,
en sus fauces de fuego!*

1998

espinas

*¿Fue tu culpa
o fue mi culpa?*

*No lo sé, bella mía...
Eso no importa ya.*

*La rosa que nos unió en torno suyo,
esa que nació súbitamente
en tu jardín y el mío
para deleitarnos con su perfume
y herirnos con sus espinas,
se ha marchitado antes del ocaso:
eso es lo que importa.*

*La estrella que nos hizo
levantar nuestras miradas
del polvo que buellan nuestros pies
hacia el cielo que corona nuestras cabezas,
y que con su luz nos mostró
nuestro más alto destino,
se ha apagado antes del amanecer:
eso es lo que importa.*

*No te reprocho nada, bella mía,
ni pondré empeño en olvidarte.*

Dulce será tu recuerdo en mi corazón.

*No deseo lamentar lo que he perdido,
ni intentar revivir lo que ha muerto;
mas me duele en el pecho
todo el amor que no amé.*

*¡Qué efímero es el amor!
Como una rosa...
como una estrella.
Llega hoy y mañana no está.*

*Y sin embargo,
hay algo que es eterno en el amor.*

*Porque aún me ilumina por dentro
esta estrella y todavía
siento el perfume de esta rosa,
mezclado con el dolor de sus espinas...*

1996

todo

*¿Qué hemos hecho, bella,
con el amor que Dios nos dio?*

*Era precioso, inmenso,
perfecto, eterno*

¿Recuerdas que era eterno?

*Toda la magia se nos fue en un momento
todo el encanto se murió en un segundo
¿Dónde se fue el amor que nos unió
en aquel beso de fuego? ¿Dónde,
mi bella, se fue el sueño sin fin,
el milagro eterno?*

*Lo tuvimos todo,
mi bella, todo...
¡y dejamos morir el amor!*

Abora es demasiado tarde.

*El sueño sin fin,
el milagro eterno,
ha terminado...*

1996

calla

*Calla, bella,
eso que sientes en tu corazón,
No le digas a él que aún me amas,
no le digas que aún te amo yo*

*Calla,
aunque callar esa confesión
te queme
los labios, el pecho y la voz
No sea que escape, en un suspiro,
una palabra insensata en traición,
no sea que consuman tus besos
su boca, pensando en mi amor*

*Calla
la angustia que sientes
por estar junto a él encerrada
y no volando junto a mí*

*No le dejes saber que has llorado
a solas tu nostalgia y tu herida,
en tu cuarto —mi templo privado—,
y que sientes cual muerte la vida*

Seca, con tu mano presurosa,

*cada lágrima que cayó, como hiel,
en la almohada de seda, en las sábanas rosa,
que aún guardan olor a mi piel*

¿Que no puedes callar?

Mientes... ¡mira!

Yo muero sin ti,

y me lo callo

1996

hace mil lunas

*Nos hemos visto una sola vez,
mi bella,
y esa mirada ha bastado
para entender que ya nos conocemos
desde hace mil lunas*

*Reconozco ese fuego de tus ojos,
deslumbrante en la oscuridad
Reconozco el roce suave de tu mano
liberal, abierta, tierna
Reconozco el palpitar de tu pecho agitado
sobre mi pecho altivo*

*¡Hace tanto te buscaba,
bella mía,
para compartirme contigo!*

*¿Acaso también tú me buscabas?
¿No reconoces el roce de mi mano
sobre tu mejilla sudorosa?
¿No recuerdas la caricia de mi respiración
sobre tu boca?
¿No recuerdas, bella mía,
nuestro amor?*

*Tantas cosas afines nos unen:
no simetría, sino armonía;
no copia, sino complemento*

*Nos conocemos hace mil años,
mi bella, y mil veces antes
de esta vida nos hemos amado;*

*Por eso mi corazón se abrió a ti tan presto,
cual flor ante la luz del sol*

*Por eso tu corazón se entregó a mí
sin dudarlo, como mariposa que se inmola
en el fuego de la lumbre*

*Porque nuestro amor,
ese que ahora renace
de las cenizas del pasado,
nos ha unido muchas veces mucho antes,
más allá de este tiempo y lugar,
en este mismo abrazo...*

1997

(Selección de una colección más amplia)

Es mi vida

(cuento corto)

a Alejo Carpentier

«Y el murmullo del agua llamó begonias olvidadas»

— de *Viaje a la semilla*

DEL PISO LLUEVEN HACIA el techo gotas rojas, que se funden en una mancha grande. La sangre se desploma desde el cielo raso, en una violenta implosión de mi cabeza. La bala entra, recomponiendo los huesos de mi cráneo, y sale por mi mandíbula, succionando el humo y el fuego, encerrándolos en el casquillo, que se enfría de súbito dentro del barril del revólver.

—¿Qué he hecho? —me pregunto en soledad.

Quito el arma de mi barbilla, la enfundo en el cinto y bajo el rostro. Una foto de mi esposa vuela del suelo a mi mano; la guardo en el bolsillo tras una breve mirada nostálgica.

Siento arrepentimiento. De mi boca el güisqui fluye al vaso, y de ahí trepa —serpiente de oro— al interior de la botella. Escapando de las fibras de la alfombra, una lágrima se catapulta hasta mi mejilla y escala lentamente hacia el ojo, escondiéndose en la comisura. La culpa me perfora el alma. Mi saco salta de la cama al hombro, y retrocedo

hasta la puerta. Apago la luz al salir de algún cuartucho de motel. En reversa, manejo camino a mi casa. La noche desaparece poco a poco, y el crepúsculo incendia el cielo de la tarde.

No respondo.

—¿Qué te pasa? —pregunta mi mujer.

En la gaveta escondo el revólver. Trato de disimular mi desesperación. Salgo por la puerta, que mi esposa cierra, sonriente. Retrocedo velozmente rumbo al laboratorio. Positivo. La enfermera sonrío y me tiende un papelito verde.

—¿Ya están los resultados? —pregunto y salgo del laboratorio.

Espero una hora en la cafetería del primer piso. El humo viene de los pasillos, de la ventana, del cuarto mismo, y se insufla en el cuerpo ardiente de varios cigarrillos que renacen de las cenizas y se apagan al contacto con el fósforo. Subo al cubículo nuevamente.

—Puede esperar abajo si desea —me dice la enfermera.

Enrollo la manga de mi camisa de seda y ella anuda un caucho en mi brazo. Toma una ampolla de sangre, la carga en la jeringa y la inyecta en mi vena. Suelta el caucho, guarda la jeringa herméticamente en un empaque y la pone en un frasco.

—Siéntese aquí, por favor.

Tengo miedo. Le anuncio:

—Soy el que llamó hace un rato, para un examen de sangre.

Salgo de la sala de espera, y vuelvo a la calle: el tráfico me atrapa. Retrocedo con destino a la oficina, preocupado.

Veo lágrimas en su rostro pálido.

—¿De qué me estás hablando? —le inquiero, pero no dice nada más.

—Debes hacerte un examen de sangre —susurra en mi oído.

Se me acerca y le doy un abrazo. El recuerdo de aquella noche me entretiene un segundo. Noto que el escote deja ver parte de sus senos. Va a ser un día largo y me alegra encontrarla de nuevo, con su blusa liviana. Adis retrocede por el pasillo, cargando unos cartapacios. Trabajo todo el día, pensando en la Serie Mundial y en la maldita copiadora que no quiere terminar de tragarse las copias y se destraba a cada minuto.

Ella regresa de su puesto. El vapor pasa del aire al café; y el café, de mi boca a la tasa. Ella no dice nada; solo me mira largo rato, en silencio.

—¿Te pasa algo? —pregunto.

Me dice que una taza no le caería mal. La noto algo ansiosa.

—¿Quieres un café? —le pregunto.

Saber que nadie sospecha de lo nuestro hace la mañana más emocionante. Encuentro a Adis en el cuartito del café. Salgo de la oficina, de vuelta al tráfico, de regreso a la casa. El sol de la mañana se está poniendo.

—¡Qué bonito, campeón! —digo, por decir algo.

Mi mujer me muestra, durante el desayuno, un dibujo que mi hijo hará con crayones.

Hasta aquel día no podré dejar de pensar en el encuentro, y siento deseos de repetirlo. Esta mañana me acuesto junto a mi esposa, como siempre, y me duermo. Pasan varios días de trato frío, silencio y caras largas.

—¡Es mi vida! —le grito, y mi mujer salta desde el suelo, dejando de llorar y estrellando su rostro contra mi puño, que retrocede y apaña la camisa manchada de lápiz labial, que ella restriega en mi rostro.

—¿Con quién andabas? —me increpa.

Cuando huele el perfume ajeno y ve la mancha roja en el cuello, la expresión de ira se desdibuja y aparece esa sonrisa que me enamoró

cuatro años después. Me da un beso, y me abraza, tierna como una niña. Me mira desde la puerta, mientras retorno a la oficina.

Yo salgo después y ella primero, para no levantar sospechas. Nos desvestimos tranquilamente. El orgasmo me acomete de súbito. Noto el contraste entre la madera fría y la tibia desnudez de su cuerpo. Nos vestimos ansiosos con las prendas de ropa que vienen por el aire desde lejos: los botones saltan de los rincones a trabarse en los ojales. Mientras nos ponemos de pie, con mi brazo barro el escritorio, que se llena de papeles y otros objetos. Los besos se van haciendo menos apasionados, mientras nos alejamos de la mesa. Ella está entre mis brazos, y ambos sabemos que se ha ido el momento que tanto esperamos.

Al fin no estamos solos. Llega el último de nuestros compañeros de trabajo. Espero una hora. Va a ser un buen día, y la adrenalina del éxito por venir corre en mis venas. Siento deseos de celebrar. Un cosquilleo, como de adolescente, me recorre. Adis me sonrío. La veo retrocediendo en el pasillo, con su blusa liviana, y le guiño un ojo. Qué buena noticia que vamos a ganarnos ese gran contrato.

2006

La intrusa

(cuento corto)

a Carlos Oriel Wynter Melo

«Qué cosa más perversa,
el hacerme soñar contigo»

CHRIS ISAAK

RECONOZCO QUE NUNCA ACEPTÉ como normal el hecho de que, tras dos décadas, todavía soñase con frecuencia con una antigua novia de mis días de adolescente. Tuve muchas otras mujeres durante los años de soltería que siguieron a nuestra separación, incluso más hermosas. Hace diecisiete años me casé con la mejor de ellas, y construí a dúo un hogar feliz, con hijos y todo. Sin embargo, ninguna otra mujer se entrometía en mis sueños, solo aquella novia del pasado.

Ya la habría olvidado por completo, si no fuese por sus inoportunas irrupciones. No habría queja si al menos hubiese permanecido tranquila, en una esquina del sueño, sin molestar hasta el amanecer. Pero ella porfiaba en tomarse el centro del escenario: aparecía desnuda ya y haciendo el amor conmigo, sin juego previo o consentimiento de mi parte. Lo cual es extraño, porque nunca tuvimos relaciones cuando éramos novios. Aquellos tiempos eran distintos, y nosotros éramos más tímidos que el promedio, y muy jóvenes. He ahí el otro problema:

ella retenía en mis sueños las formas de su juventud: las piernas firmes y los senos turgentes, en punto de caramelo.

En cierto momento del coito onírico —cosa curiosa— aparecía en mí el vago recuerdo de que los años habían pasado y yo era ahora (si es que la palabra *ahora* tiene algún sentido en este contexto) un padre de familia, con una esposa y un hogar bajo mi responsabilidad. Pero mis argumentos no lograban convencer a la chica del sueño de que debíamos respetar la santidad de mi matrimonio, ni tampoco conseguía —o peor: no quería— zafarme por mi cuenta de su abrazo, para irme a pastar en prados más castos.

Lo que me molestaba no era el haber experimentado alguna vez un sueño de tal corte. Me parece que es, si no justificable, al menos comprensible. Lo que empezó a preocuparme fue que estos sueños habían reaparecido varias veces cada año. Hubiese ido donde un psicólogo, si no me pareciera demasiado vergonzoso confesar semejante cosa ante un extraño, especialmente dada mi edad y estatura social.

Hace unos años, vi de lejos a la intrusa. No quise saludarla, porque yo estaba junto a mi esposa, en un lugar público. Pude, sin embargo, verificar que —como era de esperarse— el calendario había surtido efecto sobre su belleza de antaño. Sentí una urgente necesidad de acercarme y preguntarle: «¿Tú también sueñas conmigo?», o simplemente implorarle que hiciera, en el futuro, un esfuerzo por mantener su espejismo al margen de mis sueños. Pero no hice nada. Ella siguió caminando, sin haberme visto siquiera. Mi esposa miraba alguna otra cosa, y yo marchaba en silencio, disimulando. Luego me sentí como un cobarde, por pretender achacarle a ella la culpa de mis desvaríos.

El peor escenario se materializó una noche, no hace mucho. En medio de uno de aquellos sueños sexuales, sentí que una mano me agarraba el hombro. A mitad de camino entre el sueño y la vigilia, el nombre antiguo se me escapó de los labios físicos. Jamás olvidaré los ojos de mi mujer mirándome a mí y a mi erección, preguntándome que a quién estaba llamando dormido. Le confesé, sin poder esconderlo más, lo que había venido ocurriéndome.

—Si es solamente en sueños y no lo puedes controlar —dijo ella—, entonces no es tu culpa.

Pero cuando me negué a consultar a un psicólogo, se molestó. Como no logré convencerla arguyendo pudor y vergüenza propia, ensayé presentando el inconveniente de revelar a un tercero un detalle tan delicado sobre un personaje público. Cuando insinuó que tal vez yo quería conservar a la susodicha disponible en mi «cerebrito sucio» para entretenerme con ella en las noches, comprendí que la discusión iba por mal camino y decidí callar.

Con la tensión del tema pendiente, seguimos con problemas durante varios meses, hasta que al fin algo cambió: leí una mañana en el periódico que —gracias a Dios— mi antigua novia había muerto. Más bien, la habían asesinado. Su marido, de hecho, fue el autor del crimen: le pegó un tiro en la cabeza mientras ella dormía. Confieso que respiré aliviado.

—Ojalá esto ponga fin a mis sueños —dije, entre ruego y sarcasmo—, y que muerto el perro, se acabe la rabia.

No se lo comenté a mi esposa, pues la simple mención de aquel nombre catalizaría nuevas y apocalípticas discusiones.

Para mi gran sorpresa, esa misma noche, ya entrando la madrugada, ahí estaba ella de nuevo: mi antigua novia, en la cúspide de su juventud, con los redondos pechos de adolescente brincando como conejos,

cabalgándome cual amazona fiel a los consejos de Ovidio. Al igual que en cada episodio anterior, disfruté los primeros minutos sumido en una dulce amnesia, hasta que la conciencia —que siempre llegaba de segunda— me recordó la realidad.

—Soy una persona casada, y tú también —supliqué—; y para colmo, estás muerta. Déjame dormir tranquilo.

Pero ella se negaba, con una sonrisa pícaro, y me mandaba a callar, sujetándome por los hombros y meneando sus caderas con mayor rapidez y fuerza.

Entonces sucedió algo que, por alguna razón, no había pasado en los sueños anteriores: llegué al clímax, y cedí completamente a la fantasía, gimiendo su nombre. Ella sonrió ampliamente y, sin cejar en su faena, me indagó:

—¿Sabes que tu mujer te está mirando?

Algo iba a responderle, cuando me sacudió un estruendo terrible. Tras un fulgor que lo inundó todo, vino una oscuridad de abismo. En él vislumbré el cuerpo sudoroso de mi amante, que no se detuvo en ningún momento, envuelto en un tenue resplandor como de ángel. Su piel se hizo más tibia y su galope más agresivo.

—¡Relájate, hombre! —dijo riendo—. Ahora estaremos juntos siempre.

2005

Cierra tus ojos

(cuento corto)

a mi madre

ELLA NO ESPERABA ALGO así. Había visto cientos de chicas de su edad que se prostituían en las calles con turistas italianos, dispuestas a acostarse por dinero o a casarse con cualquiera de aquellos, sin que mediara ningún sentimiento, con tal de escapar de aquel infierno. «Allá ellas —se había dicho—. Yo no soy una jinetera». Así, siendo hermosa y joven, vivía con modestia de la mejor manera que su honestidad y rectitud le permitían en aquella ciudad convulsa.

Él no esperaba algo así. Durante aquellos días de vacaciones, había visto cientos de hermosas chicas en Varadero: italianas, alemanas, españolas, chilenas... ¡de todas partes del mundo! Mujeres lujosamente vestidas en las cenas del restaurante del hotel, y luego tranquilamente desvestidas en los bikinis diminutos sobre las arenas blancas y tibias de aquel pequeño paraíso. Su corazón, sin embargo, no se había movido por aquellas.

La mañana del 10 de abril se encontraron: ella caminaba de regreso a su casa, luego de sus clases en el Conservatorio, y él estaba frente a la Catedral gastando las fotografías del último rollo de película antes de abordar su avión esa tarde de regreso a su patria.

Ella lo miró con disimulo. Parado temerariamente entre los turistas y una que otra paloma, apuntaba con su cámara fotográfica a la fachada del edificio, moviéndose hacia arriba y hacia abajo, buscando el mejor ángulo. Él mismo vestía como turista: shorts blancos, camiseta azul, zapatillas gringas y un sombrero de paja con una cinta de colores. Le pareció hermoso. Ella lo contempló largamente, con curiosidad al principio, luego con deseo, hasta que él terminó de tomar las fotografías y se dio vuelta hacia donde ella estaba parada.

Él la miró con asombro. Sus ojos negros lo miraron de frente durante un segundo, hasta que ella retiró la vista y comenzó a caminar hacia el mar. Ese segundo efímero bastó para que entrara por sus pupilas una descarga de energía. Vestía como cubana: un traje sencillo y largo hecho con tela de flores. Era muy hermosa. Él la siguió de cerca durante muchas cuerdas, dejando la vergüenza a un lado, estudiándola con la mirada persistente, con curiosidad primero, luego con deseo, hasta que ella se detuvo al llegar al Malecón —tal vez creyéndolo distante ya— y se dio vuelta hacia donde él venía caminando.

Al verse frente a frente, los dos extraños no supieron qué hacer. Tras unos segundos de indecisión silenciosa, aparecieron en sus rostros tímidas sonrisas, que pronto derivaron en risas y luego en carcajadas. Brotaron las disculpas, luego las palabras tiernas y finalmente la invitación a una caminata por el Malecón y un helado en Coppelía para conversar y conocerse.

—En mi tierra, las playas no son tan bellas como estas, pero son para nosotros —le había dicho él.

El océano azul del Malecón y el sabor de la fresa derritiéndose en la lengua tibia fueron propicios para el amor. El cielo inmenso se abría promisorio frente a los descoloridos edificios de La Habana. Las olas libres estallaban con furia contra las piedras prisioneras. Los sabores

nuevos de las delicias vedadas seducían los sentidos. El corazón se abrió y dio paso al anhelo de amor, libertad y alegría.

«Ella está hecha para mí», pensó él. «Él está hecho para mí», pensó ella. Todo era perfecto, excepto por la partida. La separación inminente empañaba el futuro. Se hicieron planes a largo plazo: él trabajaría en su patria durante un año entero, y ahorraría el dinero suficiente para venir a buscarla y llevarla con él a su tierra, para iniciar una vida común.

Ella lo acompañó al aeropuerto José Martí. Entró con él hasta donde podía, y esperó pacientemente hasta el momento del abordaje. Intercambiaron miradas, abrazos y direcciones postales. Cuando llamaron por el altoparlante a los pasajeros de su vuelo, se acercó al oído de ella y susurró:

—Cierra tus ojos.

Ella lo miró con picardía y, sonriendo, los cerró.

—Vendré por ti, amor mío. No lo dudes —dijo él, tan quedo y tan cerca de su oreja que a ella se le erizaron los vellos de la nuca.

El avión partió, y el amor quedó en suspenso. Con el paso de los días, comenzaron a llegar las cartas de parte y parte. Al principio eran largas y algo frías; luego se tornaron más apasionadas y cortas. En sus líneas, se reforzaron las promesas de amor y se profundizaron las discusiones sobre los planes futuros.

Las ilusiones crecieron a medida que pasaban los meses. Él trabajaba afanosamente, ahorra con sacrificio, y veía con satisfacción cuán poco faltaba para alcanzar la meta. Ella esperaba pacientemente, y se preparaba para empezar una nueva vida en una tierra nueva.

Llegó el 10 de abril del año siguiente, fecha pactada para el reencuentro. Ella lo esperó desde el amanecer en el aeropuerto, pero él nunca apareció. A medianoche, se marchó.

Llegó a su apartamento y se tiró sobre la cama, a pensar en las promesas de amor y los planes comunes. Pronto se quedó dormida por el cansancio. Entonces, cuando su mente vagaba entre el sueño y la vigilia, escuchó una suave voz en su oído:

—Cierra tus ojos.

Ella los abrió, sobresaltada, pero no vio a nadie. Tras un minuto auscultando el cuarto vacío, sintió que el sueño la envolvía otra vez. Cerró los ojos, y volvió a escuchar:

—He venido por ti, amor mío. Ven conmigo —dijo la voz, tan quedo y tan cerca de su oreja que a ella se le erizaron los vellos de la nuca.

Sintió un abrazo tibio en torno a su cuerpo, y se dejó llevar.

Cuando amaneció, su madre la encontró muerta en la cama.

La semana siguiente, la madre de ella recibió una carta de la madre de él. La abrió ansiosa, y leyó la noticia: él había muerto el 10 de abril en un accidente automovilístico, camino al aeropuerto.

1999

Semana Santa en La Villa

(poemas)

Velorio de Jesús

al Padre Conde

*Velorio de Jesús en la placita,
junto a la estatua de Rufina Alfaro...
En tienda hecha de varas y de pencas,
se encuentra el Nazareno meditando.*

*Dice la Biblia que la noche triste
pasó el santo cordero agonizando
hablando con su Padre, pide fuerzas,
sabiéndose por nos crucificado.
Esa noche de angustias veló a solas,
negligencia que no nos perdonamos.
Purgamos esta culpa con velarlo,
arroparlo de púrpura y dorado,
rodearlo de adorantes y de velas,
con flores y con joyas coronarlo.*

Velamos junto a ti, Señor, y hacemos

*lo que no hicimos hace dos mil años:
esperar con los ojos bien abiertos
a que el Hijo del Hombre sea entregado
a la pasión rebelde de las masas
que quisieron del santo hacer soldado,
para romper cadenas por la fuerza,
grito judío contra el clarín romano,
sin entender que el Reino de los Cielos
trasciende las patrias de los humanos.*

*Miro tu efigie, con estampa seria,
y pienso si el yeso habrá capturado
el gesto de ansiedad que en esa huerta
en tu rostro se viera dibujado
al ver que todos duermen, y la luna
es la única que el ruego ha presenciado.
Miro luego a los niños de mi pueblo,
vestidos hoy de limpio en este rancho,
tomando té de yerba, pan con queso,
sentados en la alfombra, jugueteando.*

*¿Habrán estos niñitos comprendido
el mensaje de luz que ha regalado
el profeta de paz de Galilea,
con corazón de niño y voz de santo?
¿Sabrán las viejas grises, las beatas,
mientras llevan las cuentas del rosario,
que es noticia de amor y no de miedo
la que nos trajo el maestro solitario,*

*que la muerte no es el fin de la vida,
y que su mandamiento es solo amarnos?*

*Escucho entre el murmullo de los rezos
el llanto del lejano campanario,
¡campanas libertarias —vida y muerte—,
campanas del templo San Atanasio!
Con su voz de metal, llaman al pueblo
a velar con Jesús, fiel a su lado
en el rancho de varas y de pencas,
rebaño arrepentido, congregado.
¡Velorio de Jesús, Semana Santa!
Recuerdos de la infancia, del pasado...*

2008

Domingo de Ramos

a mi abuela Elvira

*Andamos por los potreros,
todos juntos caminando.
Mi padre lleva un machete;
mi hermana, unos baldes anchos.
Yo, por ser el más pequeño,
no llevo nada en las manos.
La mañana aún está fresca.
Escucho un bimbín, cantando...
«¿Qué pasa, por qué salimos?»
«Ven, que hoy es domingo'e ramos».*

*Mi madre —bajo la sombra
de su sombrero pintado—
del grupo, cual la matriarca,
marcha adelante, buscando
racimos de caracuchas
de pétalo inmaculado:
corazón de azufre al centro,
cinco pétalos bordados
en talco, contra el azul
del cielo hondo de verano.*

*Flores silvestres del monte
(¡cuántas!) vamos cosechando:*

*blancas, naranjas y rojas,
de amarillo y de rosado.
Mojadas en agua fresca,
el tambucho van llenando
jazmines y veraneras,
acacias en grandes gajos;
las flores todas juntitas,
las hojas verdes al lado.*

*A la sombra —ya en la casa—
por color las separamos.
Las rociamos de la fuente,
y las dejamos un rato.
En la tarde, donde Abuela,
vestidos todos de blanco,
regaremos, falsa lluvia,
en la calle un buen pedazo.
Y quedaremos tranquilos,
silenciosos, esperando...*

*Cuando oigamos la campana
de la procesión doblando
la esquina de la otra cuadra,
esparciremos un manto
de hojas verdes y de flores
para que las pise el Santo.
Las acacias, que son muchas,
las ponemos por los lados;
en medio las caracuchas,*

que resaltan por lo claro.

*Caballero sobre un burro
va Jesucristo montado.
Se bambolea en la montura,
vestido de oro y morado.
Le hacen sombra los ilustres,
cargando serios el palio;
viejas, con palmas en mano,
cantan un himno o un salmo;
y un gran corrincho de niños
le va tendiendo unos trapos.*

*Cuando el tropel de devotos
en procesión ha pasado,
sonríó por las estrellitas
que lleva el burro al costado.*

*Escojo una caracucha,
de las que nadie ha pisado,
para dársela a mi Abuela:
la guardará con cuidado,
entre hojas de la Biblia,
junto a un santo y un rosario.*

2006

El Encuentro

a mi hermana Eka

*Sobre una silla ancha,
de mimbre y de madera,
en la penumbra triste y
solemne de la acera,
quieta y meditabunda,
entre nietos la abuela
el Encuentro del Cristo
con la Virgen espera.*

*El anda de Jesús,
coronado de velas,
desde la calle larga
aparece primera.
Catorce mozalbetes
en los hombros la llevan;
chiquillos más pequeños
la miran tras las verjas.*

*El anda de María,
en encajes envuelta,
un minuto más tarde
llega por la derecha.
Como una rosa blanca,
con una luz interna,*

*la madre resplandece
bajo la luna llena.*

*El Cristo, paso a paso,
como avanzando a tientas,
meciéndose en su anda
a la madre se acerca.
La Virgen lo recibe,
y la lágrima eterna
besa la porcelana
de la mejilla tierna.*

*En esta esquina nuestra
los dos grupos se encuentran.
Quiso la tradición
o el azar que así fuera.
Esquina simple y mustia,
¡esta noche eres bella!
Esquina de mi infancia,
de juegos de rayuela.*

*Pasaron muchos años,
y me fui de mi tierra.
La madre de mi padre,
mi santa abuela, es muerta.
La esquina, nuestra esquina,
tiene fachada nueva.
Pareciera que es otra,
que de ayer no se acuerda.*

*Pero en Semana Santa,
bajo la luna llena,
la noche del Encuentro,
mi gente en ella espera
a que la triste Virgen,
en encajes envuelta,
se tope con el Cristo,
coronado de velas.*

2007

Jueves Santo

a mi padre

*Camino con mi padre,
por las calles estrechas de mi pueblo,
con el trote de niño,
la procesión que llaman «del silencio».*

*Procesión de los hombres,
tras el Cristo de púrpura y de yeso.*

*Migración de nostalgia,
cual un peregrinaje hacia el destierro.*

*Nadie dice palabra:
meditan, caminando, en el tormento.*

*Distingo tantas caras:
del zapatero humilde, el noble Yeyo,
del maestro de escuela,
del médico, del cura, y del abuelo
que marcha vacilante,
recordando las marchas de otros tiempos.*

*¡Semblante de mi padre,
con expresión estoica de hondo duelo!*

*Las miradas sombrías
oprimen algo incógnito en mi pecho.*

*Oigo el tambor romano,
al frente de la fila: va advirtiendo*

*con pregón militar,
el destino terrible de este reo.
«¿Por qué llevan así
—le pregunto a mi padre— a Jesús preso?»
Él me manda a callar,
con breve ademán firme, pero tierno.
Nadie sabe el porqué,
pero los trajo aquí el desasosiego...*

*¿Será porque pequé?
¿Será que he sido malo en el colegio?
¿Será que el Redentor
ha de pagar en carne propia el precio?
¡Un gallo canta, lejos!
Siento que soy traidor, como San Pedro,
que renegué de Él.
Se llena el corazón de un mal recelo,
como si no supiera
que resucitará después de muerto.*

*La procesión es larga,
y a ratos, fatigado, me entretengo
escuchando los pasos,
contando las estrellas en el cielo.
El Cristo va delante,
con rasgos de agonía en duro gesto.
Como yo voy detrás,
me olvido del dolor y me contento
con andar con papá,*

por las callejas tristes de este suelo.

*Llega la procesión,
al fin, hasta la fachada del templo.*

*El Santo sigue recto,
por la nave central, andando lento.*

*Mi madre nos saluda;
miraba, con mi hermana, desde lejos.*

*Mi padre vuelve a reír,
me invita a degustar algún refresco.*

*Yo recuerdo a Jesús,
atado y azotado, y me estremezco...*

2006

Viernes Santo

a mi madre

*Es madrugada ya,
y aún la procesión no ha concluido.*

*La luna llena da,
en triste cielo, un resplandor cenizo.*

*Delante va el pastor,
detrás caminan los arrepentidos.*

*Unos no pueden más:
se marchan a sus casas, ya rendidos.*

*Los más fieles se quedan,
tras el cadáver pálido del Cristo.*

*Cargando el anda van,
al menos, treinta hombres. Algún niño
camina con su padre,
sin entender que es este su destino;
que el día llegará,
cuando —en un mozalbeta convertido—*

*suplicará cargar
los troncos del sepulcro, redimido
en virtud del dolor,
del peso y de las piedras del camino.*

*La procesión, en cruz,
avanza lentamente. Con los cirios,*

*y con una oración,
repetida en los labios compungidos,
van las mismas beatas
que en el sepulcro arreglaron los lirios,
y en la caja de luz
pusieron con ternura al malherido.
Oigo el cantar de luto,
subiendo en espiral al infinito.*

*En cristalina ánfora,
el cuerpo del Mesías va tendido.
Lo miro con temor;
contemplo sus heridas tras el vidrio.
Llagándole la piel,
espinas le coronan el martirio.
Otras veces lo vi,
y sin embargo sigo sorprendido:
¡aún no sé por qué,
tan hondo, sobrecoge su suplicio!*

*El anda llega, al fin.
En las puertas del templo se ha dormido.
En la flor de crespón,
colgada aquella tarde, están cautivos
gajos de caracuchas,
palomas y un resplandor blanquecino.
Se estremece en vaivén:
abre al fin su capullo, ante el suspiro
del rebaño que admira*

la llovizna de flores, sorprendido.

*¡Revoloteo fugaz
de florecillas y plumajes níveos!
La tumba se despierta,
y atraviesa el portón, con paso altivo.
Yo me vuelvo al hogar,
de mano de mi madre, adormecido.
Mañana volveré
a ver cómo la brisa mece en vilo
a la flor de crespón,
y a las palomas tristes en su nido.*

2006

Domingo de Pascua

al padre Mingo

*Casi a la medianoche hemos llegado,
parece que ya no quedan asientos.
En hombros de mi padre voy cargado,
como iba el buen Jesús sobre el jumento.
Cruzamos el pasillo abarrotado,
pero el gentío impide el movimiento.
Junto a la puerta vieja nos quedamos,
bajo el arco de cal y el firmamento.
Detrás de mí, tengo el cielo estrellado;
delante, cabelleras, velos negros.*

*¡La piedra de la gruta se ha apartado!
Con cuerpo lacerado y rostro ileso,
vestido en luz, el brazo levantado
en gesto redentor, el Nazareno
emerge de su tumba, vindicado.
Suspiros hondos vuelan por el templo.
Gozosos, tras ver al resucitado,
temiendo menos de la muerte el beso,
se marchan los ancianos fatigados,
dejando atrás —marchito— el monumento.*

*Otros en casa esperan, afeitados,
para ir al baile, cuando sea el momento.*

*El minuterero agnóstico ha indicado,
apuntando a las doce, el gran portento:
el Sábado de Gloria ya no es sábado
y en el jorón comienzan los festejos.
Mozalbetes galantes, perfumados,
invitan a las damas a un bolero.
Se escuchan retumbando en los tejados
los voladores que arden a lo lejos.*

*Llegada la mañana, bien temprano,
el patio de mi casa invita al juego:
se esconden chocolates bajo el árbol,
y seguidos de padres y de abuelos,
la correría de nietos va buscando
de la Pascua florida el dulce premio.
¡Los años no perdonan, y el pasado
se lleva estos momentos tan perfectos!
Solo quedan recuerdos, preservados
en el ámbar nostálgico del tiempo.*

*¡Domingo! La semana ha terminado
con la resurrección del Galileo.
Otro año de mi vida se ha esfumado
en las profundas cámaras del tiempo.
Por amor y respeto he observado
los ritos de mis padres y mi pueblo.
Otra filosofía he cultivado:
en la tumba vacía va mi credo.
Pero la tradición he conservado,*

y en el pecho protejo el sentimiento.

2008

Breve discurso sobre el Omega

(ensayo ficticio)

a Borges

«eras el amante y el amado»

GEORGE GARRETT

EL OMEGA NO FUE el primer hombre, pero será el último. Es la suma de todas las vidas humanas, desde el inicio del tiempo hasta este preciso momento. Cada verdugo y cada víctima convergen en el Omega; cada padre y cada hijo; las experiencias simultáneas de cada amante en ambos extremos del coito; cada paciente que muere y cada médico que trata de salvarlo; cada emperador y cada súbdito. Esta es la doctrina antigua, cuyo origen nadie conoce, y con la cual casi todos los filósofos concuerdan.

En Oriente, la sabiduría sobre el Omega viene principalmente de la tradición budista, cuyos pensadores consideran al Omega la secuencia entera de todas las reencarnaciones humanas. Conocedores del Tíbet aclaran la diferencia entre el Dalai Lama (la reencarnación actual de un *bodisatva* específico, que ha retornado múltiples veces movido por la piedad) y el Omega (la suma total de las reencarnaciones de todos los hombres, incluyendo las del Dalai Lama).

En Occidente, el conocimiento del Omega tiene su raíz en la escuela griega. Sócrates mismo nunca discutía el tema, lamentablemente, diciendo solamente que él no sabía nada sobre el Omega. En contraste con el silencio de su maestro, Platón propuso una idea que directamente contradice la doctrina antigua. Mediante una prueba geométrica, Platón demostró que el Omega necesariamente incluye al primer hombre. De esto se desprende que el primer hombre —siendo parte del Omega— todavía vive.

Estremecido por esta consecuencia, Aristóteles se esforzó por refutar de frente a su maestro, demostrando que el Omega excluye obligatoriamente al primer hombre (a quien Aristóteles llamó el *Alfa*). Mediante una prueba lógica estricta —que hasta el día de hoy se considera un modelo de simplicidad hermosa— Aristóteles demostró que si el Omega incluyese al primer hombre y a la suma de todos los posteriores, entonces el Omega sería el *único* hombre. Esto es un sinsentido, arguyó Aristóteles, ya que evidentemente existen múltiples hombres. Por lo tanto, es imposible que el Omega incluya al primer hombre. (Nótese aquí que otros alumnos platónicos nunca aceptaron esa conclusión de Aristóteles. Estos arguyen que el Omega puede ser el primer hombre —y por ende, el único— si todos nosotros fuésemos reverberaciones o ecos de los recuerdos de una vida única: la del Omega.)

Según Aristóteles, lo más temprano que el Omega puede aparecer es como el *segundo* hombre. Esta última es la posición de Tomás de Aquino: su argumento de que el Omega es el *hijo* del primer hombre, lo coloca de lleno en la tradición aristotélica.

Permítasenos aquí detallar la teoría que Aquino da en la *Summa Theologica*, por ser representativa de la perspectiva predominante aún hoy entre los pensadores religiosos de Occidente. Según Génesis, dice

Aquino, el Alfa —el primer hombre— es Adán. Pero ni él ni Eva marcan el inicio de la raza humana, enseña Aquino, pues una pareja no constituye aún una raza. Más bien, la raza comienza con el primer hijo: Caín. Desde su nacimiento, Caín tenía la misión de ser el Omega, la suma de todas las siguientes vidas humanas, por siempre.

Aquino, haciendo referencia a la doctrina antigua, indica que Caín —como el Omega— recibía todas las experiencias del segundo hijo de Adán, su hermano Abel. A Caín —especula Aquino— le resultó intolerable el conocer todos los pensamientos de Abel y por eso lo mató. Dios, en su sabiduría infinita, no solo conocía la causa del asesinato, sino que lo había previsto y predicho en profecías anteriores a la Creación. En su Gracia, le concedió a Caín el don de vivir alejado de todos los hombres, sufriendo en silencio la carga de su destino. Abel es presentado en la *Summa Theologica* como un sacrificio consciente de Dios a la raza humana, vehículo a través del cual nos otorga un espíritu de grupo, que luego Teilhard de Chardin llamaría el *Punto Omega*.

Seguidores de Aquino rechazan la propuesta de que existe un paralelismo entre este sacrificio y el de Jesucristo, quien fue ofrecido como cordero. Indican que el sacrificio del Cristo es de mayor jerarquía, pues sirvió para redimir al Omega, como espíritu colectivo, y cada uno de sus componentes. Existe cierto precedente de este pensamiento en la obra de Aquino, cuando explica la frase de Jesús «Yo soy el Alfa y el Omega» como una demostración de que Jesús era de una jerarquía celestial superior a la del Omega, porque Jesús incluye al Omega como parte suya.

Existe también el precedente muy anterior de San Agustín, quien arguyó contundentemente en sus *Confesiones* a favor de esta primacía. Jesús, dice Agustín, a diferencia del Omega, incluye en su riqueza espiritual al primer hombre, al Alfa de Aristóteles, al Adán del

Génesis. Agustín propuso que el Nazareno —teniendo al Omega como componente invisible— conocía directamente las experiencias de todos los humanos, y le era dado por ello conocer y redimir los pecados de todos sus contemporáneos, y hablar íntimamente a todos sus seguidores.

Pensadores panteístas del siglo diecisiete argumentaron que el Omega es Dios. Spinoza refutó brillantemente este argumento en su *Ética*, demostrando que el Omega no puede ser Dios, puesto que es forzosamente uno de los *atributos* de Dios. El Omega —dice Spinoza— es parte de Dios, pero Dios no es parte del Omega. Resulta interesante comparar la doctrina de Spinoza con la de Aquino en este sentido.

Con la Ilustración, la inquietud sobre el Omega pasó de la teología a la ciencia, a través de Newton, quien exploró las Escrituras obsesivamente. Este utilizaba el argumento de Caín para explicar empíricamente la razón de que el Omega no haya sido visto jamás: Caín vaga por la tierra, rehuyendo la compañía humana, por mandato divino. De ahí, dice Newton, surge la leyenda del Judío Errante. Caín, el Omega, la suma de todos los hombres, está condenado —según Newton— a vivir por siempre para contener en sí mismo las experiencias humanas de todos los seres hasta el final de los tiempos. Newton arguyó que el Omega es por necesidad eterno, al no serle permitido morir mientras todavía vivan otros seres humanos. Locke refutó el postulado de la inmortalidad del Omega arguyendo que podrá morir cuando no quede ningún otro humano sobre la tierra.

En círculos naturalistas doctos, el Omega es desde hace mucho considerado como un hecho concreto de la naturaleza. Por ello, conformidad con su existencia era un prerequisite de las nuevas teorías científicas de los siglos diecisiete y dieciocho. Incluso en el siglo diecinueve su influencia seguía siendo considerable. Como ejemplo

de esto se pueden citar las dificultades que enfrentó Darwin para que su teoría de la selección natural fuese aceptada entre los círculos científicos, hasta que el naturalista encontró una forma de armonizar sus ideas con la existencia del Omega. Mientras que los creacionistas habían salvado ese obstáculo gracias a los escritos de Aquino, los evolucionistas se vieron forzados a propugnar una explicación menos elegante. Darwin optó por definir al Alfa como lo que de primate tiene el hombre, lo que había antes de que el ancestro fuese verdaderamente *humano*. El Omega, luego, es definido por Darwin como la parte humana del hombre, lo que lo define como tal y no como simios. De esto se desprende que la aparición del Omega no fue súbita, sino paulatina y evolutiva.

Las tres vertientes persisten hoy en día: la budista, la tomística y la darwiniana. En el presente, muy pocos hombres cultos niegan la existencia del Omega, aunque jamás lo discuten en público. Solo en ciertos círculos filosóficos se le discute ávidamente, particularmente en dos áreas que se han mostrado propicias para el debate y elusivas para el intelecto.

La primera es sobre la naturaleza de la herencia que cada vida deja al Omega, de lo que cada humano le transmite y comunica. ¿Es solamente el enriquecimiento espiritual, como proponen los budistas? ¿O se incluye también el conocimiento práctico de todas las cosas mundanas y trascendentales que cada vida experimenta, como lo postuló Schopenhauer? Este punto, aunque oscuro, no es trivial: si el Omega posee una sabiduría infinita, tener acceso al Omega concedería un poder ilimitado.

La segunda área de debate es sobre la *humanidad* del Omega. La extensión del carácter humano del Omega ha sido discutida a lo largo de los siglos. Sócrates, según reporta Jenofonte, inquirió al Oráculo

sobre la apariencia del Omega. Adam Smith, en *La Riqueza de las Naciones*, lo concibió como un príncipe, rico con el uso de todo el conocimiento adquirido tras experimentar todas las vidas humanas. San Francisco de Asís, sin embargo, predicó que el Omega era un ser sabio y sin avaricia, que debía tener la apariencia de un anciano, viviendo posiblemente como un ermitaño, o un mendigo echado en la puerta de algún templo en Roma.

Algunos agnósticos arguyen que el Omega existe, pero no como un ser humano tangible. Defendiendo esta postura, Hume arguyó que el Omega es solamente concebible como un recuerdo intangible en la infinita memoria de Dios. Kant descreyó esta idea, sugiriendo que el carácter humano del Omega la imposibilita como una opción. Para Freud, el Omega se encuentra, no encerrado en un solo cuerpo, sino cautivo en el subconsciente, distribuido a partes iguales entre todos los seres humanos.

Ampliando a Freud, Jung predicaba entre sus seguidores que, al acceder una persona al conocimiento de la existencia del Omega, la partícula del mismo que existe en esa persona se despierta y se manifiesta en el consciente. Conocer del Omega, enseñaba Jung, es abrirle la puerta; mencionar su nombre es darle vida.

Varios académicos han propuesto, a finales del siglo veinte, que esta idea de Jung no es nueva, pues aparece ya en un antiguo texto místico, llamado *El Trueno, Mente Perfecta*, escrito antes del siglo cuarto y redescubierto en 1945 en una cueva en el Alto Egipto, junto a múltiples evangelios gnósticos. Para el conocedor, la referencia al Omega es obvia en el documento. De gran interés resulta que el texto de Nag Hammadi le atribuye al Omega principalmente el género femenino. La traducción, si bien brusca, del copto al castellano, reza:

He venido a los que reflexionan sobre mí...

no seáis ignorantes de mí.

Porque yo soy la primera y la última.

Yo soy la honrada y la vituperada.

Yo soy la ramera y la santa.

Yo soy la esposa y la virgen.

Yo soy la madre y la hija....

Yo soy la estéril y la fértil...

Yo soy la novia y el novio...

Yo soy el silencio incomprensible...

Yo soy la mención de mi nombre.

Esto sugiere que los miembros de ciertas sectas primitivas, aquellas que el obispo Ireneo de Lyon denunció en el siglo segundo como «llenas de blasfemia», consideraban al Omega la manifestación femenina de Dios.

2005 (2024)

El día de las moscas

(cuento)

a García Márquez

«oí a una mosca zumbar cuando morí»

EMILY DICKINSON

C UANDO LA TERCERA MOSCA cayó en su taza de café, Ceferino se decidió a romper finalmente el silencio.

—Ya no se aguantan las moscas en esta casa.

Aunque habló en el mismo tono cortante que había venido usando por años, le pareció notar algo nuevo en su propia voz. El trío de moscas seguía girando sobre la espiral de espuma, batiendo sus patitas negras como un diminuto ballet fúnebre. Ceferino repasó en su mente el sonido de sus palabras. No había hablado en meses, desde la última pelea con su mujer. Tal vez la falta de ejercicio de sus cuerdas vocales las había atrofiado.

Licha siguió impávida, desayunando frente a él sin prestarle atención. Ni el más pequeño cambio en su expresión contrariada acusaba recibo del comentario. «Se habrá quedado sorda la vieja», pensó el marido, contemplándola con ojos torvos. Ella arrancaba un pedacito de pan tostado, lo restregaba contra la yema del huevo frito y se lo llevaba a la boca. Masticaba repetidamente cada bocado, mirando

el reloj de péndulo de la pared, ignorando al marido como lo había venido haciendo desde hace mucho.

Ceferino revisó el termo de café: estaba vacío. Así que tomó el tenedor con el que se había servido su mujer el huevo, lo limpió con la servilleta y sacó una a una las tres moscas de su taza. Ese era su desayuno: una taza de café con leche. Su mujer se había preparado, como todos los días, un huevo frito, varias tiras de tocino, dos tostadas y unos cortes de queso fresco. Pero él solo tenía un café, y hasta el mediodía no probaba bocado. Así de triste, pensó, era su vida.

Licha vio a su marido poner las moscas empapadas sobre el mantel. Con el mismo esfuerzo hubiera podido ponerlas sobre la servilleta que tenía junto al plato. O en el plato del café. O en el basurero. Pero no. Lo vio colocar el tenedor, sucio de moscas, en el plato de ella. La cortesía básica requería que él buscara un tenedor limpio, pensó ella, o que como mínimo fregara este antes de devolvérselo. Pero no. Ahí quedó el tenedor *mosqueado*, chorreando aquel líquido impuro al lado de su tocino.

La mujer lo miró de reojo y se deleitó en la cara de asco que puso Ceferino al bajar el café maculado. Esa mañana, ella estuvo tentada a freírle un huevo y hacerle unas tostadas para él, como ofrenda de paz, y a dejárselas en un plato junto al café, para que el asunto se explicara por sí solo. Pero se resistió, pues sintió que él no se lo merecía, entre otras cosas, porque no le dio los buenos días cuando llegó a la cocina. Es cierto: hace ya meses que no se hablaban, pero eso no era excusa. Ella, por supuesto, tampoco se los dio a él. Pero él fue el causante de la pelea, y debía por tanto tender el puente primero. Estuvo nuevamente tentada a ceder cuando Ceferino se quejó de las moscas en el café. Pero había una aspereza en su tono de voz que hizo a Licha tomar el

comentario como un reproche, por lo que decidió seguir castigándolo con el silencio.

Ya ninguno de los dos recordaba cuándo ni por qué habían dejado de hablarse. Ceferino tenía en la memoria la impresión vaga de una rabieta relacionada con la vecina, y un periódico enrollado que vino volando desde la mecedora hasta su cabeza. Licha, que durante los primeros años llevaba minuciosamente la contabilidad de las afrentas recibidas, había cambiado de pasatiempo cuando los hijos se casaron y se fueron, dejándolos a los dos solos en su pequeño infierno privado, y ahora dedicaba la poca memoria que le dejaron los años a aprender nudos de macramé. Esa mañana, buscando fuerzas para sobreponerse a la tentación de hacerle desayuno a su marido, trató de recordar el incidente, pero fue en vano. Era una cuenta indistinguible en el rosario de sus discusiones.

Sentados en la sala, sin hablar una palabra, se les pasó la mañana: la vieja en la mecedora, tejiendo algo para un nieto; el viejo en el sofá, leyendo un periódico de otro día. Las moscas se paseaban entre ellos, y caminaban sobre sus rostros, pero ambos las ignoraban. Cuando los ruidos de su estómago avisaron a Ceferino que se acercaba el mediodía, y como no viese movimientos en la estufa, le echó a su mujer una mirada de cejas altas. Licha la sintió caer sobre su nuca (pues se sentaba de espaldas al marido), y se hizo la desentendida. El viejo siguió mirando con insistencia, hasta que a ella se le erizaron los cabellos por la ira. Con calma, terminó los nudos del tejido, guardó en la canasta los hilos, y se levantó de la mecedora. Sacó de la despensa una lata de sardinas y puso unos panes en la tostadora. Abrió la lata y echó todo en un plato.

Cuando su esposa se sentó nuevamente a tejer, Ceferino entendió que aquello era lo único que habría en la casa para el almuerzo. La

calidad y cantidad de la comida habían venido empeorando desde hace años, pero cayeron en picada tras la última reyerta. En un día bueno, comerían arroz blanco con sopa de paquete. En un día como este, sin embargo, sardinas y pan recalentado era lo que tenía. El viejo se puso de pie y se acercó a la mesa. A unos pasos se detuvo y contempló los trozos fríos de sardina y los panes quemados. Normalmente se los habría comido, rezongando entre dientes. Pero hoy no: las moscas habían llegado primero. Sobre el pellejo metálico de las sardinas, los bichitos negros se agrupaban por docenas, caminando unos sobre otros, lamiendo la salsa de tomate y la carne expuesta.

—Hoy es el día de las moscas, carajo —se quejó el viejo.

Licha no respondió nada. Siguió tejiendo en la mecedora. Era la segunda vez que su marido hablaba, pero lejos de sonar como una disculpa, el comentario también era —o al menos podía interpretarse como— un reproche contra el aseo de la casa. Atacar el aseo, que era su responsabilidad según el esquema machista en el que habían crecido, era atacarla a ella. Así funcionaba el asunto. Despreciar la comida, que también era su responsabilidad, era sinónimo de despreciarla a ella. Sus labios se apretaron en una mueca de amargura, que el marido no vio.

Ella escuchó, sin voltear, el sonido de la puerta cerrándose. Las moscas no eran su culpa, se lamentó: habían llegado con la primera lluvia, heraldos macabros del invierno cercano, y se habían quedado en las cocinas de todas las casas del pueblo. Pero así era Ceferino, culpándola a ella de todo.

Cuando regresó Ceferino, con una bolsa de papel en la mano, ella supo que había ido a comprar comida donde la vecina. Entonces recordó, como una epifanía, la razón de la pelea. Aquella vez, hace unos tres meses, ella se quedó dormida en la mecedora y no preparó el almuerzo. El marido (¡el muy sinvergüenza!), se fue a comprar comida

donde la *otra*. Eso, en la aritmética de aquella guerra fría, equivalía a una traición tan grande como si el viejo hubiera sido sorprendido con la susodicha en el lecho nupcial. Tras el largo castigo, el descarado no solo no aprendió la lección, sino que reincidió con la mano en la cintura, pensó Licha. ¡Y ahora se sentaba a comerse el manjar pecaminoso en su mesa matrimonial, bajo sus narices!

La vieja se puso de pie, sobresaltada. Ceferino, que había empezado a comer a pesar de las moscas, se asustó por el brinco de su esposa. Pensó que le había dado un ataque, hasta que le vio en el rostro la expresión, muy conocida, de furia femenina. El marido había comprado solo un plato de comida, el suyo. Cuando vio a su esposa con la palidez del hambre en el rostro, lo asaltó el remordimiento, el cual se sacudió pronto con un pensamiento abrupto: «Si no quiere cocinar, que se joda». Espantándose las moscas, comía apresuradamente. La esposa lo miraba con la frente iracunda y el semblante congestionado. «¡Mmm!», murmuró él, como saboreándose, y los cabellos de la esposa se volvieron a erizar.

—¿No te molestan las moscas? —preguntó la mujer.

El marido no reparó en el detalle crucial de que su mujer había hablado por primera vez desde la pelea, si bien casi involuntariamente y movida por el asco; por lo que perdió esta oportunidad magnífica para empezar a reparar el famoso puente, al ripostar enseguida:

—¿Molestarme? ¡Me arrullan!

Licha tomó aquello como la última afrenta que su dignidad podría soportar jamás y juró por Poseidón no pronunciar otra palabra en su vida. Se sentó al otro lado de la mesa, sin mirar al esposo, y haló hacia sí el plato con las sardinas y el pan quemado. Al menos cien moscas levantaron el vuelo, pero se volvieron a posar prontas sobre el plato. La mujer se quejó con un mascullar indefinible, suficientemente vago

para no romper su recién renovado voto de silencio, pero con el énfasis necesario para desahogar la frustración que le causaban las moscas.

—Te dije que había que comprar papel engomado —disparó el viejo.

En efecto. Fue el día de la pelea. Las moscas entonces apenas empezaban a llegar al pueblo. Pero Licha se opuso. El problema con el papel engomado —y con casi todo lo demás en su matrimonio— no era de fondo sino de forma. Si el marido hubiese dicho: «Mi amor, a pesar de que tú mantienes la casa prístina, estas moscas siguen molestando», entonces el papel hubiera estado ese mismo día en la mesa. Pero como él, con su tono de reproche, le había espetado: «Hay que comprar papel engomado», a ella no le quedó más remedio, para defender su dignidad, que negarse de plano.

La mujer se giró de lado y empezó a comer las sardinas. Las moscas llegaban ahora por docenas. Se posaban sobre las cucharas y apenas si alzaban vuelo cuando llegaban a las bocas. Los platos eran una mancha de puntos negros, donde las cucharas se hundían a tientas. Tras unos minutos ya ni siquiera se veían los rostros el uno al otro, ni distinguían sus propias manos tras la masa de moscas que volaba frente a ellos. Licha cerró los ojos y siguió comiendo, sin decir palabra y sin levantarse de la mesa, porque levantarse era perder, era reconocer que el viejo tenía la razón, sobre algo que ya ninguno de los dos recordaba bien, y que en el fondo no les importaba.

Tras unos minutos comiendo a ciegas, sin ver ni escuchar nada de su esposa, Ceferino fue el primero en ceder. Se puso de pie y avanzó a tientas hacia la puerta; la abrió y una nube de partículas aladas salió volando de la habitación. Cuando retornó la visibilidad al cuarto, Ceferino vio a su esposa, en los últimos estertores de la muerte, tosiendo las moscas que había inhalado. Supo que era muy tarde, y

se quedó quieto. Le pareció ver una sonrisa de victoria en los labios azulosos.

2006

Vida

(cuento)

a mi padre

«All life is an experiment»

EMERSON

EL NIÑO GUARDA SILENCIO. Mira cautelosamente, por encima de los pajonales, hacia el borde cercano del río. El agua, limpia y poco profunda, se desliza lenta sobre las piedras cubiertas de limo verde. Confundido sobre este fondo, reposando su corpulencia, descansa el sapo enorme y majestuoso. Es invisible para un ojo común, pero evidente para Héctor, maestro en atisbar sapos, ranas, iguanas y jicoteas.

Avanza a gatas, con sus rodillas hundidas en el fango, pensando en la envidia que sentirán sus compañeros si logra atrapar aquel bello ejemplar. «¡Qué sapón más grande y feo!», le dirán. Él se paseará orgulloso, portando en sus manos al gran rey del remanso. Un pasito más y estará al alcance de un brinco suyo. Verónica lo mirará fascinada, con asco hacia el sapo y admiración hacia él. «¡Qué asqueroso sapo trajiste, Héctor!», le dirá. Y la dulzura de su voz hará sonar este reproche como un íntimo halago. Ya lo siente cerca, ya casi está... ya casi... ¡Ahora! El niño brinca como un gato, con sus manos estiradas

hacia el sapo, y cae de boca sobre las piedras verdes y el agua fresca que salta en mil gotas relucientes bajo el sol del mediodía. El sapo queda atrapado, indefenso entre sus manitas cuidadosas.

Empapado y adolorido, se incorpora. Levanta al sapo con satisfacción, y contempla largamente el batir de sus patas suspendidas en el aire. Le fascina su descomunal tamaño. Definitivamente, será la envidia de la clase. Más aún: será la envidia de la escuela entera. ¡Qué suerte haberlo atrapado! Toda la mañana —desde el mismo momento en que la maestra Angélica dijo, al final de la clase de Ciencias, que tenían que llevar un sapo al día siguiente— el inquieto niño no había hecho más que pensar en aquel sapo enorme y bello que tantas veces había visto nadando, brincando, comiendo mosquitos... ¡En fin! Lo conocía muy bien. Conocía cada mancha de su cuerpo, cada arruga. Conocía sus hábitos. Se deleitaba observando, escondido en el monte, el jugar del sapo en el remanso tranquilo del río. Era como un compañero en sus tardes de ocio. Y ahora tenía la oportunidad de lucirlo como un trofeo frente a Verónica.

—¡Verás qué linda es! Parece un angelito —susurra el pequeño Héctor junto a la cabecilla húmeda del sapo, que se limita a responder con un parpadeo veloz y asustado.

Con mucho tacto, mete al animal en una bolsa de plástico, y monta en su vieja bicicleta, que emite un chirrido sobre el camino de tierra, como un puerco de monte herido, hasta que llega a la casa de quincha, perdida en medio del potrero.



Héctor llega a la escuela temprano ese día, primero que todos. «¡Páreme temprano, mama, que quiero llegar de primerito!», le había

dicho la noche anterior, mientras ponía al sapo en una vieja llanta de tractor partida por la mitad y llena de agua, donde suelen abrevar las gallinas en las horas de luz. El chiquillo había brincado de la cama. Se había bañado veloz, en la rústica ducha a la intemperie, con las estrellas brillando sobre su cabeza. Tomó su desayuno —una tacita de café, media tortilla changa—, se enjuagó la boca, y se fue alegre en su bicicleta, cuando el sol apenas insinuaba su llegada con resplandores sobre los cerros lejanos.

Héctor espera en la puerta del salón, con su sapo metido en la bolsa plástica, y lo moja de vez en cuando para mantenerlo cómodo. El sapo se agita en el interior, inquieto por tanto ajetreo. Uno a uno van llegando sus compañeros, y a cada uno le muestra su robusto sapo.

—¡Mira mi sapito! —le grita a cada uno que ve llegar.

La reacción es la misma cada vez: expresión de asombro, exclamación indecorosa, y la petición invariable, inmediata:

—¡Déjame verlo, déjame cargarlo! ¡Viste, Héctor!

Y Héctor que se rehúsa indignado, egoísta, dueño de la situación, regocijado en su interior por la envidia y el alboroto general. En torno a él y a su sapo, se va agrupando una multitud de chiquillos uniformados. Cuando llega la maestra Angélica, se asoma curiosa en la rueda de niños. Y tras el susto inicial, felicita al sonriente Héctor por su grandioso hallazgo.

—Está un poco viejo, Héctor, pero nos será útil —le dice, mientras le acaricia la cabecilla despeinada.

El niño, lleno de orgullo, asiente con la cabeza.

La maestra abre la puerta. Los niños entran y toman asiento.

—Pongan sus sapos en la mesa, niños.

Una risita menuda recorre el salón. Los sapos salen de los bolsillos, las bolsas, los frascos, y son colocados sobre las mesitas de madera. Los

niños que no tienen sapo, ya sea porque no encontraron o porque les dio asco agarrarlo, se mudan a la mesa de un compañero, o una compañera. Verónica no tiene. Héctor lo nota y la invita, con un gesto tierno, a acercarse a su mesa. La niña se levanta, sonrío y se sienta junto al rey del remanso, el enorme sapo que los mira asustado, inflando y desinflando el pellejo colgante de su cuello blanquecino. La maestra Angélica se pone de pie, y habla.

—Niños, hoy vamos a aprender de Bi-o-lo-gí-a... Biología es el estudio de la vida. *Bio*, vida. *Logía*, estudio. *Biología*. El estudio de la vida. Hoy vamos a estudiar la vida.

Héctor, boquiabierto, la escucha. Y trata de entender las palabras de la maestra, que se le antojan grandes y sabias. Se alegra de que el tema de la clase sea algo que él conoce muy bien: la Vida. Él sabe mucho de la Vida. La ha sentido muy cerca, ¡oh, sí! La ha observado en el río, en la forma de diminutos peces plateados. La ha palpado en el pelaje verde de las piedras sumergidas. La ha sentido revolotear en las alas de las libélulas juguetonas que oscilan sobre el agua. La ha visto asustada en las perdices del camino, que alzan el vuelo al escuchar sus pasos menudos. Ha aspirado su aroma en el suave perfume de las flores del monte. Ha degustado su sabor en el néctar amarillo de un mango maduro. Ha admirado sus colores en las alas de las mariposas. Y su palpitar, en el cuello de su sapo amigo, que se infla y desinfla como el acordeón del viejo Chencho en las noches de fiesta en el pueblo. La Vida... ¿No es la Vida lo que humedece con rocío el potrero en las mañanas, cuando él lo cruza en su bicicleta? ¿No es la Vida lo que arde en su piel cuando el sol calienta sus juegos en el río? ¿No es la Vida lo que se le atora en la garganta cuando Verónica lo mira? Eso debe ser. Sí. De eso hablará la maestra Angélica. De la Vida...

—Por eso les pedí que trajeran un sapo, un sapo joven. ¿Todos lo trajeron?

El *sí* de Héctor se suma a la cascada de *síes* que cae sobre la maestra. Pero grita tan fuerte que su voz falla y se convierte al final en un pitido largo, provocando una risa abundante en Verónica. ¡Héctor enrojece de pena!

—Eso veo, eso veo. Los felicito. Eso está muy bien. Héctor, tu sapo está un poco grande y viejo. Eso puede hacer un poco más difícil la experiencia. ¿Recuerdas que dije que debía ser joven?

Héctor vuelve a enrojecer. Que la maestra le reproche eso frente a la clase, especialmente frente a la niña, le avergüenza. No fue por olvido. Tuvo razones de peso para escoger ese sapo en vez de uno joven. Primero, ese sapo no es un sapo cualquiera: es el rey del remanso, el sapo más grande y bello del mundo entero. Segundo, él conoce muy bien a ese sapo, tan bien como se conoce a un amigo, y sabe que no lo decepcionará: ya sea en carreras o en nado, él será el vencedor. Y tercero, ¡ese es un tremendo sapo, aquí y en todas partes! Ningún sapito joven va a vencerlo en nada. Bien vale la pena soportar el regaño de la maestra. De todas formas, así su sapo conocería la escuela donde va todos los días. Había planeado durante la noche anterior, mientras el sapo nadaba en la llanta del tractor, que después de la clase de Ciencias lo llevaría de paseo por toda la escuela, con el doble propósito de causar envidia a mayor número de personas, y de mostrarle a su amigo sapo todos los secretos rincones del plantel. Por ejemplo, el cuarto de depósito donde guardan las herramientas, en donde el otro día encontró un ratoncito gris. O la pared en donde escribió el nombre de Verónica con un crayón rojo, encerrado en un corazón. O también el...

—Lo que vamos a hacer hoy, niños, es disecar un anfibio, en este caso un sapo, para estudiar sus partes internas. Vamos a ver,

Héctor. Empezaremos con tu sapo. Como es viejo, te será muy difícil descerebrarlo tú. Déjame que yo lo haga.

Héctor, que divagaba mentalmente con su sapo por los pasillos de la escuela, reacciona un poco tarde. No había escuchado a la maestra.

—¿Cómo dice, maestra? —pregunta Héctor, apenado.

—Digo que vamos a disecar tu sapo primero. A ver, tráelo acá...

—¿A secarlo? Maestra, si lo seca se muere. Yo los he visto en las piedras del río, secos como un pedazo'e cuero.

—A secarlo no, Héctor. Dije a di-se-car-lo —explica la maestra.

El niño, que no había comprendido la diferencia, obedece por inercia. Se pone de pie, toma su sapo —el cual se queda mirando a Verónica un instante con sus ojos verde olivo— y camina hasta el pupitre de la maestra.

—Ahora, vamos a ver... —musita la maestra Angélica—. Quédate por aquí, Héctor, para que aprendas cómo se hace. Pongan atención, niños. Lo primero que se hace es agarrar esta aguja que está aquí, y penetrar con ella la médula espinal del sapo.

El chiquillo, al ver la aguja enorme resplandeciendo entre los dedos finos de la mujer, intuye el peligro, pero se refrena por respeto. Tal vez no es lo que él está pensando. Mejor es esperar. La maestra Angélica es buena. Ella no hará daño a su sapo.

—Mejor vengan acá todos. Acérquense, niños. Hagan un círculo a mi alrededor. ¡En orden, en orden! Bien. Lo primero, como les decía, es tomar la aguja con firmeza y colocarla aquí, justo aquí, sobre el cuello del sapo, para enterrársela con fuerza. Luego se la meteremos por el canal de las vértebras y ¡crac!, la giramos a una mano y a otra, para romper la espina y seccionar la médula. Entonces lo agarramos y lo ponemos boca arriba —dice la maestra, tomando el sapo y girándolo— para abrirlo con este bisturí, y estudiar su sistema

digestivo, su sistema circulatorio y su sistema respiratorio... En fin. Todos sus sistemas. ¡Ah! Aquí les traje unas láminas...

La maestra deja al sapo tendido boca arriba, y toma unos rollos enormes de papel que había dejado en el piso. Héctor la sigue con la vista, espantado. Sus ojos enormes se hacen aún mayores al contemplar la lámina que la maestra colocó en el tablero, con cinta adhesiva, mostrando un sapo disecado, crucificado con alfileres y con las vísceras expuestas al aire.

—Ahora vamos a hacerlo nosotros. Miren acá, que la lámina no se va a ir. Pongan atención, que después les tocará hacerlo a ustedes solitos, y yo no los voy a ayudar. ¿Está claro? Veamos... el sapo de Héctor.

—¡Maestra! —grita Héctor, con lágrimas en los ojos—. ¿Qué va a hacerle a mi sapo?

—¿Qué te pasa, niño? ¿Por qué estás llorando? —pregunta ella, algo sorprendida—. Ya te dije, voy a disecarlo para estudiarlo con ustedes.

—Pero no... yo... yo no quiero. Usted dijo que íbamos a estudiar la Vida, no a matar a mi sapo.

—Es lo mismo. Para estudiar a los anfibios, tenemos que sacrificar algunos, para poder ver sus partes.

—No... yo no lo traje para eso... ¡Usted me mintió! —reprocha el niño llorando, al tiempo que arrebató el enorme sapo de entre las manos de la maestra—. Usted dijo que era para estudiar la vida, no la muerte...

Héctor sale corriendo del salón y huye velozmente en su bicicleta. Atrás queda la maestra, llamándolo a gritos.



El agua corre plácida, sin prisa, en el río. La espuma dibuja arabescos en sus remolinos. Las libélulas bailan sobre los herbazales. Un pájaro pechiamarillo brinca entre las ramas de un harino. Y tumbado a los pies del árbol, Héctor admira el jugueteo del pajarillo. Siente una rama que se quiebra, y mira atrás: Verónica. Ella lo saluda y se tumba junto a él.

—¿Todavía tienes al sapo?

Héctor se lo muestra, cautivo entre sus manos débiles.

—La maestra te anda buscando. Te puso *Fuga*, y dice que va a llamar a tu mamá.

El niño se encoge de hombros, y replica:

—No me importa. —Y riendo, agrega—: Mañana ya ni se acuerda.

—¿Te vas a quedar con el sapo?

—No. Esta es su casa. Ya voy a soltarlo en el río... donde lo cogí. Ven conmigo.

Caminan hacia el río.

—Mataron todos los otros sapos —relata la niña, con gesto de desagrado—. Fueron como veinte. ¡Puaj! Vieras qué asco...

Héctor baja la cabeza y guarda silencio unos minutos. La niña pone su índice en la barbilla caída, le hace alzar la vista, y le da un beso. Luego ambos estallan en carcajadas. El niño alza al sapo, y le mueve la patita para que se despida de la niña. La niña se despide moviendo su mano. El sapo, al primer contacto con el agua, comienza a batir sus patas desesperadamente, y se aleja nadando veloz. Los dos niños lo contemplan largo rato, hasta que lo pierden de vista en el fondo confuso del remanso. Siguen mirando, en silencio, la nada verde por donde había desaparecido.

—¿Quieres que te enseñe la Vida, Verónica? —pregunta Héctor.

—¡Claro! ¿Puedes? —agrega ella, con su voz dulce.

Él asiente con la cabeza. La toma de la mano y camina junto a ella hacia unas florecillas cercanas, en donde algunas mariposas amarillas revolotean ansiosas. Ansiosas como el corazón de Héctor, quien lleva la Vida atorada en la garganta.

1998

El traductor alemán

(ensayo ficticio largo)

a H. G. Wells

«tú eres las alas con que la alondra
va escribiendo sonetos en el cielo»

ÁLVARO MENÉNDEZ FRANCO

CON LA *HISTORIA DE la Filosofía Occidental*, Bertrand Russell ganó no pocos enemigos. Curiosamente, afirmaciones de calado menor causaron la mayor controversia. Russell pagó un alto precio por afirmar públicamente lo que cualquier erudito ya sabía en secreto: que la denominación de María como «madre de Dios» no es una creación original del Concilio de Éfeso, sino un plagio a la antigua religión babilónica, con el propósito de asimilar en la fe católica el culto pagano a la madre tierra. Sin embargo, yerros en el libro de Russell de mayor significación histórica pasaron inadvertidos. El más relevante de todos fue asegurar que la escritura lineal de los cretenses no ha sido descifrada aún. Este planteamiento, que aparece en el primer capítulo, es falso. Pero solo yo lo sé.

Varios años antes de que Russell escribiera su libro en Londres, a la sombra de las bombas del Eje, múltiples textos cretenses fueron descifrados sin esfuerzo, y sin Piedra de Rosetta alguna, por un

joven alemán, Herman von Hausen, cuyo don como traductor pudo cambiar el rumbo de la guerra, y terminó costándole la vida, prisionero de las *Schutzstaffel*. No se puede culpar a Russell de la omisión, ni a sus críticos de no haberla percibido: quienes conocieron a von Hausen y su obra no sobrevivieron, y sus traducciones no existen para el público, confinadas en mi archivo personal. Ahora que lo considero seguro, revelo los hechos tal y como ocurrieron, para hacer justicia a su don.

Von Hausen empezó a traducir textos de idiomas desconocidos por accidente, en sus días de estudiante universitario en Berlín. Nunca recibió educación en las lenguas clásicas; sus padres, campesinos de Lauterbach, hablaban apenas el alemán materno, y la escuela local le enseñó solo lo básico. Pero Herman descubrió, una tarde opaca de invierno, que podía comprender al primer golpe de vista el *Fedro* de Platón en la versión original en griego antiguo. Repitió el experimento luego en la biblioteca pública. Verificó que incluso la tosca traducción de la *Odisea* al latín que en el Medioevo hiciese Leoncio Pilato por encargo de Petrarca, en la casa de Boccaccio en Florencia, le resultaba tan inteligible como su alemán contemporáneo.

Le sorprendió que entendiera estos textos de inmediato, sin que mediara el esfuerzo de una decodificación. Lo que sentía al traducir se acercaba más al amanecer de un recuerdo propio en la memoria dormida, que a la resolución de un acertijo. Los símbolos del escrito estimulaban en su mente el sonido de las palabras en el idioma original, aunque no le fuese familiar el habla de esa lengua. Nombres propios de personas y sitios que jamás había visto no le resultaban extraños: los relacionaba al instante con la impresión (valdría decir, el recuerdo) de su objeto. Al leer cada texto, percibía claramente la intención del autor, y algo de su personalidad y circunstancias. En el caso de la *Iliada*, le confundió el hecho de percibir a múltiples Homeros

transparentándose a través del texto, y a Leoncio Pilato, como una pátina, a horcajadas sobre ellos.

Sorprendido por esta habilidad, la intuyó en primera instancia como un don sobrenatural, regalo de algún dios generoso. Pero al profundizar su preparación humanista, la recién adquirida tendencia al raciocinio le llevó a dudar de su hipótesis, y ponderó si tal capacidad podría responder más bien a una manera específica de leer, una forma particular de encarar el texto de caracteres extraños y extraerle el significado. De ser este el caso, podría sistematizar esa aproximación, destilándola a manera de un método que pudiese ser enseñado y aprendido. Le emocionó la idea, y su potencial revolucionario, y comenzó pronto a analizar más textos, escudriñando las claves del futuro Método von Hausen para la traducción de cualquier lenguaje.

El primer axioma de su método fue aceptar que, sin mediar conocimiento alguno de un idioma, la única forma de descifrarlo en ausencia de información adicional, es conocer como mínimo el propósito general del texto. Asumió que el fin subyacente o *telos* de todo mensaje es el deseo de entendimiento mutuo, fin de toda comunicación en cualquier idioma humano. En este sentido, podría decirse que von Hausen es precursor de las teorías de Jürgen Habermas. El segundo axioma fue asumir que los idiomas son —en su imperfección— sumamente perfectos, y que toda obra escrita es predecible en virtud de esta cualidad óptima.

En las etapas tempranas de esta sistematización, von Hausen intentó aplicar su método al idioma cretense. Postuló que la lógica de todo idioma busca describir el mundo en el que vive el pueblo que lo desarrolló, su realidad cotidiana, sus necesidades de expresión. Von Hausen afirmó, por ejemplo, que los minoicos debían tener, en su escritura, la palabra *mar* como fonema recurrente, pues vivían en

una isla. Otras palabras comunes serían *barco, comercio, cielo, amor, locura y muerte*. Poniendo a prueba su método en la práctica, en 1935, von Hausen logró descifrar todos los escritos minoicos a los que tuvo acceso. Lo que descubrió en los textos le estremeció profundamente, y por ello decidió no revelar estas traducciones a nadie. Se hubiese llevado a la tumba el secreto terrible de los minoicos, de no ser porque el destino trajo sus manuscritos a mis manos.

Por ello es claramente comprensible que Russell creía decir la verdad en 1942 al aseverar que nadie había descifrado estos textos.

El racionalismo de von Hausen lo llevó a un grave error: no ver a tiempo el hecho evidente de que en realidad su método no era tal. Su habilidad efectivamente provenía de un don, más allá de su control y voluntad. Un simple ejercicio le habría demostrado esto desde el primer día: la fonología del idioma cretense no se conoce, y sin embargo Herman recitaba los textos con facilidad, pues los sonidos aparecían en su boca cuando se proponía leer los manuscritos. No cayó, o no quiso caer, en cuenta de esto, y siguió durante años pretendiendo que la traducción era lograda a través de un método sistemático. Esta farsa le ganaría algo de prestigio efímero y al final le costaría la vida.

Terminando sus estudios, y decidido a adquirir celebridad como lingüista para recibir una cátedra universitaria a corta edad, von Hausen prosiguió refinando su supuesto método, probándolo en textos cada vez más difíciles. Se sorprendía de su efectividad, y justificaba su creciente habilidad en términos de la práctica frecuente. Tradujo manuscritos del japonés y chino antiguos, del egipcio faraónico y del copto, de los símbolos tallados en las ruinas indígenas mesoamericanas, de las cavernas prehistóricas europeas y de las culturas perdidas de Mesopotamia. Recogió estas traducciones en varios

volúmenes, que guardó celosamente y mostró solo a unos cuantos elegidos.

Presentó, como tesis doctoral, la descripción del Método. Las pruebas irrefutables de los textos traducidos le permitieron reclamar el diploma mediante su sustentación, pero más allá de esto la publicación del método en sí fue un fracaso. La idea creó intenso interés en círculos estrechos de eruditos en lenguas antiguas, interés que desapareció rápidamente por falta de resultados a manos de terceros. Nunca nadie logró traducir nada con el Método, excepto el propio von Hausen. Incluso las SS intentaron aplicar el método, con el propósito militar de descifrar comunicaciones enemigas en tiempo de guerra, y descubrieron que el sistema era inútil.

Von Hausen se negó a aceptar lo que era obvio: que su Método solo funcionaba para él porque no existía tal método, y cometió el error —movido por el orgullo— de traducir algunos mensajes encriptados para los nazis, como muestra de su eficacia. La guerra era inminente, y en 1939 von Hausen recibió la solicitud directa del Führer de trabajar al servicio del Tercer Reich, traduciendo al alemán las comunicaciones secretas interceptadas al enemigo. Al negarse, por su natural inclinación pacifista, y tratar de escapar hacia Suiza vía Austria, fue capturado por las Waffen-SS y encerrado en una prisión en las faldas del Zugspitze, donde permaneció por años como esclavo del régimen.

Parece imposible que la habilidad de un solo hombre, aun contra su voluntad, hiciese tan importante diferencia en algo tan grande como la Segunda Guerra. Esta se peleó en varios niveles, siendo la criptología uno que vio batallas críticas. Requirió a los Aliados muchas vidas el robar máquinas encriptadoras de los alemanes, y a un colegio de genios incontables horas de brillante análisis matemático —y la invención de la primera computadora programable— el poder descifrar los mensajes

enviados con el código Enigma. Resulta espeluznante comparar estos esfuerzos titánicos con la facilidad que Herman mostraba al romper —al primer golpe de vista— cada uno de los nuevos y crecientemente complejos códigos de los Aliados.

Dos eventos relacionados con la criptología se combinaron para permitir la caída de Alemania y la victoria aliada en la guerra. El primero ya lo he mencionado: que los Aliados rompiesen el código Enigma. El segundo, que los alemanes no pudiesen descifrar el código navajo de los Norteamericanos. Poco tuvo que ver en esto la complejidad del idioma navajo: para Herman von Hausen cualquier código era inteligible de inmediato. La explicación se encuentra en la muerte de von Hausen, quien se suicidó antes de que los alemanes tuviesen la oportunidad de obligarlo a romper este código, el cual llevó a los Aliados a la victoria.

Todos los códigos anteriores al navajo habían sucumbido ante la mirada de von Hausen. Drogado con poderosas sustancias, para obligarlo a traducir contra su voluntad, revelaba mensaje tras mensaje, rompía código tras código, para beneficio de los nazis y tormento suyo.

Como se negase a dictar a los militares lo que su cerebro involuntariamente traducía al primer vistazo, fue víctima de dosis cada vez mayores. Sintió, en el febril delirio de la narcosis, que sus capacidades de inteligencia se convertían en infinitas y escapaban a su control. Los únicos momentos de descanso que tenía, entre las traducciones forzadas, los pasaba en delirios que llevaron su mente al borde de la locura. Llegó a creer que las posibilidades teóricas de los lenguajes eran infinitas, y que su mente —para abarcarlas— se hacía de poderes sin fin. Temió que cada mensaje era transmitido no en un idioma sino en infinitos, y que, por ende, cada mensaje era en

verdad infinitos mensajes. Y se convenció también de que todo lo que le rodeaba contenía un mensaje.

Es decir, von Hausen sintió que él —y todo ser humano— vaga, ignorante en extremo, en un mundo donde todo encierra un mensaje, comprendiendo apenas una fracción infinitesimalmente pequeña. Aun cuando estas imaginaciones le llegaron en horas de confusión, tienen relevancia teórica.

Permítaseme ilustrar su pensamiento con un ejemplo. La metáfora de Émile Borel habla de infinitos monos frente a infinitas máquinas de escribir. Se dice que si se les permitiese martillar las teclas eternamente, alguno de ellos escribiría algún día un soneto de Shakespeare por puro azar. Usando esta metáfora, podemos decir que von Hausen llegó a pensar, durante el interminable delirio en su celda, que cada uno de los escritos de cada uno de los monos es cada uno de los sonetos de Shakespeare. Muy pocos estarían escritos en un idioma comprensible a los humanos. Los otros, que nos parecen caracteres aleatorios, serían los sonetos escritos en idiomas incomprensibles para nosotros. Incluso sonetos no escritos por Shakespeare, aun mejores.

Según esta lógica, cada Soneto de Quevedo es, a la vez, todos los sonetos de Quevedo, y es también cada uno de los sonetos de Shakespeare, en sendos idiomas desconocidos. Los sonetos aún no escritos de los grandes poetas del futuro, y los pensamientos secretos que los genios del pasado se llevaron a la tumba: todos están escritos en este momento —pensó von Hausen— en un código ignoto, que escapa a nuestra comprensión, en cualquier texto.

Y la escritura no se da solamente mediante tinta sobre papel: le pareció a von Hausen que toda la naturaleza no era más que un cúmulo infinito de mensajes, escritos en el encaje de las nubes o de la espuma de los mares del mundo, en la distribución de las estrellas en el cielo, en las

venas diminutas de las hojas de cada árbol, en el trino de un ruiseñor, en los arabescos de una golondrina. Aun los granos de polvo que vuelan en el viento describirían elegías y cantos épicos en lenguas desconocidas, en caracteres tridimensionales, designando fonemas impronunciables para el hombre.

Las drogas que le aplicaban eran cada vez más poderosas, y sus delirios cada vez más frenéticos. Von Hausen llegó a pensar, en un supremo momento de confusión o clarividencia, que todo en el universo podría ser un único mensaje perfecto. Creyó que se trataba del mismo mensaje en diferentes idiomas: un mensaje perfecto, el mensaje único de todos los tiempos. Un mensaje tal estaría, de hecho, más allá del tiempo, y por lo tanto debía provenir de Dios. Entonces von Hausen entró en pánico, porque comprendió que —a medida que sus capacidades de decodificación aumentaban— podrían alcanzar el punto de entender este mensaje único, y temió que percibir el pensamiento de Dios sería fulminante: ¿cómo entender la condensación sin fin de todas las ideas en todos los idiomas, simultáneamente?

Desde entonces no quiso mirar a través de la ventana, temeroso de captar en un trozo de nube en el cielo, o en el revolotear de una golondrina, algunas palabras del mensaje divino. Permaneció con los ojos cerrados durante varios días, hasta que no pudo más. Entonces, dispuesto a terminar con tal suplicio, los abrió y se asomó a la ventana. Para su alivio, el cielo era solamente cielo, y las golondrinas, solo golondrinas. Pero esto no fue el fin de su tormento.

Su mente maltratada retenía las tendencias racionalistas de antaño, y se vio movido a encontrar, encerrado en aquella celda, una explicación lógica a su don. Partió de la premisa de que él, Herman von Hausen, tenía la capacidad de comprender todos los mensajes escritos

por humanos del pasado. Entonces le asaltó la sospecha de que él no estaba descifrando los textos, sino recordándolos. Y esto significaría que él era el Omega, aquel ente antiguo que —según una antigua doctrina— poseía los recuerdos de todos los humanos anteriores a sí.

Lo encontraron muerto en la celda al día siguiente. Había roto el vidrio de la ventana, cortándose las muñecas. Podría creerse que se inmoló, antes de que los nazis pudieran obligarlo a romper el nuevo código aliado, el navajo, como un último sacrificio para terminar la guerra. Sin embargo, la razón de su suicidio no fue privar a los nazis de sus capacidades de traductor: fue su íntimo temor a la posibilidad de que se descubriese que él era el Omega, y que los nazis usasen su omnisciencia para propósitos aún más temibles que la dominación de Europa. Quitarse la vida era lo mejor que el pobre prodigio —cautivo de Hitler— podía ofrecer al mundo.

Sus temores, sin embargo, eran exagerados. Él no era el Omega. Su don tenía otra naturaleza, evidente en sus traducciones, la cual no me es dada revelar en este momento.

2006

El peón

(cuento largo)

a Capablanca

CREO QUE HABRÍA DORMIDO una media hora, a la sombra de un caobo, cuando me despertó el crujir de una rama. Uno de los niños del pueblo había venido hasta la torre, y me miraba de pie como un soldadito, sucio y desnutrido, pero con aplomo. Me extendió una caja que traía bajo el brazo, y con pena me dijo:

—Don Pablo, ¿usted me podrá cambiá esto por otro juguete?

Era un juego de ajedrez, el único entre docenas de regalos que habíamos repartido en la fiesta de Navidad el día anterior. El niño, de pelo rebelde y mirada aguda, tendría unos doce años. Yo mismo le había entregado el regalo el día anterior, creyendo que por ser uno de los más grandecitos, podría apreciar el juego mejor que los más pequeños.

—¿No te gusta tu regalo? —pregunté—. Mira que a mí me gustaría mucho que me regalaran un tablero de ajedrez...

El niño volvió a contemplar la caja de colores, y la sacudió como una maraca. Cuando alzó los ojos, percibí en su rostro algo de hastío. Imaginé que, tras un día mirando de lejos a los otros niños del pueblo jugar con sus pelotas y carritos nuevos, se sentiría menoscabado con ese tablero de cuadritos y esas piecitas de formas raras. Sentí empatía en aquel momento, pero me resistí a caer en el prejuicio de pensar que un

niño pobre de una aldea remota en un país de tercer mundo no puede apreciar la belleza de los escaques.

—¿Sabes al menos cómo se juega?

Negó con la cabeza, tímidamente, sin mirarme. En la pantalla de mi computadora portátil, vi que la barra de progreso indicaba cuarenta y cinco por ciento de avance en la configuración del radio microondas que habíamos instalado Jorge y yo esa mañana. «A este ritmo —pensé— falta por lo menos una hora más para que termine de configurarse». Sabiéndome poseedor de un buen lapso de tiempo libre, decidí hacer del mundo un mejor lugar, enseñando a ese pequeño lombricento las reglas del juego inmortal.

—Ven, que te enseñe —le dije.

Como quien recibe la orden de hacer tarea, se sentó con desgano frente a mí. Me estiré un poco, para terminar de despertarme, y vacié el contenido de la caja en la mesa de madera que nos había prestado el día anterior don Felipe, el maestro de la escuela primaria.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, mientras separaba las piezas por color y clase.

—Manuel —me respondió parco.

—¿Y esa es tu hermanita? —inquirí, apuntando a una niña más chica, de unos siete u ocho años, que había llegado un segundo antes, con una pelota de futbol en las manos y un aire de nada que hacer.

—Es mi prima. Se llama María del Carmen, pero le decimos Mari.

—Bueno, presten atención los dos, que les voy a enseñar cómo se juega al ajedrez.

María soltó la pelota y se enfocó en el tablero. Manuel repitió su gesto de tedio y siguió con los ojos la pelota que rodaba perezosa hasta el pie de la torre.

Tras una breve introducción, donde hice referencia al origen desconocido y antiguo del juego, demostré a los dos niños el movimiento de cada pieza: el rey, la dama, el alfil, el caballo, la torre y, finalmente, el peón.

—Peón como papa —acotó Mari, lamiéndose, en el sudor del labio superior, algo de moco y de tierra del camino.

—Sí, peón como tu papá —respondí, aunque no conocía al padre—. Los peones son muy importantes en el ajedrez —agregué, tratando de darle a mi joven audiencia algo que los conectara al juego.

Cuando llegó el momento de explicar el jaque, el mate y las tablas, Manuel ya andaba trepando las ramas del caobo con la mirada, buscando alguna iguana escondida entre las hojas. Mari, al contrario, se mantuvo embebida aun durante la árida explicación del peón al paso y del enroque largo y corto.

—Bueno... esas son todas las reglas del juego, Manuel. Ahora puedes regresar al pueblo y enseñárselas a algún amiguito de tu edad, para que jueguen el primer partido, ¿te parece?

Manuel, que escuchó su nombre, tomó unos segundos para conectarse de vuelta a la conversación de la mesa, y se quedó pensando en silencio, echándole miradas cortas a la pelota de fútbol.

—¿No le queda otra pelota? —me preguntó, casi suplicando que lo librara de aquella penitencia.

—Manue, cogé la mía y yo me quedo con er ajendré... —propuso María, para mi sorpresa.

No había terminado de hablar la niña cuando ya Manuel había agarrado la pelota y salido corriendo de vuelta hacia el pueblo, despidiéndose con un largo grito de «Nos vemos, don Paaablooo...»

Miré a María del Carmen, con algo de escepticismo. Siendo que le había tocado una pelota en la repartición, no era muy probable que se

arrepintiese de haber hecho aquel canje. Pero en el fondo pensé que tal vez debíamos haberle regalado una muñeca a la pobre niña, en primera instancia. En esos pensamientos estaba cuando apareció Jorge, con un racimo de pipas verdes y un machete.

—¡Voy retando! —gritó, riéndose.

—Si quieres echamos un partido de una vez —respondí—, porque el alumno se me fue huyendo.

Jorge abrió tres pipas, vertió el agua en nuestras cantimploras y en un vaso para la niña, y se sentó frente al tablero. Ante mi apertura de peón de rey, Jorge escogió una línea de la siciliana, el dragón hiperacelerado, que había aprendido en un libro y venía puliendo desde hace meses. Jorge y yo jugábamos ajedrez regularmente, y nos conocíamos las mañas. Durante nuestros viajes de campo, instalando antenas de microonda para dotar de Internet a las escuelas de rincones remotos del país, nos sobraba tiempo para largos y virulentos partidos. Habíamos *birriado* esta línea de apertura muchas veces antes, por lo que las primeras movidas fueron rápidas. Pero entrando en la batalla, un ritmo más lento se apoderó del juego.

Para mi desilusión, el primero terminó en tablas por jaque perpetuo a la altura de la movida treinta y pico. Hubiera preferido un mate, para que María, que había contemplado en silencio el tablero durante la media hora que duró el juego, presenciara algo de sangre que le avivase el interés.

Viramos los colores y empezamos un nuevo partido. Para mi alegría, este lo gané de forma convincente: un Ruy López abierto que desembocó en un agresivo ataque al flanco de rey de Jorge, con un final muy interesante donde el rey de Jorge no pudo detener el avance de dos de mis peones. Derrotado, Jorge se puso de pie y me dio la mano:

—Buen partido —me dijo—. Me voy a cambiarle el agua al canario y a partir otras pipas, para limpiar los riñones. Ahora te toca jugar a ti, hija —agregó, dándole a María el asiento—. El que pierde se para, y el que va retando se sienta.

María se sentó frente a mí, con las piezas negras, pues como ganador yo tenía derecho a las blancas.

—¿Quieres jugar? —le pregunté. María se encogió de hombros y asintió con modestia—. Vamos a que juegues tu primer partido. Yo te refresco las reglas si no te acuerdas. Y dale sin miedo, que a jugar se aprende jugando...

Abrí con peón de rey, y María me respondió con siciliana. «Muy bien —pensé—, está imitando las movidas de Jorge». Durante los primeros diez turnos, para mi sorpresa, siguió repitiendo una por una las movidas que Jorge había hecho en el juego anterior, todas en la línea principal del dragón hiperacelerado. «Tiene muy buena memoria la niña —me dije—, eso es bueno. Pero yo quiero que piense por su cuenta, para que aprenda a jugar». Decidí entonces salirme de la línea, y realicé una movida distinta a la que había usado contra Jorge, quien ya había regresado de orinar y había traído una nueva ronda de agua de pipa.

—¿Están analizando el partido anterior? —preguntó Jorge.

—No, es un juego nuevo —respondí.

Jorge levantó las cejas, y se acercó al tablero.

—¿Estás saliéndote del *book*? —inquirió.

—Para forzar a la periquita esta a dejar de repetir tus movidas y jugar por su cuenta.

Indiferente a mi comentario cáustico, María respondió de inmediato con una movida agresiva.

—Así no se debe jugar, Mari —le dije, aprovechando para darle una lección sobre el juego—. Tienes que pensar tus movidas antes de hacerlas, porque el ajedrez es un juego de pensamiento.

—Pero mira que no es mala la movida —señaló Jorge, tras analizarla en silencio.

A mi respuesta, que me tomó unos dos minutos, volvió María a contestar rápidamente, y así por varias movidas más, hasta que mi posición comenzó a lucir menos prometedor que la de mi joven contrincante. Jorge comenzó a reír:

—¡Cuidao, pué, que esta zambita no es manca! —disparó Jorge, sacando una libreta—. Déjame anotar estas movidas. ¿Hace cuánto le enseñaste a jugar?

María se paró de súbito.

—Voy a cambiarle el agua al canario.

En su ausencia, Jorge y yo discutimos la posición y concurrimos en que María se encontraba en una posición perfectamente sólida, mientras que mi rey estaba comenzando a recibir más atención de la que debería de parte de las piezas contrarias. Discutimos entre los dos —algo no muy ético— cuál sería mi mejor respuesta en esa coyuntura.

Cuando María regresó, ejecuté esa movida en el tablero. La niña ripostó enseguida:

—Jaque.

En efecto. Un jaque a la descubierta, que a primera vista parecía no tener mayor veneno. Respondí.

—Jaque —repitió mi contrincante, tras mover rápidamente, con la misma voz fría de la primera vez.

En este punto, Jorge y yo nos acercamos más al tablero, y luego nos miramos en silencio. Una cacería de rey se estaba insinuando poco a poco. Moví. María volvió a jaquearme, capturando mi caballo al mismo

tiempo. De ahí en adelante, una cascada de jaques forzaron a mi rey desde su esquina hasta el medio del tablero, donde un alfil y una torre de María del Carmen lo finiquitaron nítidamente.

—Maque —dijo la niña.

Jorge se tiró en el suelo, con un ataque de risa. Yo me paré del tablero, cubriéndome la boca con ambas manos.

—Se dice *mate*, no *maque* —corrigió Jorge, casi ahogado de reírse.

—No se ría, que ahora le toca a usted... —sentenció María del Carmen, señalando a Jorge con su pequeño dedo sucio, mojado en agua de pipa.



El maestro, don Felipe, nos trajo una batea con tres vasos de guarapo y media docena de panes de maíz. Se sacudió la mano derecha, posiblemente para relajar la muñeca, tras haber pasado toda la mañana tomando notas sobre cómo usar la conexión de Internet en la computadora nueva de la escuelita. Creamos cuentas de correo electrónico para el maestro y cada uno de los estudiantes del cuadro de honor. En un pequeño seminario, les enseñamos cómo buscar información básica en Google.

De acuerdo con su tradición, Jorge —que tiene la cara de palo— le dio al maestro del pueblo una sesión aparte, para enseñarle cómo encontrar fotografías interesantes de féminas en vestimenta escasa, «cuando la computadora estuviese ociosa». Con la mayor seriedad en el rostro, Jorge me aseguraba que esto brindaba a los maestros un incentivo personal para mantener la conexión de Internet funcionando bien, «lo que beneficia al proyecto en el largo plazo».

Sea como sea, la conexión a la red era un evento importante, pues por primera vez, la escuela primaria Francisco Gutiérrez tendría una ventana cibernética al mundo que la rodeaba. El proyecto de la antena microondas y la computadora había sido financiado con un paquete de ayuda de un gobierno extranjero. Pero la fiesta de Navidad, simultánea a la instalación del equipo, y sus respectivos regalos habían venido cortesía del legislador de turno, que con el desinteresado gesto buscaba de soslayo asociar su nombre al acontecimiento, confiando que los votantes de Llanos de Mensabé se acordarían de él en las elecciones del siguiente año.

Antes de irnos, había querido conversar con don Felipe sobre los eventos del día anterior. Le conté del incidente bajo el caobo, de cómo María del Carmen, su estudiante de segundo grado, había aprendido a jugar ajedrez en unos cuantos minutos, y nos había derrotado a su gusto en una docena de juegos al hilo. El maestro, que entendía apenas parcialmente lo que esto significaba, trataba de encontrarle una explicación al fenómeno.

—¿No será que este sinvergüenza —dijo señalando a Jorge— le estaba soplando las movidas?

—¡Qué va! Jorge no juega tan bien como esa niña. Yo jamás había visto algo así —respondí.

—Y supongo que doce juegos ganados uno detrás del otro no pueden ser coincidencia...

—Nunca —acotó Jorge—. Sería como ganarse los tres premios de la extraordinaria doce veces seguidas, con un solo billete en cada sorteo. ¡Es imposible!

El maestro calló. Sorbió el guarapo del vaso de aluminio, y miró por la puerta abierta. En la plaza del pueblo, frente a la mustia iglesia,

jugaban los niños con la pelota de Manuel, entre ellos María del Carmen, en un vestido rosa sucio y sudado.

—Bueno, Mari es una estudiante muy callada. No ha demostrado en la clase una inteligencia superior, digamos, a los otros niños de su edad. Es promedio en muchos sentidos.

—Podría ser un talento específico para el ajedrez. Esos casos se han dado —respondió Jorge—: están Capablanca, Reshevsky, Fischer, Carlsen...

—Pero creo que ninguno de ellos era tan bueno a tan temprana edad —acoté—. ¿Siete años? Por Dios.

—¿Y la niña juega muy bien, dicen ustedes? —preguntó el maestro, todavía incrédulo.

—No es que juegue bien, don Felipe, es que juega perfecto. Mire, Jorge y yo nos turnamos anotando las movidas de cada uno de los partidos. Jorge tiene un programa que analiza movidas de ajedrez, y en la noche puso la computadora a estudiar las movidas de María. El programa indica que la niña no cometió ningún error en doce partidos. Trescientas movidas perfectas, una detrás de la otra. Ni siquiera Capablanca, el jugador más talentoso en la historia del juego, era tan bueno a esta edad. María podría ser un caso sin precedentes.

El maestro guarda silencio. La magnitud de nuestro mensaje había apenas empezado a asentarse en su cerebro.

—Yo de ajedrez no sé nada —dijo al fin—. No sé qué valor o qué futuro puede tener una habilidad como esta. ¿Qué creen que debemos hacer al respecto?

Jorge y yo guardamos silencio. La pregunta nos agarró desprevenidos, pues nosotros estábamos en los Llanos de Mensabé como contratistas del gobierno para el proyecto de la antena, no como representantes del Ministerio de Educación. Pero era fácil entender lo

que el maestro quería decir: le estábamos revelando que uno de sus alumnos tenía un don especial, y le abrumaba la idea de no ayudar a la niña a aprovecharlo de la mejor forma posible.

—Bueno —dijo Jorge—, yo estuve pensando mucho anoche. Casi no pude dormir. Jamás había visto algo como esto. Pensé en el Torneo Nacional, que es el mes que viene, pero no sé si las inscripciones todavía estén abiertas. Si no, hay torneos internacionales abiertos, donde los premios son de miles de dólares, pero no sé si niños tan chiquitos pueden participar. Tendría que averiguar...

—Lo que Jorge quiere decir —le dije al maestro, interrumpiendo a Jorge— es que esto puede cambiarle la vida a María y a su familia. Va mucho más allá de un torneo nacional o internacional. Es una oportunidad para que María salga adelante, se haga de un nombre en el mundo, ayude a sus hermanos a estudiar... Aparte de los premios, podría recibir becas para asistir a una buena escuela, y luego a una buena universidad en el extranjero. Si lo que pasó ayer no fue una anomalía, sino el resultado de su talento, no hay límites para lo que María puede conseguir con el tablero.



El tono de espera sonó unas cinco o seis veces antes de que contestaran. Al otro lado, la voz áspera y honda me indicó que Fulgencio seguramente estaba durmiendo la goma cuando lo despertó el teléfono.

—Maestro Fulgencio —le dije, distorsionando su nombre en la forma típica de nuestros saludos—. Le tengo una sorpresa que lo va a tumbar de la silla.

—¿Quién habla? ¿El maestro Pablov?

Eso de *maestro* me lo decía por cariño, porque yo apenas si era un jugador clase A. Fulgencio, sin embargo, sí tenía el título de maestro internacional de ajedrez, uno de los pocos en Panamá que habían logrado llegar a ese nivel, superior al escalón de maestro nacional.

—*Brother*, te encontré al primer gran maestro panameño. Es una niña. Te la voy a llevar al club. ¿Cuándo vas a estar por ahí?

—¿El primer qué? ¿Cómo así que lo encontraste? No sé de qué carajo me estás hablando, Pablo, pero si quieres venir a la *birria*, esta tarde los pelaos y yo vamos a estar entrenando para el Nacional. Puedes llegar al club si quieres.

Los «pelaos» eran la Selección Nacional de Ajedrez, que —tal y como yo esperaba— estaban entrenando para el Campeonato Nacional, con Fulgencio como entrenador. Simultáneamente con la categoría abierta —compuesta casi exclusivamente de varones adultos—, se realizarían campeonatos en las categorías infantiles y juveniles.

Llegamos al club temprano, media hora antes de la hora oficial de la práctica. Quería hablar con Fulgencio antes de que llegaran los demás miembros del equipo. Además, quería que María del Carmen y su mamá se aclimataran al sitio, y al ambiente ruidoso y desordenado del club. Para madre e hija, era la primera vez que visitaban la capital, y de hecho la primera vez que salían de Llanos de Mensabé.

Doña Alicia, la madre de María del Carmen, se sentó en silencio en una silla, en una esquina, con su bolso de mano sobre el regazo. Era una mujer delgada y callada, no muy alta, y envejecida precozmente por el trabajo duro de la vida en el campo. María del Carmen andaba con una bolsa de boliqueso, los dedos manchados de amarillo, caminando por el club, mirándolo todo.

—Te traigo a alguien para que la inscribas en la categoría abierta del Campeonato Nacional —le dije a Fulgencio.

—¿Quién? ¿La niña? Pero maestro Pablov, para eso está la categoría infantil femenina. Ahí puede competir con otras niñas. Está muy chiquita... ¿ya sabe jugar?

Fulgencio miró a María del Carmen, que de mala gana estaba dejando limpiarse los dedos con una toalla húmeda que traía su madre. Me miró entonces a mí, y me dijo:

—Mejor para el próximo año. Yo te aviso con tiempo para que...

—Fulgencio —lo interrumpí—, quiero hacerte una propuesta. Juega un partido con la niña. Si tú le ganas, te doy mil dólares.

—¡Jo! El maestro Pablov tiene ganas de perder plata hoy —replicó Fulgencio riendo bulliciosamente, con el rostro congestionado.

Fulgencio andaba siempre corto de dinero. Varias veces en el pasado había tenido que prestarle de apuro para pagar la pensión alimenticia de algunos hijos que tenía regados por el mundo. La última cuenta que supe era seis hijos con tres mujeres distintas. Su salario de profesor de Educación Física no le alcanzaba siquiera para los tres que tenía en la casa. Yo sabía, entonces, que tentarlos con dinero era una forma segura de que aceptara el absurdo reto que le proponía.

—Pero si la niña te gana, quiero que tú mismo la inscribas en la categoría abierta del Campeonato Nacional. ¿De acuerdo?

—Mira, la práctica comienza en veinte minutos, así que te voy a seguir la corriente, pero tiene que ser uno rápido, a diez por bando.

Llamé a María del Carmen y la senté frente a un tablero. Tuve que convencer a la madre que dejara a la niña pararse sobre el asiento, para ver mejor.

—Estas fichas son más grandes —comentó María. Luego, mirando a Fulgencio, le preguntó—: ¿Usted también juega ajendré?

Fulgencio, que estaba preparando las fichas sobre el tablero, y ajustando el reloj a diez minutos para cada jugador, solo se sonrió. Le cedió las fichas blancas a María, para darle la ventaja de la primera movida.

—El señor es un maestro de ajedrez, María —le respondí.

Giré el tablero para darle las blancas a Fulgencio, quien me miró con una expresión de «como gustes», y abrió moviendo un cuadro el peón de alfil de rey. María, que no había visto esta apertura nunca, pues ni Jorge ni yo la jugamos por considerarla inferior, respondió con aplomo y en su característico estilo rápido.

—Cuando mueves, tienes que apretar el botón del reloj, María —le dije.

Con su manita, todavía manchada de queso amarillo, María le dio un golpecito a la perilla negra, que se hundió y echó a andar el tiempo del contrincante. Fulgencio, en parte por estar acostumbrado a jugar rápido en el club, y en parte para impresionar a la niña, respondió también rápidamente, sin pensarlo. Sacudía el muslo derecho insistentemente, con una mano en la mejilla. Así pasaron las primeras diez movidas, Fulgencio echándole miradas cortas a la niña, y María enfocada completamente en el tablero.

A la altura de la movida quince, Fulgencio trató un ataque prematuro contra el flanco de dama, que la niña castigó capturando un peón. Fulgencio, contrariado, se chupó el labio y me miró.

—Vamos a ver, Pablo, ¿dónde está el truco? ¿Le estás soplando las movidas? ¿Qué tienes ahí en la mano, una computadora?

Le mostré a Fulgencio lo que tenía en la mano: una inocente libreta de papel, donde estaba anotando el partido.

—Juega —le espeté.

Fulgencio volvió al juego, y pensó durante largo rato. Tras una pausa, intentó una combinación para recuperar el peón. Pero María la refutó rápidamente, ganando una pieza en unas cuantas movidas más. El reloj de Fulgencio en este punto indicaba que le quedaban solo dos minutos, mientras que el de María del Carmen todavía tenía nueve de los diez minutos disponibles.

—¿De dónde sacaste a esta niña? —me preguntó Fulgencio.

—De un pueblito al que no has oído mencionar en tu vida, compadre.

Fulgencio peleó por unas quince movidas más, poniéndose de pie para ver mejor el tablero. Al final, con una torre arriba, María del Carmen amenazaba darle un pronto mate en la octava fila al rey blanco. En este punto, Fulgencio lo tumbó, indicando que se rendía. Ya casi no le quedaba tiempo a su reloj, y de todas formas el mate era inminente. María del Carmen se puso de pie, y le extendió la mano:

—Buen partido —dijo.

Fulgencio le estrechó con cuidado la manito delicada, con una expresión de espanto en el rostro, como si hubiera presenciado la resurrección de Lázaro. Alrededor de la mesa se encontraban unas quince personas que venían a la práctica, y que habían quedado cautivos ante el espectáculo del tercer mejor jugador del país siendo derrotado por una niña de siete años con los dedos manchados de boliqueso y con mocos en las ventanas de la nariz.

—Maestro Pablov, creo que usted me está tomando el pelo —me dijo Fulgencio—. De alguna forma estabas diciéndole a la niña qué jugar. No sé cómo lo hiciste, pero es la única explicación.

—Te lo juro que no.

—Pero es que... bueno. Vamos a ver —dijo, riendo.

—Recuerda lo que me prometiste —le insistí.

—Sí, pero eso fue antes de que supiera que ibas a hacer trampa —me dijo, con un timbre de duda y mirando a la niña de reojo.

—Fulgencio, esto es real. La niña jugó sola...

Sin decir palabra, el maestro armó dieciséis tableros, cuatro en cada una de sendas mesas que se encontraban en el salón principal del club. Luego instruyó a los ocho mejores miembros de la categoría abierta y a las ocho mejores jugadoras de la categoría femenina adulta, que ya habían llegado para la práctica, sentarse en el lado de las blancas de cada tablero.

—Jóvenes ilustres —anunció Fulgencio—, este señor que está aquí es mi amigo, el ingeniero Pablo Escudero. Yo estoy convencido de que Pablo quiere verme la cara de pendejo. Ha traído a una niñita desde canto del rayo, y dice que le ha enseñado a jugar ajedrez. Ustedes vieron la limpia que me acaban de meter, y yo voy a averiguar cómo lo está haciendo. Así que vamos a hacer una simultánea: la selección abierta en este lado, la femenina en este otro. Tomen ustedes las blancas. Pónganle una hora a su reloj y diez minutos al reloj contrario.

Fulgencio me miró fijamente. Semejantes condiciones adversas son inauditas en una simultánea. La idea de una simultánea es que un maestro juegue contra múltiples jugadores inferiores a la vez. Tradicionalmente, el maestro recibe las blancas, y los relojes marcan al menos igual tiempo para ambos bandos. Pero Fulgencio estaba haciendo todo al contrario: maestros nacionales jugarían contra una niña que había aprendido las movidas hace menos de dos semanas, donde el lado considerado más débil recibía las fichas negras y apenas un sexto del tiempo en el reloj.

Aplacando las protestas de algunos jugadores que veían las condiciones como una injusticia, y de otros que pensaban que todo el

asunto era una pérdida de tiempo, Fulgencio inició todos los relojes, y ordenó:

—Jueguen. Si Pablo y la niña están haciendo trampa con una computadora, el truco les va a fallar en una simultánea. Y tú —agregó, mirándome a mí—, tú te paras al lado mío, con las manos en la espalda.

Me di cuenta de que Fulgencio estaba, al mismo tiempo, afrentado por la derrota y admirado por lo que él pensaba era un truco, y no me quería dejar «salirme con la mía».

—¿Y si la niña gana de nuevo? —pregunté.

Un revoloteo de risas recorrió el salón. Conociendo a Fulgencio, tiene que haber pensado: «Si la niña gana, me la corto». Pero me respondió:

—Si gana todos los partidos, yo mismo le pago el boleto de avión para el Zonal en Guatemala —me respondió—. El tiempo está corriendo...

Miré a María del Carmen, quien estaba despachando un tercer paquete de boliqueso.

—¿Qué significa *simultánea*? —me preguntó.

—Significa que vas a jugar contra todos ellos al mismo tiempo. Tienes que acordarte de apretar el reloj cuando mueves, porque el tiempo está corriendo.

María se acercó al primero de los tableros. El flanco blanco ya había realizado la primera movida: peón de dama. María movió y apretó el botón del reloj. El círculo plástico negro quedó manchado de brusquitas amarillas. Dio tres pasos a la derecha, echó un vistazo al segundo tablero, que mostraba una apertura inglesa, movió y apretó el reloj. Así, en círculos, siguió caminando y moviendo al instante, en un despliegue alucinante de *veni, vidi, vici* durante varias horas, ante la mirada voraz y fascinada de Fulgencio.



Terminé de apretar la última tuerca del plato del microondas, y guardé el destornillador en el cinto. Remecí el plato suavemente, para verificar que estaba firmemente sujeto a la torre. Cuando iba a bajar, sonó el teléfono celular.

—¿Pablo Escudero?

—Dígame —respondí.

—Le habla Jacinto Solís, ministro de la Presidencia.

Tras unos segundos en silencio, respondí:

—Dígame, señor ministro, en qué puedo servirle.

—¿Conoce usted al señor Fulgencio Correa?

—Sí, lo conozco desde hace tiempo.

—¿Conoce usted a María del Carmen Ochoa?

—Sí, la conocí hace un año. ¿Pasa algo malo, señor ministro?

—Usted me dirá. ¿Es cierto que usted le enseñó a María del Carmen a jugar ajedrez?

—Bueno... —respondí— yo le enseñé a mover las piezas.

Un incómodo silencio dominó los siguientes segundos.

—¿Tiene algo que decirme sobre el estilo de juego de la niña?
—preguntó el ministro.

—Pues que es perfecto, diría yo. Hasta donde sé, no ha perdido nunca ningún partido.

—Ningún partido, en efecto —interrumpió el ministro—. La niña resultó invicta en el Campeonato Continental, y se calificó de primera en el Torneo de Candidatos, sin perder un solo partido. Ahora es considerada favorita para el Campeonato Mundial.

Yo sabía todo esto, pues estaba en todos los diarios del país. No sabía qué responder.

—¿No encuentra nada raro en esto? —inquirió el ministro.

—Pues es algo único, señor ministro, algo que no tiene precedentes.

—Dígale eso al agente de Vesselyn Topalov. La Federación Búlgara de Ajedrez ha interpuesto una protesta oficial contra la Federación Panameña, arguyendo que María del Carmen fue asistida por una computadora remota durante su partido contra el campeón búlgaro.

—Pero eso es ridículo. Además, María del Carmen juega mejor que cualquier computadora.

—Ayer en la tarde, la niña fue sometida a un examen riguroso de resonancia magnética, buscando electrodos, audífonos u otros elementos foráneos que pudiesen haber sido instalados en su cuerpo para asistirle con el juego.

—Por supuesto no encontraron nada —me adelanté.

—Nada. Está limpia. Y muy sana, al parecer.

Tras decir eso, la voz al otro lado del teléfono guardó silencio.

—¿Usted me está llamando por algo en particular, señor ministro?

—El señor presidente está haciendo preparativos. María del Carmen no ha perdido un solo partido hasta ahora, incluso contra los jugadores más fuertes del mundo. Yo no sé nada de ajedrez, pero he leído reportes de expertos que indican que, si continúa con ese nivel de juego, el Campeonato Mundial será suyo. ¿Sabe lo que eso significa?

—Creo que sí.

—Significa el primer campeón mundial de ajedrez panameño. Significa la primera mujer en ganar el Campeonato Mundial abierto. Significa el primer jugador que se corona campeón mundial sin haber terminado siquiera la hijueputa escuela primaria. ¡Eso es lo que significa! ¿Usted me entiende?

—Le entiendo perfectamente. Es algo muy grande para el país.

—Y el presidente va a estar ahí, en primera fila, al lado de la niña. Habrá eventos, habrá discursos, habrá cámaras. Si la niña está haciendo trampa, dígamelo ahora, señor Escudero, antes de que el presidente haga el ridículo.

—Yo le aseguro... es más, le juro por la vida de mi santa madre, que María del Carmen jamás ha sido asistida por nada ni por nadie, y que cada partido que gana, lo gana por sí misma.

Escuché una exhalación de alivio en el auricular.

—Eso es lo que quería escuchar.

Otra larga pausa siguió a su comentario.

—Bueno, señor Escudero, no le quito más tiempo.

—A la orden siempre, señor ministro.

—Una cosa más... —agregó—: gracias por encontrar a María del Carmen.

—Gracias a ustedes por apoyarla.

Tras un breve chasquido, la línea quedó en silencio. Guardé el celular en el cinto, y agarrándome fuerte de la torre con ambas manos, como abrazando la estructura de hierro, respiré hondo y medité por largo rato. Levanté la vista entonces, y miré hacia el horizonte. La torre se erguía sobre una loma, en un sitio alto llamado Los Búhos. Hacia el sur se abría el Pacífico, infinito y nebuloso, de un azul triste, indeciso. Hacia el norte, el monte virgen, de un verde hondo, tupido hasta donde llegaba la vista. Al pie de la torre, Jorge tomaba una siesta en un catre de campaña, cubriéndose los ojos con una almohada.

Medio kilómetro más abajo, al pie de la loma, distinguí la figura de tres hombres. Los había visto pasar esa mañana, con sus pantalones de diablo fuerte y sus camisas de manta sucia, los machetes afilados y la totuma con agua de la quebrada fresca. Salomando, feroces con el

garabato y el *colin*, los tres peones despachaban la maleza de un potrero bajo el sol inmisericorde del mediodía.

Pensé en María del Carmen, y en cómo pronto su vida cambiaría para siempre. Tendría el mundo a sus pies. Y sin embargo, habría acusaciones en su contra, que solo el tiempo podría despejar, reivindicando su nombre. Pensé en su inocencia, y su talento, ambos sin límite. Y dudé. ¿Habríamos hecho lo correcto Jorge y yo al hablar con el maestro de escuela y revelarle el talento de María del Carmen? ¿No hubiese sido mejor dejarla tranquila, paloma perdida en el monte, viviendo su vida de niña, y luego de esposa y madre campesina en los Llanos de Mensabé?

Pensé en su padre, peón rústico y humilde, levantándose al amanecer para ir al potrero a tumbar monte, manteniendo la energía con trozos de raspadura y grandes tragos de agua fresca. Pensé en su madre, Alicia, envejecida por el trabajo del pobre, lavando ropa en la quebrada, cocinando tortillas changas en la arcilla plana sobre el fogón, con los hijos pegados en las tetas secas, la mirada perdida en la casa de quincha. Pensé en mí mismo, en la cúspide de aquella torre, trabajando de sol a sol, todos los días, domingos y feriados, ganándome la vida.

«Todos somos peones en este juego», fue la frase que me vino al pensamiento. También María del Carmen lo era. «Este es nuestro destino». Contemplando el trío de peones en el monte, me consoló pensar que Mari podría al menos llegar ahora a ser la reina en el tablero de su vida.

2008

El amor del último retoño

(cuento largo)

a Giovanna Paola Donado Stefani

I

DESDE VARIOS DÍAS ANTES de la tragedia, la gente se abarrotaba a lo largo de la baranda del puente para ver los elefantes del circo que había llegado al pueblo hacía poco, sumergirse hasta dos brazas de profundidad, aspirar agua con sus trompas largas (imposibles de asimilar para aquella gente) y luego dejarla salir a fuertes chorros como una regadera sobre sus cuerpos polvorientos y arrugados. Esa tarde, la tarde que se escapó un elefante por los montes, la cantidad de gente que había venido a verlos bañarse en el río era inmensa, tanta que ni siquiera para tiempos de carnaval, en las tunas de Calle Arriba, se había visto en ese pueblo tanta gente reunida alrededor de un solo lugar; tanta que ya no pudieron pasar los carros por el puente, pues el tumulto ocupaba toda la vía y las personas que necesitaban pasar de un lado a otro no tenían otra opción más que cruzar el río a nado; tanta que los mismos africanos del circo, que robaron aquellas bestias de las sabanas plácidas en el lejano continente para enseñarles a hacer boberías bajo una carpa de circo, y que los trajeron caminando por el borde de la carretera desde el lugar donde estaba el circo hasta el río para que se

bañaran, se espantaron al ver la muchedumbre que se asomaba desde el puente cuando se empezó a doblar bajo el peso de tantos mirones.

Los africanos azuzaron a la horda mansa para que saliera del río, para así regresar al circo antes de que llegara más gente a mirar, pero no lo lograron a tiempo, pues el puente de cemento y vigas de acero cedió ante la carga insostenible de tantos espectadores arrimados, y se desplomó sobre el río, causando la catástrofe más grande que recuerde el pueblo de La Villa de Los Santos en toda su historia. Dos elefantes murieron aplastados bajo el concreto (sin llegar a ver el día en que se pudiera cumplir su callado sueño de regresar al África para ser libres otra vez), otros tres huyeron despavoridos por los caminos del pueblo, metiéndose en las casas y trastornando completamente la paz de los ancianos, y otro más corrió asustado hacia los pajonales altos de la ribera, perdiéndose en el monte. De los catorce hombres, veintitrés mujeres y ciento ochenta y siete niños que murieron entre ahogados y despachurrados, apenas si se recuperó la mitad de los cadáveres, pues la corriente los arrastró en tal cantidad y de tal forma que aun varias semanas después era común para los pescadores de los alrededores, encontrar los cadáveres de parientes y conocidos enredados en los trasmallos que tendían durante la noche.

Al día siguiente, el circo, con sus cebras, camellos, payasos, leones, tigres, enanos y malabaristas, y con la mitad de sus elefantes (pues no tuvieron tiempo los africanos de buscar al que se perdió en el monte), recogió sus carpas, enrolló sus guirnaldas de colores y abandonó el revuelto pueblo de La Villa de Los Santos, para siempre. Nunca más se atreverían a regresar con su función y sus elefantes, así como tampoco se atrevieron a acampar en los pueblos vecinos. Se fueron con prisa, quién sabe adónde, dejando en el sitio donde se habían establecido una gran pila de basura y un persistente olor a caca de elefante que por

varios meses se encargó de recordarles a los santefios la gran desgracia sucedida.

Era una desgracia, no solamente porque murieron muchos hombres, mujeres y niños (que, al igual que todos los hombres, mujeres y niños que de esta manera mueren, resultaron ser los más buenos y virtuosos que en aquel pueblo hubiesen vivido), y no solamente porque se dio en el pueblo una terrible hambruna por lo difícil que resultaba hacer flotar los camiones cargados de comida sobre las canoas frágiles para cruzarlos al otro lado del río, sino también porque por muchos días no fue posible beber de sus aguas ni bañarse siquiera en ellas por la abundante sangre de mirones y elefantes que quedó estancada en su lento cauce. Esto sin mencionar que los hombres temerosos se negaban a trabajar en el campo debido a los rumores de que «por allí anda el elefante que se perdió el otro día» y «te lo juro que ayer lo vi encaramao en las palmas de la finca de Lito Pérez, tumbando pipas con la trompa». Todo lo divertido que parecía ser el asunto con eso de ver a las viejas en camisón y con rollos en la cabeza corriendo como gallinas espantadas, huyéndoles a los elefantes que se metían en las casas rompiendo las puertas y llenando los cuartos de aquel apestoso olor, dejó de ser tan divertido cuando la gente del pueblo contó a sus muertos y pasó varios días sin comer y sin tomar agua, y entonces decidieron que era un precio muy alto el estar incompletos, sin puente y pasando hambre, por querer ver desde arriba a unos mugrosos elefantes de mierda que solo les habían traído sustos, muertos y una peste del mismo infierno.

Los alborotos por la desgracia fueron tan grandes que hasta los oídos del alcalde llegaron los relatos del puente caído, de los muertos y del elefante deambulante; y tal era la preocupación del pueblo por la posibilidad de que esta tragedia se repitiese algún día, que por primera

vez en los muchos años que llevaba el mandatario metido en una oficina con aire acondicionado, dejando las cosas para otro día, temió que si no tomaba inmediatamente una posición firme al respecto, sería derrocado por negligencia. Así que se apresuró a dictarle a su secretaria, que en todos los años anteriores no había hecho otra cosa fuera de pintarse las uñas con el teléfono entre el cuello y el hombro, una resolución oficial en la que expresaba un gran dolor de parte del Estado por la terrible pérdida de los dos magníficos elefantes africanos que sacrificaron sus vidas intentando amortiguar la caída de los cientos de mirones que los contemplaban desde el puente que se desplomó. Pero viendo que esta resolución no logró aplacar las ansias del pueblo, dictó un Solemne Decreto Alcaldicio que se puso de inmediato en vigencia y que se promulgó a los cuatro vientos, prohibiendo en él, de forma definitiva e irrevocable, sobre todo el territorio que comprendía la Heroica Villa de Los Santos, la llegada y establecimiento de circos y otros espectáculos ambulantes que portaran consigo elefantes u otros animales propensos a ser bañados bajo los puentes.

Mientras tanto, el elefante que se había escapado entre la hierba aquella tarde, había llegado lejos del lugar en donde el puente se desplomó. Recorrió con su paso lento y su corpulento balanceo, los potreros y los caseríos de la gente pobre que vivía cerca del río, arrastrando a su paso las cercas de alambre y tumbando los ranchos de pencas cada vez que con su inocencia y candidez pretendía entrar donde estaban las personas para sentirse protegido y amparado por una familia, para no seguir a merced de los peligros de aquel mundo de locos en donde los puentes se caían sobre los elefantes inocentes que nunca volverían al África para ser libres otra vez.

Vagó durante varias semanas, comiendo hierbas durante el día, y echándose de medio lado durante la noche —para contemplar en

silencio el lejano titilar de las estrellas— hasta que llegó a un sitio, cerca de una gran casa blanca y roja, donde una vieja estaba sentada frente a unos baldes con ropa mojada, y con la mirada perdida en un punto vacío del espacio. Era Geña, la lavandera de toda la vida de la casa de los Pérez Franco, una mujer pequeña y delgada, de cara arrugada y de una expresión de angustiosa ausencia que le daba la apariencia de estar desconectada por completo de todo lo que la rodeaba. Desde joven había trabajado en aquella casa, lavando ropa cada martes, desde el amanecer hasta el anochecer sin más descanso que el del almuerzo al mediodía para tomarse una sopa caliente de hueso de vaca con un pedacito amarillo de melón en medio, y otro breve receso cuando sonaban las campanas de la iglesia al atardecer, para fumarse un cigarrillo pensando en su soledad. De allí, el resto del día se le iba en restregar ropa. En sus años mozos había merecido el privilegio de quitarle el sudor de español a caballo al pantalón, y las manchas de pólvora y sangre a la blanca e insigne camisa del teniente Manuel José de Pérez y Delgado, después de la famosísima y gloriosa batalla de Rabelo, donde los santeños se enfrentaron como leones a los secuaces del pirata Drake, el más temido de los golfos de Parita y Montijo, que intentaban robar los tesoros que por allí pasaban rumbo a la Gran España procedentes de los virreinos del Perú. Desde esos gloriosos días hasta la fecha no habían pasado por sus manos prendas tan insignes como aquellas, pero se sentía a gusto con uno que otro traje de novia cada algunos años y un par de uniformes de niño explorador que le recordasen con sus insignias de colores al uniforme del teniente Manuel José de Pérez y Delgado, rebotante de condecoraciones y medallas de guerra. En su corazón de jovencita ardió una callada pasión hacia el espléndido hombre, ascendiente lejano de los Pérez Franco y, por aquellos años, el único gran señor de la hermosa

casa blanca y roja, pero a pesar de haber estado en varias ocasiones muy cerca de él, se había cuidado muy bien de no mirarlo nunca a los ojos, pues tenía la certeza de que su amado teniente era un hombre tan sagaz que descubriría en aquella sola mirada su ardiente y callado amor. Años después, el teniente Manuel José de Pérez y Delgado murió en cama, tras cinco días y cinco noches de agonía, víctima de un feroz ataque de dentera, mal que había contraído en la última de sus gloriosas batallas, contra una tribu de salvajes que bajaron de sus dominios montañosos para asolearse insolentemente en las calles del pueblo sin su consentimiento. La jovencita Eugenia, que ya dejaba de ser jovencita, se vio forzada a renunciar a su sueño de amor, y se casó con un hombre bueno, que a pesar de no ser teniente, supo hacerla muy feliz, pero con tan mala suerte que murió al poco tiempo, dejándola viuda y con dos hijos. Geña había trabajado de lavandera en la casa blanca y roja, pasando de generación en generación, desde cuando era apenas una chiquilla al servicio del primer Pérez que habitó por estas tierras, llegado directamente desde España en una carabela bajo las órdenes de un tal Bastidas, pasando por el teniente Manuel José de Pérez y Delgado y por otras veinticuatro generaciones, hasta llegar a los Pérez Franco. A estas alturas sus hijos le habían dado nietos, sus nietos bisnietos, y así sucesivamente, en una cadena casi infinita de tantos y tantos años que los hijos, los nietos y los bisnietos habían muerto ya, y sus tataranietos, ahora muy ancianos no tenían la menor idea de que eran tataranietos suyos.

Los Pérez Franco habían recibido a la vieja como un bien heredado, al igual que la casa o los muebles que en ella había, y no tenían la menor idea acerca de su edad o de cuánto tiempo tenía yendo a lavar ropa los martes desde el amanecer hasta el anochecer. Desde que tuvieron uso de razón, vieron a la vieja llegar religiosamente todos los martes

al amanecer, sentarse con sus baldes a la sombra en la terraza y lavar sin interrupciones hasta el anochecer, deteniéndose únicamente para almorzar su plato de sopa de hueso de vaca con el pedacito de melón amarillo en el medio, y para fumarse su cigarrillo oyendo las campanas lejanas y pensando en su soledad, en una rutina espantosamente repetitiva que no se interrumpió sino hasta un día en que un terrible accidente cambió las cosas por completo.

Al momento en que se escapó el elefante, habrían pasado unos tres años desde aquel martes terrible. El día había amanecido envuelto en densos nubarrones grises. Llovía con gran fuerza, y los truenos lejanos traían el eco de las montañas.

—No me gusta lavar cuando llueve —dijo la vieja Geña ante el diluvial aguacero, dejando a un lado el jabón.

Se levantó y se alejó de los baldes llenos con la ropa sucia de toda la semana, interrumpiendo por primera vez en toda su existencia su labor por una razón que no fuera la sopa de hueso de vaca con el melón amarillo en el medio, o el cigarrillo al son de las campanas. Se fue caminando, pasando por la cocina, hasta llegar a un amplio ventanal por donde entraba una gran claridad, con una vista magnífica de un enorme árbol de guayacán y del campo forrado en hierba, ensopado por el aguacero. La vieja se quedó mirando aquel árbol grandísimo, recordando cuando apenas era un brotecito verde e insignificante en la tibieza de la tarde. En ese momento, un rayo descargó su furia sobre el árbol, destrozándolo en una explosión de astillas encendidas. La pobre Geña sufrió quemaduras irreparables en ambos ojos debido al resplandor del rayo, y sus oídos se resintieron terriblemente por el estruendo que se produjo cuando la ola violenta rompió el ventanal y una corriente de astillas y fuego entró en estampida a la casa. La anciana se quedó parada como una sombra muerta frente al hueco del ventanal

roto, sin moverse por varios minutos. Los que llegaron después a ver lo sucedido, la encontraron tiesa como una momia, cubierta de carbón, con el pelo y las pestañas chamuscadas y los ojos abiertos de par en par. Ni siquiera se percató de que la observaban. Estaba ciega y casi completamente sorda. Ese día no terminó de lavar, ni se tomó su plato de sopa de hueso, ni se fumó su cigarrillo, ni pensó en su soledad. En adelante fue una isla incomunicada del resto del mundo. Solo entonces los que vivían en la casa blanca y roja (antes perteneciente al teniente Manuel José de Pérez y Delgado), comprendieron lo increíblemente necesaria que para ellos era la señora Geña antes de que la perjudicara el rayo. Fue necesario comprar tres lavadoras eléctricas para ponerlas a lavar los martes durante todo el día, para poder compensar la falta que hacía el trabajo de la vieja. En retribución por una vida entregada al servicio de la familia, a la ciega, sorda y chamuscada anciana, se le permitió vivir en la casa donde dos siglos antes viviera el hombre de sus sueños, en un amplio cuarto con lámparas de cristal color naranja traídas desde Italia. Al principio se pasaba los días entre la oscuridad de sus ojos muertos y el silencio de su sordera a medias, y solamente lograba escuchar los truenos muy fuertes que caían cerca de la casa en los días de tormenta. Era tal su ociosidad que cayó en el pecado mortal de preguntarse el porqué de la existencia, de enroscarse en el callejón sin salida de si Dios era real o si era invento del padre Conde para poder recoger limosna; y en estas y otras preguntas similares se le pasaba el tiempo. Pero después de varias semanas, la anciana comenzó a sentir un leve aburrimiento, y sintió la necesidad de lavar, de hacer lo único que sabía hacer bien, lo único que había hecho desde que nació, durante sus casi cinco siglos de vida. Lentamente, le fue entrando en la cabeza la idea de que no valía la pena seguir viviendo prisionera de aquel aislamiento cruel. Fue tal la depresión en que cayó que se le

hundieron los ojos ciegos bajo las órbitas y se comenzó a secar poco a poco, hasta quedar en los puros huesos. Envejeció más en una semana que lo que había envejecido en trescientos años. Espantados ante la posibilidad de que la doña fuera a desaparecer de pura tristeza, sus hospederos tomaron una medida desesperada. Decidieron sentarla en la terraza la tarde de un martes, a la sombra, con unos baldes llenos de ropa mojada, como solía sentarse ella, para ver si mejoraba. Y fue santo remedio. La vieja Geña metió las manos en el agua y sonrió de tal manera que el rostro se le iluminó, como si acabara de regresar a la vida desde los profundos reinos de la muerte. Sacó del agua una prenda de ropa y el jabón en barra, y sin dejar de sonreír ni un instante, comenzó a lavar en silencio. Gracias a esto, dejó de envejecer, y desde entonces, la sentaron todos los martes en la terraza para que lavara y no se volviera a secar de tristeza. Lavaba todo el día, haciendo únicamente los dos sagrados descansos: el de la sopa de hueso, que nunca había sido servida sin su pedacito amarillo de melón en el medio, y el del cigarrillo cuando sonaban las campanas de la iglesia. Pudieron vender una lavadora eléctrica, y si no vendieron las tres no fue porque la vieja no lavara con todas las ganas de antes y con la habilidad que se adquiere tras cinco siglos en aquel oficio, sino porque la pobre perdía mucho tiempo buscando a tientas el jabón en el fondo del balde cada vez que lo dejaba a un lado para restregar la ropa con las manos.

En una de esas lavadas a ciegas estaba la vieja cuando llegó el elefante, arrastrando una gran cola de pencas y alambre de púas que se le había enredado en el cuerpo. Con mucho disimulo, se fue acercando a la vieja paso a paso, arrancando con la trompa hierbas de aquí y de allá, para no llamar la atención. Se acercó con mucha lentitud, para no espantarla, pues estaba cansado de que toda la gente huyera de él. Al ver el elefante que la vieja ni parpadeaba, se alegró mucho de haber encontrado al fin

una amiga de verdad, que lo aceptaba como era y que no salía corriendo cuando él llegaba. Como muestra de amistad, metió la trompa en el balde y le tiró un chorro de agua a la vieja, que se cayó del banquito y quedó empapada sobre el piso.

—¡Zambito'el carajo! —gritó la vieja—. ¡Vienes a joderme la vida a mí!

Se levantó alzando los brazos y lanzando insultos a ciegas. El elefantito, espantado, retrocedió y emitió con su trompa un sonido increíblemente estruendoso, similar al de la Banda Republicana, que estremeció toda la casa y aturdió la razón de la lavandera. Creyendo que era el mismo Satanás que venía desde los infiernos para hacerle pagar quinientos años de pecados, la vieja salió corriendo con las manos en el aire, y en su loca carrera fue a estrellarse de frente contra el tronco firme de una palma, con tanta fuerza que rebotó y cayó de espaldas, la frente marcada con cuatro grietas paralelas hundidas en la piel. Al anochecer, cuando la fueron a buscar para conducirla hasta la casa, la encontraron tendida en la hierba, con la boca llena de moscas, al pie de un elefante que le echaba agua del balde con la trompa en la frente rota.

Fue una misa breve, a la que asistieron apenas los cinco miembros de la familia Pérez Franco, a la sazón habitantes de la casa blanca y roja, y unas cuantas beatas de traje negro y rosario que por vivir frente al altar se encontraron por casualidad rezando por la paz eterna del alma de la señora Eugenia. El padre Conde improvisó un adornado sermón, en el que habló de los elefantes como parte imprescindible del Reino de Dios, afirmando que aquel pobre animal, descendiente directo del elefante y la elefanta que el Señor salvó del Diluvio a bordo del Arca de Noé, no tenía la culpa de la muerte de aquella pobre vieja. Y después de recoger la ronda de limosnas, impartió la bendición final, y los Pérez Franco regresaron a su casa, dejando la iglesia tan solitaria como antes

de su llegada: el padre retirado en la sacristía, las velas ardiendo frente a los santos de yeso, y las viejas beatas bostezando de rodillas una oración trillada por la rutina. El templo, grande y rejuvenecido, reconstruido hacía poco por la escrupulosa mano de los mejores arquitectos del Viejo Mundo, lucía resplandeciente en medio del pueblo, y sobresalía como una enorme perla, de desproporcionado tamaño y hermosura, sobre los tejados mohosos y sucios.

El templo anterior, un edificio de paredes blanqueadas con leche y de enormes vigas de madera, construido cuando los primeros poblados se asentaban en el Istmo, fue arrasado por una creciente del río desbordado unas décadas atrás, una creciente tan grande que no quedó árbol ni casa alguna en pie, en todos los alrededores. La histórica construcción, patrimonio irremplazable de la humanidad y único vestigio palpable de las artes arquitectónicas de los colonizadores en estas tierras, pasó flotando en la corriente río abajo y se perdió en el amplio horizonte del mar. Algunos hombres en canoas lograron rescatar a las beatas, y salvar algunos santos de yeso —que según dice la gente fueron tallados a mano por San Agustín durante sus pláticas con Don Bosco en los ratos de ocio—, pero el templo se hundió poco a poco hasta desaparecer a varias millas de la costa, en las aguas azules de alta mar. No fue sino hasta cuando bajó el nivel de las aguas en el pueblo, que se hizo el gran descubrimiento. En el lugar donde había estado la iglesia emplazada, una gran losa había quedado al descubierto. Al levantarla se encontró bajo ella una recámara amplia y profunda, llena de arcones de madera, barriles y bolsas de cuero que, habiendo cedido ante la corrosión y la podredumbre de los años, se habían abierto esparciendo su carga preciosa de monedas y objetos de oro sobre el piso de la bodega subterránea. Encontraron también en ella un cuerpo medio momificado, vestido con sotana, con

un crucifijo colgando de las vértebras cervicales y con dos pequeños cuernos limados casi al ras del cráneo; y al lado, un libro de grandes pliegos que recogía las confesiones de aquel sacerdote que tuvo que enfrentar con la ayuda de Dios y de sus artimañas, el ataque pirata más feroz que se registrase en toda la historia de la costa sur, escrito con su puño y letra. Narraba su triste niñez con especial atención: todos los días, relataba, lo atormentaba su madrina con eso de «este niño es el mismo diablo», y al cabo de tanto decirlo ella y escucharlo él, comenzaron a salirle unos cuernitos pequeños, uno a cada lado de la cabeza. Hablaba de sus luchas interminables por ocultar sus cuernos de diablo infeliz, de cómo se los limaba con cuero de tiburón para mantenerlos al ras de la cabeza y trataba de cubrirlos con el cabello, y confesaba que su temor de convertirse por completo en diablo lo había llevado al sacerdocio como una última salvación. El libro contaba que la tarde en que el pirata Drake atacó el pueblo, aquella tarde gloriosa en que el teniente Manuel José de Pérez y Delgado defendió a capa y espada el esplendor y honra de la Gran España, se hallaban las calles repletas de caravanas cargando oro de paso hacia la ruta del otro océano, y que para salvar todos aquellos tesoros de ser saqueados, los españoles los resguardaron fuera del alcance de los piratas en una cámara subterránea que habían excavado bajo la iglesia previendo un ataque de esta naturaleza, atestándola de riquezas; y contaba además que el sacerdote había decidido permanecer oculto en el refugio subterráneo, orando por la victoria de los españoles y esperando a que la batalla terminase para que lo volviesen a sacar, y que al ver que no le rescataban, supo que los pocos valientes que conocían su paradero habían muerto en la revuelta. Resignado ante su aterrador destino, se dio a la tarea de narrar en aquel libro estos acontecimientos, y algunas confesiones, junto con la historia de su propia desgracia, y

después de todo esto, a prepararse para su muerte en aquella tumba de oro y soledad.

Aquel libro contaba la historia de los primeros españoles recién llegados a las costas inexploradas de estas inhóspitas tierras de mosquitos, lluvias y salvajes; la historia de sus heroicas luchas contra la selva para construir un pueblo decente al estilo español; y la historia de la discusión para ponerle el nombre al pueblo construido entre los españoles que querían cada uno ponerle el nombre del santo de su predilección, y que duró por varios meses, hasta que una batalla vino a resolver lo que las palabras no pudieron, no porque acordasen el nombre, sino porque quedaron sin pueblo, incendiaron las casas y destrozaron en horas lo que habían construido en años. Por eso fue, según cuenta el libro que escribiese el sacerdote de los cachos limados, que cuando reconstruyeron el pueblo acordaron hacer la ceremonia de fundación el día 1 de noviembre, Día de Todos los Santos, y llamarlo La Villa de Los Santos, para que no se diesen en el futuro disgustos o discusiones respecto a esto. La momia del sacerdote fue enviada con un lacito violeta en la cabeza, como regalo de buena voluntad del Estado Panameño, al gobierno de España; el libro fue enviado al Museo Precolombino de Portobelo; y el oro se usó para reconstruir el templo del pueblo, que había sido arrastrado por la corriente desbordada del río. No se escatimaron gastos. Arquitectos europeos expertos en estilos renacentistas, materiales de óptima calidad y dos décadas de trabajo ininterrumpido fueron requeridos para realizar la ingente obra. Se compraron las tierras aledañas a la base del templo viejo para que esta nueva versión lo superase ampliamente en tamaño y lujo, pero como ni con todos estos gastos ni con la ayuda del comité, que se robaba la mitad de los fondos, fue posible acabarse el dinero del tesoro de la bodega subterránea, tuvieron que hacerle varios pisos más a la iglesia

y llenarlos con toda clase de objetos religiosos e imágenes de santos, traídos desde el Vaticano, viniendo a ser la más fastuosa y grande iglesia de todo el mundo.

En aquella iglesia fue bautizado el más reciente Retoño de los Pérez Franco, así como fue allí bautizada también la que vendría a ser el amor de su vida. La pequeña niña era tan tierna y bella que el sacerdote la bautizó dos veces por el puro placer de tenerla en sus manos, y al cumplir sus quince años seguía tan primorosa como entonces.

—Es como una rosa recién abierta —dijo un día al Retoño su amigo, el rubio que siempre andaba con su perro—: Tiene una boquita de cereza y unos ojos color de helecho que te van a enloquecer.

El del perro la había observado desde la ventana mientras se bañaba, y convenció a su amigo incrédulo para que le acompañara esa tarde a espiarla y entendiera el porqué de la turbación que lo envolvía. Cuando el Retoño la vio quedó sin aliento. «Es lo más bello que he visto en mi vida», suspiró. En los días siguientes hizo cuanto estuvo en sus manos para producir un encuentro lo más accidentalmente posible con ella.

Se vieron por primera vez un sábado de fiesta, de música y desfiles en las calles del pueblo. La muchacha, vestida con un camisón rosa, miraba una caravana desde el balcón de su casa, y al pasar él en un viejo y ruidoso convertible verde, se miraron fijamente, entre la curiosidad y la atracción, y se arrojaron besos con las manos hasta perderse la caravana entre las calles. Se volvieron a ver la noche de la gran lluvia de estrellas, entre la multitud esparcida en la llanura. La gente admirada contemplaba el espectáculo, y recogía las estrellas que caían para llevárselas a sus casas y colgarlas en las salas y en los cuartos de baño. Cuando él la vio, la halló rodeada de estrellas por todos lados, iluminada y diáfana, con ese aspecto azucarado que le recordó inevitablemente al angelito de mármol que él visitaba en el

cementerio las tardes grises de sus días de soledad para verla eternizada en el momento de alzar el vuelo con las alas extendidas, para tocar sus labios fríos, duros y blancos, y para sentir que había alguien para acompañarlo en esta vida, aunque fuese de mármol. Le tomó la mano, se la besó tiernamente, y se pasearon juntos toda la noche recogiendo estrellas y tirándolas de regreso al cielo. Él le habló de música clásica, de Beethoven, Mozart y Prokofiev, de Schubert, Brahms y Mendelssohn, de Strauss, Dvořák y Chopin; y ella le habló de ballet, de los *arabesque*, los *port de bras*, los *battement frappé*, los *petit battement*, los *grand-plié*, los *demi-plié* y las *révérence*, y se divertieron un mundo enamorándose juntos.

La tercera vez que se vieron —la primera vez que pudieron verse a solas— fue cuando, aprovechando la multitud y el desorden general que provocó la caída del puente sobre los elefantes, se sumergieron en el río y se dejaron llevar corriente abajo hasta un lugar que el muchacho conocía de sus días de niño explorador. Era una pequeña cascada sobre una piedra negra, donde el agua que había caído durante miles de años había cavado una cueva que se prolongaba en un abismo de aguas muy limpias. En esa cueva entraron los dos y se escondieron por varios días para poder estar solos, días que resultaron ser los más fantásticos de sus vidas. Estuvieron el primer día abrazados en silencio bajo el chorro de agua hasta el anochecer. Al caer la noche, el muchacho se sumergió en el abismo y nadó hasta encontrar unas hierbas fluorescentes de un verde muy intenso, como el de la luz de las luciérnagas, para alumbrarse en la oscuridad de la cueva. Esa noche durmieron plácidamente, suspendidos entre dos aguas, y las corrientes frías de la cascada los pasearon toda la noche a lo largo y ancho de la cueva, y por el frote con las hierbas fluorescentes, sus cuerpos dormidos

tomaron un brillo verde, semejante al de las hierbas, como de luz de luciérnaga.

Viendo esto, la segunda noche recolectaron muchas algas brillantes y se las frotaron sobre los cuerpos desnudos y tibios, y la palpitante fluorescencia de las hierbas pareció intensificarse con el amor al impregnar sus pieles. Ella sonrió divertida al verse a ambos brillantes y verdes como caramelos de menta bajo el sol del mediodía. Salieron de la cueva y corrieron por mucho rato bajo la luna, brillando como enormes estrellas fugaces sobre el negro firmamento del campo abierto.

Varios días más permanecieron en la cueva, ocultos bajo la espuma de la cascada, amándose en la callada pasión de un abrazo largo y fresco. No fue sino hasta el momento en que decidieron salir nuevamente de la oscura cueva —solamente para tomar aire y luego regresar a amarse en las profundidades— cuando descubrieron que sus cuerpos se habían ido cubriendo de una delgada película gelatinosa de limo verde, tal vez producto de la fricción con las hierbas brillantes. Notaron también que habían estado tanto tiempo abrazados sin verse a la cara, desnudos en el remanso fresco de las aguas, que sus rostros ya no les eran tan familiares como sus cuerpos, y al redescubrirse en aquel encuentro él la vio tan hermosa —como si fuera hecha toda de agua color esmeralda— que se enamoró nuevamente de ella. Pensaron que ya los extrañarían en sus casas, y recogieron sus ropas que desde hacía varios días vagaban en el remolino de aguas turbulentas de la cueva, se vistieron y se despidieron con un beso en los labios.

Entonces, cuando la vio alejarse, caminando con su voluptuoso bamboleo de sirena, sintió que su corazón palpitaba en todo su cuerpo y que su alma joven se le escapó para ir volando al ras del suelo tras ella, enredada entre su pelo mojado, abrazada a su cintura, y delirando por su amor.

II

Eran como las once de la mañana de aquel jueves cuando el día se destiñó y se puso pesado de pronto, los colores de las cosas se tornaron en tonos pasteles y blancos, y el tiempo comenzó a correr más lento, y la gente desconcertada al presenciar al mundo paralizarse en aquel atolladero del infinito salieron de sus casas para contemplar espantados cómo los pájaros volaban lentos por el aire como hojas cayendo suavemente en un otoño sin viento, para ver cómo el agua que salía de las fuentes caía al pozo con una parsimonia exasperante, y para ver cómo el sol, colgando estático en el cielo, bañaba con rayos tenues aquel paraíso de tonos pálidos y parálisis total. No se oyeron los gritos de los monos en las montañas, ni se movieron las nubes en el cielo, ni las hojas en los árboles, y esto no fue solo en el pequeño pueblo de La Villa, sino en todos los pueblos que existían sobre la tierra en aquellos tiempos. Por los latidos de sus corazones, los hombres y las mujeres que habían salido a la calle espantados por aquel fenómeno pasmante supieron que aún estaban vivos, pero las gallinas, perros, pájaros y todos los demás animales que los rodeaban, parecían disecados, estáticos en la posición en que les halló el letargo universal. No fue sino hasta el momento en que se percataron de que aquel descalabro del tiempo solo excluía a los humanos cuando comprendió aquella gente que el mundo entero se había detenido porque Dios estaba pensando muy en serio sobre qué haría con aquella raza decadente de hijos suyos que ya lo tenían aburrido con sus malcriadeces de niños consentidos; tan en serio lo pensaba que no dejó al sol moverse de su lugar mientras lo hacía, para que no perturbara sus decisiones, para poder determinar en paz y sin presiones si esta vez destruiría por fin y para siempre todo vestigio

humano de la faz de la tierra o si les daría por enésima vez una nueva oportunidad, aun sabiendo que al final lo defraudarían de cualquier modo. Percatándose los santeños de esto, se desató una contagiosa explosión de fervor piadoso en el pueblo, y surgieron diversas sectas religiosas provocadas por el miedo a un eventual día final. Fue durante estos días de incertidumbre entre la gente que el joven Retoño decidió integrarse a una misión de monjes de la milenaria orden de San Longuño que pasaban por el pueblo rumbo a las montañas, aun cuando esto significó para él el sacrificio más grande que se le puede imponer a un hombre: separarse de su amada compañera, de la mujer que compartía con él lo bueno y lo malo, y que lo ayudaba a realizar sus sueños. Se sintió profundamente movido a servir a Dios por encima de todo, y aquella fue la mejor manera que encontró para hacerlo. El muchacho era ampliamente conocido en diferentes esferas por sus descubrimientos e invenciones, y su migración de los campos de la ciencia a las praderas del espíritu fue de gran significación simbólica e infundió una contraproducente sensación de urgencia en aquella humilde gente. No le detenía la certeza de que si partía nunca más haría grandes descubrimientos, pues estaba convencido —a sus diecisiete años— de que su época de oro había pasado ya, y que no se repetirían días como aquel en que echó por tierra todos los conocimientos de la ciencia astronómica, revolucionándola desde sus cimientos en tan solo unos minutos de ocio, acostado una noche boca arriba en su catre, mirando por la ventana. Esa noche su mente encontró la respuesta a una de las incógnitas más inescrutables de la ciencia: el porqué brillan las estrellas, fabulosa conclusión que le llevó a la fama dentro del ámbito científico de la época y que coronó de prestigio su nombre. A través de la ventana vio una estrella que tímidamente titilaba en el cielo, y sobre un cristal de la ventana vio el reflejo de la luz de

una vela, y su mente veloz se precipitó como una bestia desbocada a desbarrancarse en aquella conclusión indiscutible, tan evidente y simple que le sorprendió que la humanidad hubiese tenido que esperar tantos siglos hasta que él viniera a explicarles el sencillo fenómeno celeste: las estrellas no eran más que el reflejo de las luces de las casas terrestres en la bóveda lustrosa del cielo. Pero su mayor triunfo fue cuando ideó un método para captar la imagen de un ángel en el papel fotográfico, gracias a una combinación de espejos, lámparas y luces de destello de pólvora alineados en una forma especial, colocados a ambos lados del lugar donde se sospechaba encontrarlo. Lo intentó instalando aquel complejo aparato en el techo de la casa de un hombre moribundo, en espera de que falleciese y de que un ángel viniera desde el cielo a buscar el alma del difunto. Oyó desde el tejado que los lamentos y el llanto en el cuarto bajo sus pies se intensificaban, y encendió las lámparas. Cuando sintió una leve brisa que pasó a su lado rumbo al cuarto, supo que el ángel había entrado en busca del alma. Puso el dedo en el disparador y cuando percibió que aquel susurro en el aire se elevaba de regreso, disparó varias exposiciones en secuencia, iluminando la fúnebre noche con los centelleos de las luces y la pólvora. Obtuvo imágenes espeluznantemente nítidas que en poco tiempo recorrieron no solo el país entero sino el mundo. En ellas se podía apreciar claramente la imagen de la bellísima mujer alada, de muy finas facciones, con el pelo suelto y un escaso y delgado velo blanco, cubriendo la desnudez de su cuerpo perfecto, y llevando entre sus brazos al difunto sonriente que saludaba la cámara con la mano.

Aquella técnica fotográfica se popularizó rápidamente como un último consuelo para los familiares de los que morían, y él, aprovechando su amistad con un enterrador, logró ofrecer el servicio de fotografía póstuma como parte del paquete funerario. Cuando

algún enfermo con cierta solvencia económica perdía toda esperanza de vida, los familiares encargaban, junto con la carroza y los ramos de flores, como parte de los arreglos del funeral, una bonita foto del alma del difunto con las bellísimas ángeles que desde el cielo venían a buscar su alma. Aquel negocio le procuraba buenos ingresos y le alimentó por algún tiempo, pero tuvo que abandonarlo luego de que en una ocasión en que le fue encargada la fotografía fúnebre del alma de un General, en vez de una de las angelicales féminas que solían aparecer en los encargos anteriores, la imagen mostraba un espantoso diablillo que le arrebatara el alma al cuerpo para llevarla al reino de las sombras.

Ahora aquel pasado de glorias había sido dejado a un lado para acoger la vocación misionera. Antes de partir, el joven hizo su última visita nocturna a la ventana del cuarto de su amada, cuidando que la luz de la luna no delatase a los vecinos su presencia. Saltó la cerca, avanzó al ras del suelo hasta la ventana, y la llamó golpeando suavemente el cristal. Ella asomó su belleza a la luz de la luna y conversaron largo rato, pero pronto las palabras se quedaron cortas para expresar el inmenso amor que sentían y tuvieron que reemplazarlas con besos. Besándose los hallaron los primeros destellos del día, y antes de irse, al momento de despedirse de la otra mitad de su alma, el muchacho le prometió que volvería, que aquel retiro era solo temporal, solo hasta que su corazón se sintiera en paz con Dios y vuelvo pronto, espérame, amor mío, te amaré todo este tiempo, pensaré en ti a cada segundo, y cuando regrese seré solo tuyo. Le entregó una hermosa flor de un rojo encendido como tus labios, como mi corazón enamorado de ti, y se alejó corriendo antes de que alguien lo descubriera. Esa mañana la muchacha plantó la flor roja frente a su ventana y la contempló por varios días que le parecieron insoportablemente vacíos y largos.

La misión siguió camino a las montañas lejanas, y el joven Retoño iba con ellos. Cantaron durante el camino unas canciones en latín de las cuales el muchacho no pudo entender nada, y caminando durante el día y acampando para dormir durante la noche, al cabo de un mes llegaron al lugar donde la mano del Señor los había enviado. Era una aldea de indios ahogada en medio de un mar de selvas infinitas, en las laderas impenetrables de las montañas del Bijao. Los monjes de la misión se presentaron ante el jefe de la tribu y le llevaron como regalo un crucifijo hecho del más fino chocolate inglés. Fascinado con el delicioso sabor de aquel exquisito y raro manjar, el cabecilla les recibió en sus tierras con los brazos abiertos. Los paseó por toda la aldea, les mostró la grandeza de sus dominios, y los presentó ante sus gobernados como amigos suyos, poniendo a su disposición no solo su persona sino también su gente y el tesoro más grande de aquella aldea: un pequeño elefante que los indios habían encontrado perdido en la selva de la montaña hacía poco tiempo atrás. Los indios lo trataban con gran cuidado y cariño, y de vez en cuando utilizaban su inmensa fuerza para mover cargas o arrancar árboles de sus raíces, para el mejoramiento de la aldea. Los indios ayudaron a los monjes a construir chozas para establecerse, y a levantar una capilla en el centro de la aldea. De ahí en adelante, cada domingo, los misioneros repartían algunos chocolates entre los indios, y entre chocolate y chocolate les hablaban de los misterios del evangelio, de la nueva alianza y del amor entre los hombres. Luego les enseñaron a cantar en latín y a hablar con bastante corrección el castellano de Castilla, y lograron conocer y manejar un vocabulario básico en el dialecto de los indígenas. Así pudieron los de la Orden de San Longuiño comunicarse con aquellos hombres y mujeres de piel canela y ojos de felino, conocer su historia, tradiciones y creencias; y al comprobar que ellos poseían una teología

propia, los monjes misioneros se limitaron a profesar su religión con ejemplos de trabajo y amor, sin tratar de cambiar los conceptos de aquella gente, que después de todo no tenían por qué ser más ciertos o menos ciertos que los católicos. Más tarde, el joven Retoño se enteró de que aquella tribu era la misma que siglos antes había bajado de las montañas y entrado al pueblo de La Villa a asolearse en las calles para aliviar la gran epidemia de dentera que los azotaba y que había acabado con uno de cada dos indígenas. Su ascendiente quijotesco, el teniente De Pérez y Delgado, había hecho batalla a aquellos pacíficos seres, sin detenerse a conocer sus motivos, contrayendo él mismo el mal que le quitó la vida tras una larga agonía en cama.

—Debía estar loco para combatir a estos mansos hijos de Dios —se dijo a sí mismo el Retoño.

Luego de algún tiempo, al joven monje se le encargó el cuidado del pequeño elefantito, que había encontrado al fin en la gente de aquella aldea y en los monjes de la misión, amigos que no huían de él y que lo trataban con cariño. El muchacho lo alimentaba con hierbas, naranjas y raíces de yuca, y lo llevaba a diario a bañarse en el río; le cepillaba los colmillos, le limpiaba con un paño la trompa y lo peinaba con el camino al medio, y luego lo dejaba ir libre y acicalado a pasearse por la aldea. Cada día, al terminar de bañar al elefante, el monje dedicaba religiosamente unos minutos a escribirle una carta a su amado Ángel —como él llamaba a su novia— confirmándole que su corazón aún latía enamorado de ella y que dentro de poco tiempo habría cumplido la misión que creía se le había encargado sobre la tierra, y sería libre para disfrutar de ella y de su compañía. Cada día, luego de cerrar el sobre, cortaba en el patio la flor más grande y bonita que encontrase, y salía al portal donde un joven indio —ofrecido por su voluntad a servirle de mensajero, y diferente al de los días anteriores— esperaba

la carta y la flor para llevarlas corriendo a través de la selva, mojando en cada riachuelo del camino el tallo de la flor para que esta llegase fresca, comiendo raíces y frutos silvestres, y durmiendo en la copa de los árboles, hasta llegar —tras varias semanas de crudo viaje a pie a través de aquel infierno verde— a la pequeña villa que habían fundado los españoles hacía cinco siglos, para entonces esperar hasta la noche a que el sueño modorrara a toda la población, y saltar la cerca y meterse como un ladrón en la casa de la chiquilla, entregarle la flor y la carta de amor del misionero, y salir disparado antes de que alguien lo descubriese. La muchacha esperaba despierta al mensajero cada noche, y leía con ansia las cartas, que le contaban de las nuevas cosas que hacía su enamorado en la misión de San Longuiño, de cuánto la amaba y de cuánto la extrañaba, y que le prometían un pronto retorno y un reencuentro feliz. Entonces miraba desde la ventana hacia el horizonte lejano, pues sabía que en algún lugar en la distancia, su misionero suspiraba de amor por ella, tal vez acostado en su fresco catre de campaña, o mirando el cielo desde la puerta de su choza. Y deseaba en el alma estar con él para hablarle de sus sueños con el silencio de sus ojos verdes; y su corazón se conmovía de su propia soledad y lloraba largo rato sobre su almohada, hasta dormirse arañando el tiempo con sollozos cortitos. Al día siguiente, plantaba la flor frente a su ventana en una hilera de flores de diferentes días que se iban marchitando con el tiempo, una después de otra, pasando a ser parte de una sucesión de palitos deshojados que no significaban nada para el común de los mortales, pero que para ella simbolizaban todo el amor de aquel joven apasionado, un amor que iba más allá del hábito de monje, de las montañas selváticas, del tiempo y la distancia.

Varias noches pasaron en vela los dos, desde el anochecer hasta el amanecer, en largas conversaciones amorosas, ya no a través de la

ventana de su cuarto sino cubriendo la enorme distancia que había entre la montaña y el pueblo lejano mediante un sistema de señales con luces en el que intervenían varios mensajeros indios en las cimas de los cerros más altos, repitiendo las señales intermitentes de las lámparas de los amantes y llevando de cerro en cerro «te amos» y «te extraños» dichos mil veces en el silencioso lenguaje de aquel amor nocturno, a lo largo de los cientos de millas que los separaban.

Una noche estaba el joven Retoño acostado de medio lado junto al elefante, contemplando en silencio el lejano titilar de las estrellas, cuando cayó en cuenta de que la obra del Creador era inmensa y perfecta, y deseó de corazón convertirse en parte íntima de esa creación, viviendo para siempre en aquella solitaria aldea en las montañas del Bijao con sus hermanos indios, los monjes y el elefante, entregado a hacer el bien para el beneficio de todos. Inspirado en este pensamiento, se dirigió a la choza del indio que ejercía de Jefe de la aldea para comunicarle su decisión y solicitarle permiso para permanecer definitivamente en aquel lugar, sin tener la menor idea de que lo que estaba a punto de ver cambiaría para siempre su destino. Llegó a la choza, se asomó a la puerta y allí estaban, el gobernante y una hermosa india que de seguro era su mujer, abrazados en el suelo, juntos como dos pajaritos bajo la lluvia. Retrocedió sobre sus pasos, y la pareja se puso de pie, con más sorpresa que vergüenza.

—No, hijos, no se preocupen, que yo no los interrumpiré —dijo el Retoño—: Ya me voy.

Y se alejó caminando lentamente, mirando al cielo y pensando en su bella novia, deseando estar con ella como nunca deseó cosa alguna y desesperado por estar tan lejos de su amor. Fue entonces cuando las ansias contenidas de todos aquellos días reventaron súbitamente, en angustias, deseos y un llantito apagado que desde tiempo atrás

buscaba cómo salir de su corazón. La naturaleza le llamaba, no como suele llamar a un monje misionero, sino como se llama a un hombre enamorado. Y sintió la mano de Dios más presente en su delirio por aquella mujer que en las altas estrellas que adornaban la noche, y sintió que su lugar estaba al lado de aquellos labios tibios, suaves como pétalos de rosa, y no debajo de aquel hábito de monje. Al pensarlo, no le quedó más remedio que aceptar que su alma no era el alma de un sacrificado creyente, sino la de un amante apasionado que se cuelga por las ventanas en las noches de luna para enlazarse a su amada y cantar a Dios, con la pasión de dos cuerpos y un solo gran amor. Se sentó en la cima de la montaña y divisó en el lejano horizonte, como estrellas salpicadas, las luces del pueblo lejano. Allí estaba su amado Ángel. Entonces sacó de su bolsillo una pequeña caja de caoba tallada, y de ella, una brillante esfera de luz: una preciosa estrella de destellos lilas y turquesas que había recogido junto a su amada aquella noche que llovieron sobre el campo y que lo había acompañado desde aquel momento mágico. Bañado por su deslumbrante luz, analizó mentalmente todos los aspectos de su nueva vida, y la encontró vacía y sin sentido lejos de ella. Esa misma noche partió de regreso. Se despidió de sus hermanos monjes y de sus hermanos indios, y montó en el lomo del elefante, que lo llevó a través de la selva más rápido que cualquier hombre o bestia conocida, llegando al pueblo a la mañana siguiente.

Esa mañana, la muchacha fue despertada por un delicioso aroma de flores frescas que inundaba la casa. Curiosa, se asomó a la ventana, y lo que vio le produjo un cosquilleo electrizante por todo el cuerpo, similar al que sentía en las noches de luna con los cálidos besos del misionero. Todas las flores (desde la que había plantado la mañana del día anterior, hasta la primera flor que plantó la mañana que su enamorado partió con la misión, y que se había transformado con el

tiempo en un palito sin hojas ni color junto con muchas otras flores de otros días de melancolía) lucían frescas y lozanas con sus hojas verdes y sus pétalos de un rojo ardiente, y desprendían un exquisito perfume de flor recién cortada.

—Regresó —se dijo, en un suspiro de alivio.

Entonces salió al portal en el momento justo para ver al monje que aparecía por el largo camino, avanzando rumbo a ella, salido de la selva montando sobre el elefante. El Retoño se apeó y dejó que su montura se fuese de regreso, y caminó hacia ella más calmado que la noche. Pasó junto a los portales, junto a la muerte, junto al manguito y junto a las flores perfumadas y radiantes, y siguió de largo hasta los brazos tibios de su amada. La joven exhaló un suspiro de descanso, por ella y por él, cuando sintió la cabeza del Retoño acurrucada en su cuello, y escuchó sus palabras de amor y de sosiego. Siguieron abrazados hasta cuando se les acabaron las palabras y tuvieron que reemplazarlas por besos, y siguieron abrazados hasta cuando ya no era posible que siguieran abrazados, porque entonces ya no eran dos cuerpos cercanos, sino dos almas libres fundidas en una sola sobre el vasto horizonte del final de los tiempos.

1995

1^{ra} Edición — Zirie

8 DE NOVIEMBRE DE 2024



WWW.ZIRIE.ART

CORREO@ZIRIE.ART